CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
CENTRO DE ESTUDIOS DE ETNOLOGIA PENINSULAR

REVISTA
DE
DIALECTOLOGIA
Y
TRADICIONES POPULARES

DIRECTOR:
VICENTE GARCÍA DE DIEGO

TOMO IV—1948—CUADERNO 2.º

DUQUE DE MEDINACELI, 4
MADRID
1948

REVISTA DE DIALECTOLOGIA Y TRADICIONES POPULARES

Se publica en cuadernos trimestrales de unas 170 págs. cada uno.

SUMARIO

Págs.

VICENTE RISCO.—Notas sobre las fiestas de Carnaval en Galicia..... 163

JOSÉ PÉREZ VIDAL.—De Folklore canario. Romances con estribillo y bailes romancescos. 197

DANIEL G. NUEVO ZARRACINA.—Guirrios y zamarrones..... 242

JOSÉ MAGAÑA.—Contribución al estudio del Vocabulario de la Rioja... 266

FERMÍN BOUZA BREY.—Dos nombres más de la «Mantis religiosa». 304

P. G. DE D.—El testamento del gato. 306

ARCHIVO

MARÍA FRANCISCA MARTÍNEZ MORILLAS.—Nombres del badajo..... 308

MARÍA VICTORIA MILIAN.—Nombres de la tarabilla.... 312

JOSÉ DE LA FUENTE CAMINALS.—Cánticos religiosos..... 316

JULIANA IZQUIERDO.—Los cenojiles... 323

NOTAS DE LIBROS.—ACUÑA (LUIS ALBERTO), *Refranero Colombiano.*—CARRINGTON (NOEL), *Popular art in Britian.*—BALEZTENA (DOLORES) Y ASTIZ (MIGUEL), *Romerías navarras.*—LLATAS (VICENTE), *Folklore villarense.*—IBÁÑEZ ESPINOSA (VICENTE), *De folklore. Por la huerta de Ruzafa.*—GAYANO LLUCH (RAFAEL), *Aucología valenciana.*—VILLAFAÑÉ CASAL (MARÍA TERESA), *Elementos para una geografía folklórica argentina.*—URABAYEN (LEONCIO), *Un pueblo pirenaico de Navarra.*—MARTÍNEZ MARTÍNEZ (BERNARDO), *Breve estudio del dialecto enguerino.*—LEAO (ARMANDO), *«O linho» em Cambreses (Cabeceiras de Basto).*—NOLASCO (FLÉRIDA DE), *Intimas relaciones del folklore universal.*—MARCOS DE SANDE (MOISÉS), *Del folklore garrovillano.*—GALLARDO DE ALVAREZ (ISABEL), *Medicina popular y supersticiosa.—México. Leyendas y costumbres. Trajes y danzas.*

SUSCRIPCION:

En España y Portugal	30,00	ptas.	al año.
En los demás países.....	40,00	»	»
Cuaderno suelto sencillo, en España y Portugal.	8,00	»	»
En los demás países.....	9,00	»	»
Cuaderno doble	16,00	»	»

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
CENTRO DE ESTUDIOS DE ETNOLOGIA PENINSULAR

REVISTA
DE
DIALECTOLOGIA
Y
TRADICIONES POPULARES

DIRECTOR:
VICENTE GARCIA DE DIEGO

TOMO IV — 1948 — CUADERNO 2.º

DUQUE DE MEDINACELI, 4
MADRID
1948

C. BERMEJO, IMPRESOR.—J. GARCÍA MORATO, 118.—TELÉFONO 23-11-99.—MADRID

Notas sobre las fiestas de Carnaval en Galicia

Estas notas están hechas a base de observaciones y recuerdos propios, de numerosas informaciones recogidas oralmente y de las respuestas a cuestionarios generales y especiales distribuídos durante varios años, especialmente desde el 1928 al 1934, entre nuestros alumnos del Magisterio, en la ciudad de Orense.

Se refiere en su mayor parte a esta provincia, y también a algunas localidades de las de Lugo y Pontevedra y, por excepción, a la de La Coruña. No obstante, creemos que reflejan bastante bien las líneas generales del Carnaval gallego, su carácter y significación.

Expondremos sucesivamente, en capítulos separados, los regocijos correspondientes a los diversos días, sin que siempre deban tenerse por exclusivos de uno o de otro.

I.—El tiempo de Carnaval.

El Carnaval, en Galicia, recibe el nombre de *Entroido* (del latín *introitus*, «entrada», «comienzo» del año o de la primavera, en este caso), que se pronuncia y escribe también *Antroido* y aun *Introido*, con las variantes *Entruido*, *Entrudo* y *Entrudio*, en los partidos del Barco de Valdeorras y Viana del Bollo, provincia de Orense. Corresponde al castellano *Antruejo*.

Suele llamarse también *entroidos* a las máscaras, en especial a las mal vestidas, y, por extensión, a las personas de facha rara o extremadamente ridícula. Las comparsas y diversiones de Carnaval, sobre todo cuando son mal dispuestas o feas, y cualquier fiesta o ceremonia que resulte chabacana o grotesca, se llaman *entroidadas*.

El tiempo de Carnaval comprende dos semanas y media, a saber: las de Septuagésima, Sexagésima y Domingo, Lunes y Martes de la Quincuagésima, y eventualmente, también el Miércolas de Ceniza. Los días señalados por especiales fiestas y diversiones son: *Domingo Fareleiro* (Septuagésima), *Jueves de Compadres*, *Domingo Corredoiro*, *Jueves de Comadres*, *Domingo*, *Lunes* y *Martes de Entroido* y *Miércoles de Ceniza*.

Se considera que el comienzo de los Carnavales es el Domingo *Fareleiro*; pero, a veces, desde antes se nota una suerte de comezón o gana de broma precursora del *Entroido*. Toques de cuerno, que se oyen de un lugar a otro y de muy lejos, o el ruido de una lata de *gas* (petróleo) utilizada como tambor, colgada del cuello con un cordel y tocada con dos palos, anuncian en la aldea y antiguamente en la ciudad o en la villa, la proximidad del Carnaval. El cuerno es propio de los mozos; la lata de gas, de los chiquillos.

Mozos, casados (*homes*) y ancianos (*vellos*)—las tres «clases de edad» propias de la aldea gallega (aparte de los *rapaces* o niños, que no cuentan oficialmente en la vida pública)—esperan con ilusión la llegada del *Entroido*, unos por la diversión o *troula*, otros por la *enchenta* de las comidas y bebidas de estos días.

La poderosa influencia del ciclo litúrgico en la vida aldeana acentúa el carácter de *carnes tollendas* del *Entroido*, con la despedida honrosa que se da a las carnes, especialmente a la de cerdo, en vísperas de la obligada y en otro tiempo rigurosamente observada abstinencia cuaresmal. Hay partes del cerdo, en especial la cabeza o *cachucha* y el rabo, así como determinadas preparaciones y embutidos, que se reser-

van para estos días. A veces coincide el *Entroido* con la matanza del cerdo, y entonces son también plato típico las *filloas*, preparadas con la sangre. Debe observarse que, durante mucho tiempo, en la aldea gallega se consumía de ordinario casi exclusivamente carne de cerdo—por *carne* suele entenderse en la aldea el tocino—, siendo la ternera y el carnero o cordero (también el cabrito y la caza) de uso extraordinario y propio de fiestas y *xeiras* (labores que requieren mucha gente), por lo cual el ser el cerdo tan propio del *Entroido* le da valor simbólico de despedida a las carnes. Bueno es tenerlo en cuenta para no buscar a las cosas orígenes demasiado remotos.

II.—Domingo Farelèiro.

El calificativo *fareleiro* se deriva de *farelos*, «salvados», los cuales se emplean principalmente en las bromas de este día.

Los mozos se proveen de saquetas de salvados y aun de harina, o de *feila* (polvillo finísimo, impalpable, que se deposita en las piezas, paredes y *tremiñado* o piso de madera de los molinos), para echárselos a las mozas, y aun a las mujeres en general, en la ropa—cuanto mejor vestidas vayan, mejor—, en la cabeza, en la cara y, si puede ser, en la boca, procurando introducírselos a puñados. Naturalmente, esto da lugar a buenos refregones y *loita* a brazo, de la cual salen las mozas encendidas, desgreñadas y jadeantes, aunque también frecuentemente vencedoras. Algunos utilizan para lanzar los *farelos* los fuelles de azufrar las viñas; otros los llevan en una saqueta de tejido un poco suelto, colgada en la punta de un palo, con la cual golpean a la gente para que la bolsa, al golpear, suelte lo más pulverulento de su contenido.

Pero muchas veces lo que llevan en la saqueta o en el fuelle—éste mucho menos frecuente—no son *farelos*, sino *bo-*

rralla, o sea ceniza del lar. Esta se emplea durante todo el Carnaval. Cuando son enmascarados los que la llevan y lanzan suelen recibir por ello los nombres de *borralleiros*, *borrallosos* o *cinseiros*.

Una variante ciudadana de los *farelos* es la de los *burros*, que solía comenzar este Domingo y aun antes. Los muchachos, sobre todo los alumnos de escuelas, colegios e Institutos de Segunda Enseñanza, recortaban en paño la figura de un asno, que llevaban sujeta con un cordón o hilo fuerte, largo, a uno de los dedos de la mano. La figura se pintaba con *tiza* de la de escribir en el encerado y luego, en la calle, se lanzaba contra la espalda de los transeúntes y se retiraba con un tirón para volver a utilizarla. En la espalda del paciente quedaba la impronta blanca del burro.

Naturalmente, la cosa tenía mucha más gracia cuando el condecorado con el burro era una persona de respeto o un señor presumido y elegante que lucía vestimenta a la última moda.

Pero las víctimas que más hubieran regocijado, si no faltase el valor para acometerlas, hubieran sido los maestros y catedráticos y los guardias municipales. Sin embargo, si algunas veces hubo quien tuvo el coraje de lanzar el burro a uno de estos últimos, no recordamos que nadie se hubiese atrevido con los otros, aunque no faltasen ganas.

El echar agua es más característico del Domingo *Corredoiro*, pero a veces se usa también en el anterior. En Sabadelle (Pereiro de Aguiar, Orense) las mozas de la parte baja de la feligresía desafiaban a los mozos que venían de la parte alta con el siguiente pareado:

Os mociños da montaña
non teñen auga nin borralla.

Provocación a la que los interesados hacían honor, con gran regocijo y alboroto (*troula*) por ambas partes.

Otra de las bromas del Domingo *Fareleiro* es la de *botar*

chisnas, o sea tiznar en la cara unos a otros con alguna materia negra y pegadiza: *sucario* (hollín que se forma en la parte exterior de los pucheros y sartenes), *sárrio* de la chimenea o de la boca del horno, betún de los zapatos, tinta, carbón, etc.

En lugar de *farelos* se usó en algunos lugares, como en Loiro (Barbadás, Orense), comarca de Verín, etc., pinturas, serrín y pimentón molido. Los *farelos* reciben en algún lugar, como en Toimil (Bóveda, Monforte de Lemos), el nombre de *fariñotes* (1). De los alrededores de Verín se nos refiere: «Se juntan los hombres en pandillas y armados con una bolsa de harina van por las calles, subiendo por los balcones, y si no pueden subir *arrumban* las puertas y luego echan la harina a las mujeres, y tanto le friegan la cara que a veces la tragan. Cuando no quieren abrir la puerta le echan cohetes al balcón» (2).

Añadamos que en Pedrafita (Chantada, Lugo), el Domingo *Fareleiro* se llama *Lambedoiro*, alusión, sin duda, a alguna comida o postre propio de este día, que nuestros informadores no nos han comunicado.

III.—Jueves de Compadres.

Ambos jueves, de compadres y de comadres, se confunden en muchas de las informaciones que poseemos. Sin embargo, la mayoría de las gentes afirmaron siempre que el primero es el de compadres y el de comadres el segundo.

Es sentencia que hemos oído muchas veces, asegurando que así era la costumbre antigua, y las informaciones recogidas lo confirman, que este jueves los compadres tenían la

---

(1) Comunicado por don Manuel Rollón, alumno del Magisterio.

(2) Idem por don José Míguez Barril, don Ubaldo Gómez y don Eugenio López.

obligación de convidarse y obsequiarse unos a otros o a las comadres y hacerse mutuamente regalos. En Galicia, en efecto, el parentesco espiritual tiene, o tuvo, gran importancia. Todo padrino se refería siempre al que había sacado de pila llamándole *o meu afillado*, sin omitirlo nunca, y el ahijado le llamaba siempre *señor padriño*; los compadres se trataban siempre de tales, dirigiéndose uno a otro diciendo: *Compadre...*, y asimismo, aunque antes de establecerse el compadrazgo se tuteasen, desde la vuelta de la iglesia se trataban ya para siempre de «usted». El convite, por lo tanto, de estos jueves responde a la misma idea.

En cuanto a las diversiones y bromas de ambos días transcribiremos una información referente al pueblo de Carballal, provincia de Lugo, a las que haremos las observaciones oportunas:

«El primer jueves, o sea de comadres, las mozas hacen unas señoritas de paja vestidas con ropas viejas y las colocan en los balcones y corredores de las casas, lo más alto posible, para que los mozos no las puedan coger. Al oscurecer, con palos muy largos, se las cogen y las llevan a la plaza para formar una grande hoguera, alrededor de la cual se ponen todos gritando: *¡Ardan as comadres!* Siguen todos los días que intermedian hasta el siguiente jueves. Ellas de nuevo hacen los compadres, que colocan en los mismos corredores y balcones, pero este día les ponen por dentro de los cristales, no por el miedo de que se los quemen, sino para quemarlos ellas, pues es indudable que ellas quieren vengar la ofensa hecha por ellos el jueves anterior. Al terminar el día se juntan todas para quemarlos en una bodega, y en la hoguera asan un gran número de chorizos, pero los mozos, que ya saben por alguna en qué bodega se va a realizar el sacrificio de los pobres compadres, se juntan todos y al tiempo de llegar ellas se esconden para dejarlas entrar; entran ellos después y en vez de quemar los compadres queman un haz de leña, con el cual asan los chorizos. En una reunión los comen y luego, después de beber el vino suficiente (y a

veces con exceso), cantan y bailan hasta las doce de la noche, en que se disfrazan para ir al baile» (3).

En lo esencial, este relato puede ser aplicado a muchos lugares, con las inevitables variantes.

En Castro Caldelas (Orense)—y probablemente esto es, o fué, de uso general, donde lo hubo—son las mozas las que hacen los compadres, el primer jueves, con paja y trapos, y hoy casi siempre con papeles de periódicos o de seda de colores, a veces muy bien hechos, y procuran quemarlos, impidiéndolo los mozos con gran algazara. E inversamente, los mozos hacen y queman del mismo modo las comadres, el jueves correspondiente, con oposición de las mozas. Todo lo cual da ocasión a la intervención del agua, los tiznes, la ceniza, etc. Tanto en un caso como en otro, es frecuente que en alguno de los muñecos se trate de imitar la figura de alguna persona conocida, la cual suele ofenderse de la broma. Hoy la quema de los compadres y comadres la hacen exclusivamente niñas y niños, pero las personas mayores ayudan a preparar los muñecos, y a veces, no olvidan la intención caricaturesca.

En Cagide (Parada del Sil) parece que el domingo y el martes de Carnaval «hacen una mujer de paja los hombres y un hombre de paja las mujeres, que les llaman el *compadre* y la *comadre*, y terminan, después de pasearlos por muchos pueblos, por prenderle fuego» (4).

Esto nos lleva a pensar en la relación que pudiera existir entre los compadres y comadres y los *Mecos* y *Entroidos* de paja, de que nos ocuparemos: como si cada sexo tuviera su propio *Meco*... La «guerra de sexos», que parece presentarse en la ceremonia de los compadres, se presta a hipótesis acerca de supervivencias de estados sociales prehistóricos, que no queremos aventurar.

---

(3) Carballal (Lugo), comunicación no firmada.

(4) Cagide (Parada del Sil), Claudina Rodicio Pérez.

IV.—Domingo Corredoiro.

Suelen explicar las gentes la apelación de *Corredoiro*, porque en este día se empieza a *correl-o Entroido*. En general, *correl-o Entroido* o «correr el Carnaval» es frase corrientemente empleada, lo mismo en la ciudad que en la aldea, para referirse a cualquiera de las diversiones de este tiempo.

El empleo de los *farelos*, la *borralla*, las *chisnas* o tiznes de hollín, el agua, etc., continúa con el mismo entusiasmo. En otro tiempo, el uso del agua comenzaba este día. En Orense, las señoritas arrojaban agua sobre los transeúntes, desde los balcones, con jeringuillas de hoja de lata; por esta causa, las gentes salían con paraguas, aunque estuviese tiempo seco de sol. Estas jeringuillas vienen a ser los *cichotes*, que los rapaces de la aldea preparan con una caña o con una rama de *sabugueiro* (saúco), y un émbolo hecho de un palo con estopas (5). Estos *cichotes*, modernamente más propios de los chicos que de los grandes, son y fueron empleados por éstos también.

En otro tiempo, en la misma población—en Orense se hizo bastante tiempo—, se tiraban huevos enteros a las chicas; en las ciudades, las muchachas solían estar asomadas al balcón con la peor ropa que tuviesen, para evitar las manchas de los huevos que venían a estrellarse en sus cuerpos o en las paredes, dejando chorros blancos y amarillos que se deslizaban lentamente hacia abajo. En las aldeas era peor, porque los mozos buscaban muchas veces huevos *chocosos* (descompuestos), que, además de la mancha, dejaban su olor nauseabundo.

Más fino era el llenar las cáscaras vacías de los huevos —practicando un pequeño agujero en cada punta, o en una

(5) A. Fraguas: *O entroido en terras do Cotovade*, revista «Nos», Orense; núm. 77, mayo de 1930.

sola, que se tapaban después con cera—de agua de Colonia, que se derramaba al romperse. Otras veces era agua natural, y más tarde, *confetti* («papelillos»).

Antes de introducirse los *confetti*, hubo la moda de las almendras, al principio, comestibles, después preparadas exprofeso para los Carnavales, con harina y un poco de azúcar, y hasta sin él. Unas y otras eran duras, y los jóvenes las lanzaban a puñados contra los balcones y ventanas donde estaban las chicas. Muchas veces las almendras hacían daño en el físico de las personas asomadas, o rompían los cristales de las vidrieras; por esta razón, en los sitios donde era grande la concurrencia y enconada la batalla, quitaban estos días las vidrieras, sobre todo cuando eran de las que abrían hacia fuera.

Había señores de los que llamaban «finústicos», pollos llamados «gomosos» y aun los primeros *sportmen*, sobre todo si eran novios u «osos» de las agraviadas, que les tiraban auténticas peladillas de confitería—las almendras «de picos», de Allariz, resultaban ya más agresivas—, bombones, caramelos y dulces.

Por elegante y hábil, y hasta por *sportman* verdadero que fuera el lanzador, era inevitable que no siempre acertase y que muchos de los confites cayeran a la calle, donde eran recogidos por los chiquillos «a la *rapañota*». Por lo tanto, todo grupo de «pollos» corredores del Carnaval iba escoltado por una muchedumbre de rapaces de todas edades. La *rapañota* impedía el paso de los transeúntes: los chiquillos se metían entre las piernas de los hombres y de las mujeres y los hacían vacilar y caer. Esto proporcionó a los «pollos» un descubrimiento: el fenómeno podía provocarse arrojando a los chiquillos caramelos o perras... Desde los balcones de los Casinos y Sociedades, espiaban el paso de las damas y caballeros de calidad, de las muchachas elegantes y bonitas, para lanzar, en el momento oportuno, puñados de calderilla a los rapaces; alguna vez un grupo de dos o tres señoras se encontraba completamente rodeado de chicos, e im-

pedido de avanzar y de retroceder, en la situación más comprometida y violenta.

Los *confetti* hicieron su aparición, en unión con las serpentinas, a fines del siglo pasado, y despertaron enorme entusiasmo, lo mismo en la ciudad que en la aldea. Se llamaron, desde el comienzo, «papelillos»; se compraban y se preparaban en casa, picando papeles de colores, incluso de los prospectos y anuncios; se lanzaban a puñados, o con los cartuchos en que los vendían, o cogiéndolos en la mano y soplándolos. En la aldea gustaron muchísimo, y se emplearon, a veces, como la harina, siendo frecuente el pretender y conseguir introducirlos en la boca de la persona agredida.

En la ciudad de Orense hemos visto emplear, algunos años, unos vilanos que florecen por este tiempo, los cuales se lanzaban soplando, y se adherían a la ropa, de una manera que parecían meterse en el tejido.

En algunas aldeas debieron usarse del mismo modo las *tascas* del lino, y el tamo o pelusilla que se deposita en los telares. En la Gudiña (Viana del Bollo, Orense), hacen con esto *foguetes*, o sea, que los lanzan encendidos y ardiendo (6)..

Otra cosa que se emplea en muchos lugares son las *hormigas*, naturalmente, vivas, que recogen en bolsas y lanzan especialmente a las mujeres. Las hormigas son las armas más temidas del *Entroido*. Su empleo es mencionado en Allariz, San Pedro de Moreiras, Ginzo de Limia (Orense), Carballedo (Lugo), etc.

El Domingo Corredoiro, y también muchas veces antes, comenzaba la costumbre de poner «rabos» o «lárgalos».

El lárgalo era una prolongada tira de papel y a veces de trapo, que se fijaba con un alfiler en la parte inferior de la espalda de la persona a quien se quería bromear. Como los

(6) Comunicado por doña Josefa Lamelas Cotilla, alumna del Magisterio.

«burros» del Domingo Fareleiro, los lárgalos era cosa más propia de los chiquillos.

La colocación del lárgalo requería mucho mayor audacia que la del burro, el cual no se siente por el interesado, pero para colocar el lárgalo había que acercarse, y no era infrecuente recibir una bofetada de revés al ser sorprendido en la operación.

Una vez colocado el lárgalo se abucheaba a coro a la víctima para llamar de paso la atención del público y provocar sus risas, pero teniendo cuidado de mantenerse a distancia y prestos a la fuga.

Esta era una broma ciudadana. Otra, muy usada por los herreros, hojalateros y otros oficios de los que trabajan con fuego, era calentar hasta que no se pudiese resistir y aún más una moneda de plata y dejarla caer en la calle delante del establecimiento. Luego, maestro, oficiales y aprendices se divertían con el susto y los visajes de los transeúntes ingenuos que se bajaban a recogerla, quemándose los dedos y volviendo a tirarla sorprendidos y despechados.

Otros tomaban un duro falso y lo clavaban fuertemente entre las piedras del enlosado de la calle. Si ésta era de poco tránsito era frecuente que algún pobre hombre, creyéndose momentáneamente afortunado, hiciese heroicos esfuerzos por levantar la moneda, entre la algazara de los que al acecho lo contemplaban.

Hay otras muchas bromas de Carnaval de carácter variadísimo, que explotan en diversas formas las pequeñas o grandes debilidades humanas. Una de ellas consiste en convidar con golosinas de engaño: dulces a los que se adiciona cualquier materia amarga o picante o en los que se introducen piedras, palos, papelillos, etc. Uno de los platos de *Entroido* son las *orellas de frade*, hechas con una pasta de harina, leche y huevos fritas en la sartén. Suelen prepararse algunas con estopa dentro para ofrecer a las personas a quien se quiere embromar o para ver a quién le toca. De algún señor hemos oído contar que, al presentarle la bandeja, cogía in-

defectiblemente una de las orejas de estopa, le echaba los dientes y empezaba a tirar, sin tener en cuenta la experiencia de años anteriores, estirando las fibras y llenándose de ellas la boca, entre las risas de las damas. Se trataba de un señor de distinción y respeto, pero distraído, y así año tras año era víctima de la broma en la misma tertulia.

Con los grandes borrachos se ha hecho varias veces la broma, que raya en lo brutal, de comprometerlos en una apuesta consistente en beberse de un solo trago un gran jarro de vino ; aceptada la apuesta, echan en el vino, sin que el apostante se entere, un ratón muerto, y son varios de los que se dice que se han tragado el ratón sin notarlo.

Costumbre del Domingo *Corredoiro* en la ciudad y en la aldea es el *juego de las ollas*. Se ponen en rueda hombres y mujeres indistintamente—en Orense lo hemos visto jugar siempre a mujeres solas—, toman una olla de barro de las que se utilizan para ir a buscar agua a la fuente y tenerla en casa y se la lanzan unos a otros, debiendo aquel a quien se la lanzan recogerla sin que caiga, pues el que la deja caer y romperse pierde. Son muchos los que entretienen de este modo la tarde del domingo.

Por último, hay la de «correr el gallo». En muchos lugares son los niños de la escuela los que lo practican: compran un gallo, lo sueltan en un campo, que suele ser el de la fiesta del pueblo, y entre todos lo corren, persiguiéndole hasta cansarlo, y, por último, lo entregan al maestro. En Pedrafita (Chantada, Lugo) un «intruso de la enseñanza» rifaba un gallo y con el producto de la rifa llamaba al gaitero. El agraciado en la rifa tenía que dejar *correr o galo* a los niños hasta que lo cansaban. En Loiro (Barbadás, Orense) son los mozos los que preparan la fiesta: compran un gallo, le tapan los ojos y andan por el campo a palos con él hasta matarlo, y luego lo comen entre todos con algo más que añaden (7).

(7) Idem por don Rogelio Somoza Pérez (Loiro).

Antes de pasar adelante es preciso hacer constar el carácter, que casi se puede llamar «sagrado» en el terreno de la buena educación y del trato social, que tienen las bromas de Carnaval, no sólo entre las personas de clase superior, sino entre las de las capas inferiores. Las bromas de Carnaval deben ser toleradas como tales bromas aunque sean pesadas, aunque sean procaces e hirientes, aunque sean groseras; la grosería consiste precisamente en llevarlas a mal, en enfadarse por ellas, y lo intolerable es rechazarlas o responder violentamente de palabra o de obra. Una de nuestras informantes, refiriéndose a la villa de Laza (Verín)—una de las que mejor conservan sus tradiciones—y a las aldeas circunvecinas, dice lo siguiente:

«Por las calles se arrojan harina, *farelos*, *feila* y ceniza o *borralla* del horno unos a los otros, con lo que dejan al más enlutado tan blanco como la nieve, y no hay que quejarse aunque por dentro quede la procesión; se le pone cara de risa a quien tal obsequio haga. ¡Y cuántas veces entre la ceniza van también brasas! Pero... *son cousas do entroido* y hay que llevar la broma y callarse muy calladito.

Aunque haga un sol que queme hay que llevar el paraguas abierto: desde los corredores y desde las ventanas aquello es un ataque continuo de ceniza, y si se ofrece también «llueve» encima, mojando a uno de pies a cabeza. Pero... *son cousas do entroido* y hay que reírlas» (8).

A este mismo orden de conceptos pertenece el «respeto a las máscaras», las cuales ni en la aldea ni en la ciudad deben ser ofendidas ni maltratadas, ni mucho menos descubiertas quitándole la careta. Aquí es ejemplar el caso de los *zigarrones* o *piliqueiros* de Laza—de los que nos ocuparemos más adelante—, los cuales pueden ser *insultados:* «Insultar a un *piliqueiro* es llamarle un nombre con que se le descubra un hecho de los de su vida, aunque sea un defecto, pero nun-

(8) Laza (Verín), doña Celsa Vila Puga.

ca se le puede llamar por el nombre de pila. Y esto se observa con tanta escrupulosidad que si alguno se atreviese a llamarle por su nombre, no con la *zamarra* (látigo de piel arrollada con el que zurra a los mozos), sino con la *mangueira* (el mango de palo), le contestaría el *piliqueiro* (9). Ahora bien, los insultos son exclusivamente de palabra: al *piliqueiro* no se le puede tocar. En cambio, en Laza mismo hay otras máscaras a las que se puede hacer objeto de bromas pesadas: revolcarlas en el barro, encerrarlas en las cuadras, etcétera. Se les llama *maragatos*. Pero ésta parece ser una excepción.

V.—El pleno Entroido.

Lo referente al Jueves de Comadres queda expuesto en el capítulo III. Nos ocuparemos ahora de las fiestas, diversiones y usanzas de los tres días de Carnaval: Domingo, Lunes y Martes. En muchos lugares (Dozón, Lalín, Castro Caldelas, etc.) se le llama *O Santo Entroido*, designación que entra en el carácter parodístico de los usos carnavalescos.

El *Entroido* es una época del año y una fiesta, que ocupa un lugar en el calendario usual cristiano; es también, como veremos, una personificación, sea del año viejo, sea del invierno, sea de algo menos asequible al entendimiento o a la memoria. En este sentido es una especie de santo al revés, cuya fiesta debe ser guardada. De aquí la prohibición de trabajar en los tres días de Carnaval, o por lo menos, el Domingo y el Martes. Prohibición enteramente convencional, sancionada por la tradición y el común sentir del pueblo, que la sanciona con multa, consistente en pagar cierto consumo de vino a los aprehensores.

«En algunas aldeas inmediatas a la villa (Ribadavia) les

(9) Idem.

está prohibido trabajar esos días; al que encuentran trabajando lo llevan en una escalera a la bodega y tiene que darles una buena merienda y del mejor vino que tenga en las cubas» (10).

En San Ginés de Paderne (Allariz, Orense) «no se trabaja Domingo, Lunes y Martes, y si alguno trabaja va la demás gente y le hace pagar una conrrobla de vino» (11).

En Larouco (partido de Puebla de Trives), «ese día (el Martes) está prohibido trabajar, y al que trabaja por la tarde lo van a buscar en hombros, estando obligado a dar la merienda a todos los mozos» (12).

En Meda (Castroverde, Lugo), «el Martes por la tarde, que es el último día, se van por allí adelante a ver si encuentran alguno trabajando, y si lo encuentran lo llevan, uno por una pierna y otro por otra, a la taberna y tiene que pagar una cuarta de vino, y si no la paga le dan de penitencia tener que andar todas las calles, pero lo llevan en procesión dos hombres, uno por un lado y otro por otro, para indicar a los vecinos que aquél no quiso aceptar la ley impuesta por el pueblo para todos y entonces tenía que cumplir la penitencia impuesta, si no, se quejaban los demás» (13).

Así se impone la justicia popular espontánea en defensa de la tradición y de los usos antiguos, del mismo modo que en los siglos medievales se sublevaba el pueblo contra los *malos usos* y *novedades* que quebrantaban la costumbre de los antepasados. La broma de Carnaval tiene así un sentido simbólico profundo, que nos deja ver, sin proponérselo, nuestro informador de Meda.

Sin embargo, los días de fiesta suelen ser tan sólo el Domingo y el Martes. El Lunes pasa en muchos sitios desapercibido. En las ciudades solía ser para los mayores un

(10) Doña Carmen Alonso Canitrot, 1932.
(11) Don Marcial Guede y don Ginés Pérez, 1931.
(12) Don José Barco.
(13) Don José Sanfiz Mirón, 1928.

día de descanso; en cambio, era el día de disfrazar a los niños y mandarles por las casas de la familia y de los amigos a «enseñarse». Como no debían «ajar los trajes» ni «hacer locuras en casas de afuera», estas visitas de exhibición solían constituir para los pequeños un verdadero suplicio, compensado en parte con los regalos y obsequios de dulces y bombones, de los cuales en muchos casos resultaba una indigestión, que al día siguiente les obligaba a ingerir, entre llantos y desconsuelos, el fementido aceite de ricino y a privarse, además, de la comilona del Martes. En las casas que visitaban, las señoras les exhortaban con insistencia a hacer gracias, pero a los rapaces rara vez se les ocurría nada, siendo siempre máscaras sosas y tristes.

En las aldeas el Domingo y el Martes, con máscaras o sin ellas, es indispensable la gaita y el baile, que se celebran casi siempre en el campo acostumbrado de la fiesta. Para ello se organizan colectas entre los mozos o entre las familias o salen los mozos por las calles de los lugares con mascarada y música, pidiendo para el gaitero. Hay lugares en que la diversión se reduce a visitar las casas y los *fiadeiros* (lugares en que se reúnen por la noche las mujeres a hilar), o los otros lugares o aldeas de la parroquia o de las vecinas.

En Castelaos (Calvos de Randín, Orense), «en estos días (los tres últimos) buscan el gaitero y por la mañana andan tocando por las calles y los mozos unos *testos* (tapaderas de potes) y otros cazuelas y otros latas, y andan todos juntos tocando por las calles, y les dan vino por las puertas de donde van y después por la noche van a tocar al *fiadeiro*» (14).

En Graíces (Coles, Orense), «es costumbre antigua salir del pueblo las mozas y los mozos juntos, y el que así no lo hace incurre en una falta de compañerismo. El complemento de esto es llegar a la fiesta y bailar la muiñeira circundando una jarra de vino y un bastón de rosquillas» (15).

---

(14) Don Celso Dacal, 1928.
(15) Don José Vázquez, 1920.

En Pías (Escuadro, Maceda, Orense), «hay todos los días fiestas de jóvenes formando *reinados* (?), primero los de un pueblo y otro los de otro, y andan recorriendo todos los pueblos cercanos» (16).

Continúan en estos días las bromas de los domingos y semanas anteriores, pero se usan otras nuevas. Una de ellas es el *robo de los potes y comidas* en las casas, unas veces con devolución y otras sin ella.

En Meda (Castroverde, Lugo), «salen de noche disfrazados por las calles y entran en las casas, y unos entretienen a las cocineras y otros se aprovechan de la ocasión y cogen los potes y potas, cazuelas y sartenes y se marchan; unos llevan los *ataños* (cosas en que se hace la comida) que tienen la comida, y los que llevan las sartenes y cazuelas van tocando las castañuelas por detrás y a los que encuentran los invitan a comer, y al que no acepta le dan, unos por un lado y otros por el otro, con saquetitas de ceniza que acostumbran a llevar *mangadas* en las puntas de los palos, y corren detrás de ellos hasta que les parece, y después que se diviertan un poco con las potas y potes se los llevan a sus dueños para que continúen con la cena» (17).

En Fiestras (Ginzo de Limia, Orense), «mientras los vecinos ven con gusto pasar la comitiva (del *Entroido*), otras parejas disfrazadas de *gitanas* entran en las casas y roban chorizos y si pueden huevos y gallinas... Quemado el *Entroido* en la hoguera se prepara la merienda con los chorizos, huevos y gallinas robados, la cual comen todos los mozos y mozas en reunión que dura hasta las doce de la noche» (18).

En el mismo Meda y en otros pueblos los mozos roban de noche carros, aperos de labranza, maderas, *cancelas* y

(16) Don Antonio Crespo Peña, 1929.
(17) Véase arriba.
(18) Don Ambrosio Feijóo, 1928.

utensilios de toda clase que encuentran en los *pendellos* (cobertizos abiertos), *cortes* (cuadras), *palleiras* (pajares) y *eixidos* (patios exteriores), y hasta animales, especialmente caballerías y pollinos, y los llevan a un lugar determinado: el atrio de la iglesia, las salidas del pueblo, etc., y los amontonan o disponen allí caprichosamente, de modo que sus dueños encuentran trabajoso el sacarlos y traerlos a casa.

En Meda, «llevan carros, tablas, cazuelas, borricos y yeguas y en cada camino que sale del pueblo arman cuadras para los animales y los cierran, les traen hierba y paja para que coman y le ponen agua para que beban y, por último, les ponen un periódico para que lean, y si el animal es viejo le ponen unas gafas para que vea si tiene la vista cansada» (19).

Suele practicarse esto también en la noche de San Juan. En los partidos de Arzúa (Coruña) y Lalín (Pontevedra) dicen los mozos que esa noche *andan âs canzelas*, esto es, llevándose los cierres de madera de los patios y heredades.

Otra broma es la de los *convites* forzosos o simplemente tradicionales, como en los siguientes ejemplos: en Filgueira (estación del ferrocarril de Orense a Vigo), el Martes, los mozos traen tres o cuatro ollas de vino para convidar a los casados; en Layas (Cenlle), al contrario, llevan a los casados *ao cabalote* (al caballito) a la taberna para que paguen *dous netos* (dos cuartillos); en Guinzo de Limia hacen esto las máscaras con los no disfrazados, «y es costumbre de nuestros antepasados»; en Sandiás (Guinzo) hay que dar vino a las máscaras; en San Amaro (Carballino) también obligan a esto las máscaras, y así en muchísimos lugares.

Pasamos ahora describir las diversas especialidades del Carnaval gallego en capítulos separados.

---

(19) Véase arriba.

VI.—Comidas de Entroido.

En todas las casas, por poco que se pueda, en la aldea como en la ciudad, se celebra el *Entroido* en familia con una o dos comidas extraordinarias, en las que predominan la carne y los productos del cerdo y algunos postres especiales. En algunos lugares, como en Larouco (Trives), se llama a esto *festa de pote*.

Lo más general en estas comidas son, como ya hemos dicho, la cabeza curada del cerdo (*cachucha, cachola*) y el rabo, los cuales vienen reservados para estos días de la matanza del año anterior. Hay un refrán o cantar que dice:

Alegría, alegrote,
que está o rabo do porco no pote.

Se comen también la *soá* (espinazo), también curada; a veces, *lacón* y chorizos, que pueden ser nuevos, o sea del año. Entre los chorizos el propio del Carnaval es el *pedro* o *pedrolo*, hecho con el intestino recto del animal, y que puede ser de carne o de cebolla. Estas cosas se comen cocidas, ya formando parte del tradicional cocido, con tocino, jamón, carne de vaca o ternera, patatas, garbanzos y verdura; ya cocidos aparte con *grelos* (sumidades de nabos).

Cuando el Carnaval coincide con la matanza es también plato obligado las *filloas*. Estas son una especie de tortillas sumamente delgadas, que se preparan con un *amoado* hecho con leche, sangre de cerdo y harina; se coge una cucharada y se echa en la sartén, untada con grasa de cerdo o con tocino, y se deja extender el líquido, recogiendo después la *filloa* frita con un tenedor, y se van depositando en un plato una sobre otra después de esparcir sobre cada una azúcar o miel. Naturalmente, la miel es lo más antiguo. Son sabrosísimas, pero indigestas, no obstante lo cual los aficionados las comen en gran cantidad. Algunos gustan de comerlas en la cocina, conforme las van haciendo.

Muchas veces, cuando no hay sangre de cerdo—que tiene que ser reciente, batida fuertemente al salir del animal—, se preparan sin ella las *filloas blancas*, que algunos llaman *farandelas*. Son iguales que las otras, sólo que sin sangre.

Ya nos hemos referido a las *orellas de frade*, fritos de pasta espolvoreados de azúcar que imitan, más o menos lejanamente, la forma de una oreja humana.

De la misma pasta suelta, líquida, de leche, huevos y harina, salen las exquisitas *flores*, hechas en un molde de hierro de caprichosas formas geométricas de composición exagonal, molde que, después de calentado, se mete en manteca derretida al fuego y después en la pasta, la cual se adhiere al molde una película, que se introduce de nuevo en la grasa hirviendo, y se desprende allí mismo la *flor*, ya hecha, que luego se espolvorea con azúcar. Resulta, servido en grandes bandejas, un postre vistoso y rico, aunque no de digestión demasiado fácil, no obstante lo cual todos se comen unas cuantas *flores* de cada vez.

A. Fraguas (20) menciona, con referencia a la comarca de Cotovade (Pontevedra), otros manjares, como la *bincha* o *bandullo*, que es una masa de pan de trigo, huevos, leche y azúcar embutida en vejiga de cerdo y cocida en ella, comiéndose después cortada en rebanadas, y los *petotes*, que son una suerte de bollos ovoides de harina cocidos en agua y espolvoreados de azúcar.

VII.—Las máscaras.

En mayor o menor número, las máscaras se encuentran los días de Carnaval en todas las ciudades, villas y aldeas. No sólo la *mocedá*, sino también los casados y hasta los viejos gustan de disfrazarse. Incluso suelen ser los viejos los que mayor entusiasmo muestran por el *Entroido*.

---

(20) Trabajo citado.

Los enmascarados reciben, aparte la especialidad de los disfraces, diversos nombres: *máscaras, entroidos, felos, mecos, piliqueiros*, etc. Después cada disfraz especial tradicional, casi siempre los mismos en cada localidad, suele llevar un nombre, que iremos describiendo aparte.

En primer lugar, existe en todas partes la máscara zarrapastrosa, vestida con ropa vieja, sucia y harapienta. Son las que en muchos lugares son llamadas con preferencia *felos*; «parece un *felo*» sirve de comparación para cualquier tipo ridículo o de acusada fealdad. Se llaman también *borrallosos, borralleiros* o *cinseiros*, por ser los que suelen llevar sacos de ceniza para arrojar a la gente; *vellos*, por la intención de caricaturizar a la vejez (en Filgueira-estación al tropel de máscaras así vestidas le llaman *a vellada*), *payasos* (Rabeda, Taboadela, Orense), *charrúas* (Allariz), *farandulleiros* (Entrimo). Estas máscaras van muchas veces vestidas en forma contraria al sexo, esto es, los hombres de mujeres y las mujeres de hombres; son los encargados de las bromas pesadas, de los chistes soeces, de lo feo, sucio y grotesco. Los *farandulleiros* de Entrimo llevan, a veces, *cagatías* de ovejas y otras porquerías, persiguen a las máscaras bien vestidas para ensuciarlas y pretenden levantar la falda a las mozas. En San Pedro de Moreiras echan ceniza y hormigas. En Filgueira-estación imitan a los gitanos. En Loiro se dedican a dar porrazos a la gente. En Verín corren a los chiquillos, que los insultan: *¡Felo, felo!* En la Rabeda friegan la cara a las mujeres con harina, ceniza o cebolla. En Carracedo (Lugo) los pequeños no salen de las casas por miedo a los *piliqueiros*. En Pereiro de Aguiar entran en las casas y exigen que les den nueces y avellanas a golpes con vejigas de cerdo hinchadas. En Viña (Cea, Carballino) levantan la ropa a las mujeres... De todos modos, son los que hacen más gracia, los más celebrados por grandes y chicos.

El éxito de la máscara fea se explica por el carácter de «inversión de valores» que tiene el Carnaval, y que viene a ser el fundamento del arte de la caricatura y de lo grotesco.

El hecho de vestirse los hombres de mujeres y las mujeres de hombres lo acentúa. Recordamos una frase reveladora en su ingenuidad de un compañero de bachillerato. Habían salido unas máscaras representando un sacamuelas, su ayudante y un cliente; hacían ruedo en medio de las plazas y se ponían a representar la operación de extraer una muela con unas enormes tenazas; de la boca de la víctima salía una muela de gran tamaño con un pingajo de carne colgando. Esto, unido a la suciedad de las máscaras y a lo horrible de sus caretas, hizo prorrumpir a algunas señoras y señoritas en exclamaciones de desagrado y de asco. Aquel compañero protestó y dijo:

—Dicen que es un asco y que es feo... ¡Pues en Carnaval lo feo es lo bonito!

Claro que no siempre es así, como veremos. Pero antes debemos decir dos palabras acerca de las caretas (*carautas*, *carantoñas*).

Como es natural, muchas de ellas, de cartón, de alambre o de tela, son procedentes del comercio, pero en la aldea las improvisan también los paisanos, recortándolas en cartón, a veces pintadas, añadiéndoles narices u otros aditamentos de la misma materia. Más fáciles son los antifaces de tela, cortados de retales antiguos de mejor o peor calidad. Un sustitutivo de la careta, empleado tanto en la ciudad como en la aldea, es el pintarse la cara de negro, blanco o colorines; este *maquillage* se propone siempre dar a la fisonomía del que lo lleva un aspecto grotesco. Unas veces, inspirado en los payasos de circo, es a base de harina o polvos blancos, pero lo más común son los tiznes negros, imitando más o menos bien bigotes, barbas o patillas, y los coloretes de un rojo violento y extensión exagerada. Pueden añadirse bigotes o barbas postizos hechos de cualquier materia que ofrezca cierto parecido con el natural.

Las caretas de madera tallada y pintada, que aún llevan los *zigarrones* de Laza, y el *irrio* de Castro Caldelas, debieron tener en otro tiempo un uso mucho más extendido.

Se mencionan también caretas de piel de oveja (21) y en algún caso se habla de máscaras que llevaban la cara cubierta con una *filloa* (22).

En la Teijeira (Trives, Orense), «el domingo por la tarde, después que la gente está reunida, empiezan a venir enmascarados con *carautas* (caretas)—las caretas se llaman también *carantoñas*—de cartón hechas por los mozos del pueblo, dan unas vueltas por la plaza y luego comienzan a correr tras los rapaces, que es su mayor diversión, y van por las fincas corriendo, y cuando el *irrio* no corre tras ellos le tiran por la ropa y le llaman: *Irrio farranguelo, c'as tripas ô carrelo...* Mientras éste corre tras los rapaces están otros», etc. (23).

Se llama *Irrio* en Castro Caldelas, muy próximo a la Teijeira, un personaje que, en compañía de los gigantes o *pantasmas*, precede a la procesión de la Virgen de los Remedios los días 8 y 9 de septiembre. Iba antes vestido con un frac y un pantalón de percal de colores vivos, con botones, ribetes anchos y franja en el pantalón amarillos; una careta muy antigua, tallada en madera y pintada, y un pañuelo rojo ocultando la parte posterior de la cabeza; llevaba un zurriago o látigo formado de un palo y una piel vieja enrollada. Con él perseguía a los rapaces, que le gritaban de lejos: *¡Irrio, irrio peliqueiro, c... no coldeiro!*, y también: *Irrio Fulano*, por su nombre o apodo. Recordamos uno conocido por el apodo de «Titirana», al que gritaban: *¡Irrio peliqueiro, irrio Titirana!* Es decir, todo lo contrario de lo que hemos dicho de las máscaras, a las que es incorrecto y hasta ofensivo designar por su nombre, al cual equivale el apodo en las pequeñas poblaciones gallegas.

No debe creerse que el *irrio* de la Teijeira sea derivación del de Castro Caldelas, antes al contrario. Otras informacio-

---

(21) Pereiro de Aguiar (Orense), doña Antonia Pérez Testa.
(22) «Picadillo» (Puga y Parga): *Pote aldeano*.
(23) Don Ramón Fernández Alvarez, 1929.

nes aseguran que en la Teijeira se llama *irrio* a cualquier máscara. Este nombre debe identificarse con el de *guirrio*, que llevan en Asturias y algunos otros lugares del Noroeste de España, los equivalentes de nuestros *zigarrones*, o sea los *zamarrones* de fuera de Galicia. Los *zigarrones* tienen hoy por centro de origen la villa de Laza, en el partido de Verín. Son una de las mayores curiosidades del Carnaval gallego y sobre ella hay bastante literatura (24). Pero los *zigarrones* forman parte de las máscaras finas. Parece deber creerse que el nombre y la función del *irrio* fué una cosa mucho más general, que en Castro Caldelas posiblemente se desplazó del Carnaval a la fiesta de la Virgen, la más importante de la villa, y se circunscribió a un solo personaje. También, por ejemplo, en otro tiempo, en Allariz, iban unos hombres echando hormigas delante de la procesión del Corpus, así como un moro vestido de verde danzando con un alfanje ante la Custodia. La tradición popular afirma que las hormigas se empleaban para alejar a los judíos, que tenían una colonia importante en aquella villa.

El *zigarrón*, llamado también *felo*, *piliqueiro*, *murrieiro*, *choqueiro*, *charrúa*, es una máscara positivamente bien vestida. Su «uniforme»—puede llamársele así—consiste en camisa blanca, corbata encarnada, chaquetilla de seda como la de los toreros, con ribetes, galones y alamares dorados, y a la que se añaden en los hombros unas antiguas charreteras militares, que se conservan de los antepasados en las casas; calzón corto de seda cubierto por la parte anterior con unas perneras de trenzado de lana blanco y de color lleno de flecos y borlas; medias blancas y zapatos; faja de seda en la cintura y encima un cinto de cuero del que cuelgan por de-

(24) Recogida en parte por F. Bouza Brey: *Máscaras galegas de origen prehistórico*, en «Homenagem a Martins Sarmento», Guimarães (Portugal). Ver también Vicente Risco: *Os cigarrons*, en «Nos», núm. 35; noviembre 1926.

trás cinco o seis *chocas* o cencerros de las vacas, que suenan al andar, saltar y bailar el *zigarrón*; careta de madera tallada y pintada, a la que va sujeto un semicírculo de hoja de lata, que no se sabe si imita una mitra o un tricornio, pintado con diversos adornos y figuras, entre los que no suelen faltar el sol y la luna; por detrás de esta mitra o tricornio cae sobre la espalda del cigarrón una piel de carnero, de perro, de zorro, de gato, con pelo y con la cola hacia abajo; sobre la chaquetilla cruza uno o dos pañuelos de mujer de merino rameado; en la mano lleva un zurriago de piel o de vejiga de cerdo. El traje es brillante y vistoso.

El *zigarrón* no habla: corre, salta y baila, haciendo sonar los cencerros, y golpea a los que encuentra con su látigo; dos en pareja toman en hombros a un hombre y lo llevan a la taberna para que los convide; se presentan en las casas pidiendo convite o dádivas. A él nadie le puede tocar, aunque sí se puede insultarlo; ni él puede enfadarse, ni responder a los insultos, ni aquel a quien él pega puede tomarlo a mal.

Prescindimos aquí de la hipótesis, fundada en estos privilegios de que gozan y en el uso de la piel de animal en la espalda, de un origen prehistórico de estas máscaras.

La tradición popular asegura que antiguamente salían tan sólo de la villa de Laza, ya desde principios del año, y recorrían largas distancias, llegando a Castilla e internándose por aquellos pueblos. En Orense, Castro Caldelas, Monforte de Lemos, eran llamados *murrieiros*, porque decían que «sacaban las *murrias* de las piernas», es decir, las manchas y tostaduras que se forman en la epidermis por efecto del fuego del hogar o del brasero (25). El *murrieiro* aparecía a lo mejor en la ciudad de Orense callado; se paraba en las puertas

(25) En Maceda (Orense) nos refirieron que los *felos* o *fenos* de la Limia «pedían dinero y untaban los zapatos de la gente con *bergallón do porco*». (Véase Vicente Risco: *Os cigarrons*, loc. cit.).

de las tiendas y de las tabernas, haciendo sonar las *chocas*, y en las tiendas y tabernas le daban dinero, pan, frutas u otras cosas de comer y vino. En Castilla pedían también por los pueblos. Hoy no suelen salir de Galicia ni casi de la provincia; pero, en cambio, los hay, más o menos auténticos, mejor o peor vestidos, en Verín, Ginzo y otros pueblos.

«Picadillo» (26) menciona otra máscara semejante, el *choqueiro*, de la que dice: «Viste generalmente de señora y le sirve de antifaz, bien una *filloa* o bien la piel de un conejo o liebre. Su característica es una formidable borrachera de *caña*, y entra en el baile repartiendo palos a diestro y siniestro... Al *choqueiro* le está prohibido el uso de la palabra... Puede dar gritos salvajes, saltar por encima de la concurrencia...»

Los *charrúas* de Allariz son hoy máscaras fachosas que llevan un palo para correr a los rapaces, que los insultan llamándoles: *¡Charrúa, m... crúa!* Antiguamente iban vestidos de colorines, con un cinturón de *chocas*, un zurriago de piel y una especie de montera, e iban por las aldeas para que le dieran algo. No sabemos si la montera era de piel o si llevaban piel a la espalda. En cuanto al nombre, hemos oído asegurar que les viniera de un hombre de Ginzo que se vestía todos los años y le llamaban el «Charrúa» de apodo, lo cual no puede ser cierto, pues ¿de dónde le vino el tal apodo y qué significa?

En Vigo había los *Escabicheiros* o *M... deiros*, vestidos también de blanco, con camisa, pantalón largo y zapatillas; un chaleco sin mangas rojo o verde por delante, blanco por detrás, con una figura de paño rojo cosida en la espalda que representa el sol, la luna, un asno, un gallo, una gallina o cualquier otra cosa. En la cabeza llevan un gorro hemisférico de tela semejante a un solideo, blanco, con una tira roja o verde en el borde y un sol o una luna de paño cosidas en

(26) Op. cit.

lo alto. Es fundamental llevar delante, colgando de un cordel atado a la cintura, una escoba sin mango o unas cebollas, y asimismo una vara en la mano. No llevan una máscara especial, sino una careta cualquiera. Van por la calle dando saltos delante de la gente y echando hacia adelante el colgajo

Escabicheiro.

que llevan pendiente de la cintura. Algunos llevan en el gorro, recortada en paño y colocada en lo alto, una cabeza de gallo o gallina o la cabeza y la cola (26 bis).

Hay otras máscaras finas, vestidas con sentido estético y con pretensiones de rumbo y elegancia. Las principales son las que se llaman *damas* y *galanes*, *madamitas* y *madamitos*, *madamas*, *gigantes*, etc.

(26 bis) Comunicado por don Joaquín Lorenzo.

En Entrimo (Bande, Orense) van vestidos «con unos pantalones de mujer que llegan hasta la rodilla y con unos bordados que llegan desde la rodilla hasta el medio de la canilla; después se ponen unas capas blancas o de color que les llegan hasta el fondo de la espalda, y en la cabeza ponen un gorro de cartón muy alto y adornado con cintas de papel de varios colores; a los que van de esta manera vestidos les llaman *damas* y *gigantes*; los primeros llevan cubriendo la cara un velo, y los segundos, una careta de cartón con un bigote que le llega hasta las orejas... Van en carros adornados tirados por bueyes o pollinos, por parejas, cantando, con un gaitero tiznado de negro y de rojo tocando la muiñeira, que la va bailando a saltos, y el conductor del carro con ropa muy rota» (27).

En Castelaos (Calvos de Randín, Guinzo) «se visten de *galanes*..., ponen unas cintas y unos gorros en la cabeza y unos *lejes*» (28).

En San Pedro de Moreiras (Toén, Orense), «otros con ropa interior de mujer, pantalones y otras cosas y en la cintura un cinto de *chocas* o una banda encarnada, y en la cabeza un gorro en forma de cono cubierto con papel de colores distintos... Antiguamente se vestían de *mariñaques*, que era una falda de mujer con un aro de alambre por abajo y la cintura muy estrechita, y por encima de la cintura con mucho vuelo» (29).

En San Miguel de Berredo (Celanova), «hombres con camisas blancas y pañuelos formando cruz, llevan en la mano un *largueiro* (palo largo de la cocina) con unas cuerdas en la punta; en la cabeza unos *caracuchos* de papel y de caretas llevan toquillas viejas» (30).

En Ginzo de Limia, «los hombres, con una camiseta y un

(27) Don Pedro Costa Barroso, 1928.
(28) Don Celso Dacal, 1928.
(29) Don Odilo Canal Cañedo y don Gonzalo Nieto Cortiñas.
(30) Doña Carmen Somozá Pato.

calzoncillo de punto y una faja encarnada, con unos collares de campanillas y un *bergallo* de buey con una vejiga de cerdo atada en la punta» (31).

En el partido de Viana del Bollo se visten de *boteiros*, de blanco, con *chocallos* (cencerros)» (32).

En Junquera de Espadañedo, las máscaras, «si llevan cintas y flecos de colores prendidos con alfileres en el traje, careta y palo en la mano, se llaman *felos;* si van de blanco con encajes o puntillas, *madamitas*» (33).

En el ayuntamiento de Allariz, «los mozos más garridos suelen disfrazarse con unas vestiduras muy originales..., y se denominan *mecos*» (34).

En la comarca de Cotovade (Pontevedra), «los mozos que mejor bailan... van de *madamitos*... Llevan la cara tapada con careta y vestido el mejor traje que tiene en casa; como adorno, un fajín atravesado, anillos y alguna cadena de oro. Van con su pareja... y bailan con ella. La seriedad que muestran—seriedad de protocolo—hace contraste con la informalidad de todos los demás... La muchacha que hace pareja con el *madamito* se llama *madamita*... La ropa, la mayor parte de las veces es de alguna amiga, hecha para el casamiento; por eso es un buen traje de seda negro a la moda de comienzos del siglo» (35).

Hay, además, las máscaras a caballo. En Filgueira-estación «alquilan unas caballerías para formar lo que llaman *os cabaleiros*», que van disfrazados a caballo; llegan a la fiesta, dan unas vueltas con los caballos y después se apean y van a bailar con unos que están disfrazados de *madamas*» (36).

---

(31) Don Angel Ramos.
(32 Don José García González.
(33) Doña Angela Núñez Míguez.
(34) Don Jesús Soto Castro.
(35) A. Fraguas Fraguas, loc. cit.
(36) Don Bernardo Vázquez Perdiz.

En Garabanes (Maside, Orense), «se tapan la cara y ponen unos pantalones de buen género con unos galones cosidos. Estas máscaras se llaman *felos* y andan a caballo de mulos, casi siempre corriendo a galope... Recorren a caballo todos los pueblos de la parroquia y las demás parroquias cercanas. Llevan grandes ruedas de papel en tiras y al llegar a las fiestas las tiran a los niños y chicas de la fiesta» (37).

En Cotovade (Pontevedra) hay los *lanceros:* «Ropa de militar en día de gala o un buen traje blanco de un americano... Cintas de seda colgadas de los brazos, con mantón atravesado en la espalda; una capa encarnada... y en la cabeza un gorro de cartón alto de forma trapezoidal, cubierto de papel de seda y adornado con cintas de papel... Las piernas apretadas con unas polainas negras, que sirven al mismo tiempo para la bandera hecha por alguna moza con los colores de Galicia o de España y amarrada en una caña; de remate hace una lata de la hechura de una lanza. La cara la llevan tapada con una careta. Van a caballo, tocando cuernos...» (38).

Estos *lanceros* van precediendo a un cortejo llamado *la Momada.* Tales máscaras de caballería fueron muy frecuentes en otro tiempo. En Orense rara era la comparsa que no llevaba delante unos cuantos *batidores* a caballo, armados de lanzas con punta de hoja de lata provista de una lengüeta, que servía para sujetar los papeles impresos con los versos de las canciones compuestas expresamente para la comparsa; los batidores entregaban estos papeles, alargándolos con la lanza, a las chicas que estaban en los balcones. Vestían el mismo disfraz de la comparsa, o también de «caballeros antiguos», algunas veces con armadura completa.

En Lobeira (Bande, Orense) no se mencionan máscaras de caballería, pero sí, en cambio, *carreras de caballos* durante el Carnaval, costumbre hoy desaparecida:

(37) Don Jesús Castro Pérez, 1928.
(38) A. Fraguas Fraguas, loc. cit.

«Estas carreras de caballos necesitaban un terreno en ciertas condiciones, pues dado lo accidentado del resto no era posible tenerlas más que en ciertos sitios. Una de las *pistas* que en Lobeira se utilizaban era el trozo de camino comprendido entre Facós y Grou, camino que unía Bande con Entrimo antes de construirse la actual carretera.

El día de la carrera se juntaban en Facós con sus caballos los que deseaban tomar parte en ella. Acostumbraban a venir mozos de los alrededores, de Santa Baya, de San Ginés, de la Quintas, de Montelongo, etc.

Llegada la hora montaban en los caballos y se colocaban todos juntos. A una señal comenzaban a correr camino adelante hacia Grou. El que llegaba primero a este pueblo ganaba la carrera.

Seguramente hubo un tiempo en que se concedía un premio al que llegaba antes, pero ya nadie se acuerda de esto. En los últimos tiempos no había ningún premio» (39).

Otros disfraces tradicionales en las máscaras de a pie son los de *maragatos*, *gitanos*, *militares*, *cubanos*, *vellos*, *mulleres*, etc. Muchas veces el disfraz original se ha perdido y sólo se conserva el nombre, sin que la vestimenta se parezca a la del personaje que quiere representar. Los *vellos* se desfiguran a veces poniéndose una joroba de trapos; las *mulleres* llevan casi siempre como atributo la *roca* y el *fuso* (rueca y huso) (40).

Luego hay los que van caracterizados de diversos oficios: *barbeiros*, con un caldero de agua, una escoba de *xesta* (retama), haciendo de brocha, y una navaja de madera; *zapateros*, *paragüeros*, *guardias civiles*, *sacamoas*, armados con enormes tenazas de herrero; *ferradores*, *médicos*, *cegos*, con violín y cartel, y otros muchos en los que entra ya la fantasía.

Muchos, sobre todo en las ciudades, salían envueltos en colchas de la cama, imitando el socorrido *dominó*. Otro dis-

(39) Joaquín Lorenzo: *Notas encol do Antroido en Lobeira*, revista «Nos».

(40) Castro Caldelas y otras localidades.

fraz muy admitido era la *coroza* o capa impermeable de junco, empleada en Galicia entre el paisanaje. Esto no dejaba de ser peligroso, porque algunos tenían con los vestidos de tal manera la broma de poner fuego a la *coroza*. El famoso caso de los «hombres salvajes» que ardieron en París en el reinado de Carlos VI por una imprudencia del duque de Orleáns, parece que se repitió en Villamarín (Monforte de Lemos, Lugo): «Uno de este pueblo se vistió de paja y le hicieron un rabo de paja y le pusieron fuego, y corriendo vieron que cundía el fuego y no tuvieron remedio para apagarlo hasta que ardió» (41).

Mención aparte merecen los disfraces de animales. En algunos lugares, como en Pedrafita (Chantada, Lugo), los disfraces «de animales, de osos, de la figura del diablo y de otras fieras», parecen ser los preferidos. En Cartelos (Carballedo, Lugo), «salen en Carnaval con *cabezas de toro* hechas con una armadilla de madera cubierta de piel de oveja y con cuernos de vaca, y llevan sacos de hormigas. Las cabezas de toro las guardan de un año para otro.» En San Pedro de Moreiras (Toén, Orense), «ponen una figura de cabeza de buey en la cabeza, cogen un arado y se ponen a arar la plaza».

También disfrazan a los animales mismos. En Castelaos (Calvos de Randín), «se visten unos burros con harapos y paja y después los llevan vestidos al *fiadeiro*» (42). De localidad indeterminada se nos informa que «visten los burros del lugar como si fuesen personas y los pasean por los pueblos vecinos con una charanga improvisada» (43).

En estos casos son verdaderos animales los disfrazados, pero también hay animales artificiales, formados por dos hombres, unas mantas y una cabeza que imita la del animal en cuestión. Mencionaremos los dos casos que nos son más conocidos.

---

(41) Don Manuel Vázquez Fernández.
(42) Don Celso Dacal, 1928.
(43) Doña Victoria Junquera Enríquez.

En Castro Caldelas había la *mula falsa:* dos hombres formaban el cuerpo y las patas de la mula, aparejada con unas mantas; delante llevaban una cabeza de mula hecha con pieles sobre una armadilla de madera. La mula iba acompañada y conducida por un *maragato*, vestido a la usanza de éstos —en otro tiempo los maragatos se dedicaban en Galicia a conducir en recuas de mulas viajeros, mercancías y encargos—, con las clásicas bragas y sombrero ancho. El maragato hablaba en castellano, figurando el acento de un modo muy exagerado. Para imitar los dientes blancos de los castellanos metía en la boca dos rajas de cebolla. Invitaba a las mujeres a montar en la mula, cantando sus excelencias y cobrando por montar unas piezas de cobre. En cuanto montaba una mujer la mula se encabritaba y hacía lo posible por dar con la amazona en el suelo; si no lo conseguía corría con ella a la taberna, donde tenía que pagar unos vasos. Todo esto divertía grandemente al público.

En Laza había la *morena*, que es descrita así por nuestra informadora:

«El lunes por la tarde salía la morena, que es la cabeza de una vaca hecha de palo y cubierta con la piel de un carnero negro, con los ojos y la lengua de trapos encarnados, y en la que clavan los cuernos de una vaca de verdad; en aquella cabeza clavan un palo largo, le echan encima un cobertor rayado, se mete un hombre por debajo y después *escorna* a la gente... En esto de la *morena* tiene el derecho exclusivo de propiedad el barrio de Cimadevila; la hacían los viejos y nunca dejaron que los mozos pusiesen mano en ella. Ni tan siquiera cuando llegaban a la plaza. Lo más, lo más que le permitían era acompañarla armados de tojos y *covelleiras*, pero tocarle, eso sería un crimen de *entroido:* era de los viejos, y los viejos habían de volverla a la *corte*» (44).

---

(44) Doña Celsa Vila Puga.

Por último, un disfraz bastante empleado es el de *demo* (demonio, diablo); es el diablo tradicional: negro, con cuernos y rabo. Recordamos en Orense, hace muchos años, una comparsa de diablos, armados de tridentes, que conducían a otro acostado en una cama, con sus sábanas, almohadas, colchas, etc., tras de la cual iban tocando un bombo de fúnebre sonido. De cuando en cuando el diablo que iba en la cama se incorporaba, echaba mano al colchón, lanzaba contra los balcones terribles granizadas de almendras.

Pero existe la creencia de que no es bueno disfrazarse de diablo. En Allariz, con referencia a un individuo de allí que fué asesinado un día de Carnaval cuando iba vestido de diablo, hemos oído decir que el que muere llevando puesto ese disfraz se condena irremisiblemente y va al infierno derecho... Es, pues, como si el disfraz lo arrastrase o como si evocase la venida y la acción del personaje a quien el enmascarado quería representar.

VICENTE RISCO

(*Continuará*)

DE FOLKLORE CANARIO

Romances con estribillo y bailes romancescos

Al iniciar el estudio del romancero canario —el de la isla de La Palma, por lo menos (1)—, nada sorprende de una manera más viva y clara que el inseparable e imprescindible acompañamiento del *responder* o estribillo. No se concibe un romance sin un *responder*. Romances tradicionales, como

(1) También en Tenerife y en el Hierro se cantan los romances con acompañamiento de estribillo, repetido cada cuatro versos por el coro. Acerca de esta práctica en Tenerife, nos informa don Juan Bethencourt Alfonso en su artículo *Cantos*, publicado en los *Trabajos en prosa y verso* de la Biblioteca de Escritores Canarios, dirigida por Isaac Viera, Santa Cruz de Tenerife, s. a., cuaderno 2.º, págs. 44 y s.:

«Aunque creemos imposible sea trasladado al pentagrama el *canto de los segadores* con todo su sabor primitivo, porque su *desentonada melodía* no cabe ser reproducida, acompasado por el tambor, el *tajaraste* o en seco, monótono y rudo, tiene, sin embargo, un aire de profunda melancolía de que sólo se emancipa el alma con los alegres *ajijides*, que lanzan de vez en cuando, a manera de sobresalientes, para darle colorido y vida. El segador que quiere llevar la voz prorrumpe de pronto en un *ajijide*, que es contestado por el rancho, entonando de seguida el distico, que sirve de estribillo a la multitud, para corearle al final de cada cuarteto, aunque esta regla tiene sus excepciones. Cuando interesa el recitado o para hacer resaltar un concepto o simplemente para reanimarse, suelen corear el estribillo cada dos versos o intercalan al capricho los *ajijides*: estribillos que repite el que *romancea* para anunciar que ha terminado y va seguido de dos, tres o más *ajijides* colectivos.

»También entonan el *canto de los segadores* cuando un *rancho* va de camino, en cuyo caso es frecuente que en lugar del estribillo repitan las dos últimas estrofas [?] de cada cuarteto, etc.».

Del Hierro me ha dado a conocer varios estribillos, algunos de

el de *La Infantina*, el de *Blanca Flor y Filomena*, o el de *La Serrana*, que en la Península no han conocido estribillo, en los campos de La Palma, no se cantan sin él. Exactamente igual ocurre con romances más modernos, como el de *Los doce pares de Francia*, el de *Rosaura la del Trujillo* o el de *El Maltés en Madrid*. No ha llegado un romance al Archipiélago que, al caer en el cauce de la tradición isleña, se haya librado del monótono apéndice. Algunos han recibido el injerto de responderes compuestos expresamente para ellos. Así, por ejemplo, el romance de *Los doce pares de Francia*, tiene como responder propio el que aquí se publica con el número 111:

Vuelva a la vaina el acero,
donde estaba de primero.

El romance de *Santa Rosalía* también tiene el suyo, número 36:

Rosalía en la montaña
hizo vida solitaria.

E igual el romance de *Rosaura la de Trujillo*; el núm. 107:

Cuenta el mancebo, y no acaba
los trabajos de Rosaura.

Pero la mayor parte no tiene estribillo fijo. De la abundante colección de estos pareados, muestra la más breve de la poesía tradicional canaria, los cantadores escogen uno que rime con el romance que van a cantar. Unas veces procuran que entre el romance y el estribillo haya, además,

---

ellos iguales a los palmeros, don Gelasio Armas Morales, poeta popular, ciego, natural de aquella isla.

Sin embargo, no sé, con seguridad, si en ambas islas los romances se cantaban con estribillo en todas las ocasiones. Y de las demás islas del Archipiélago, no tengo ninguna noticia referente a esta tradición Como consecuencia de esta escasez de datos, limito el presente estudio a la isla de La Palma, a la cual debe entenderse referido todo cuanto en el mismo se diga sin expresa indicación local.

alguna relación temática; otras, sin embargo, relacionan más bien el tema del responder con la ocasión en que el romance se canta. Así el citado de *Los doce pares de Francia* se puede cantar en una madrugada, al regreso de una fiesta, con este responder:

Si canto, me vence el sueño,
y si no canto, me duermo.

O con cualquiera de estos dos de tema amoroso:

No me olvides, dulce dueño,
hasta ver el fin que tengo.

Una cinta azul de cielo
trai mi dama en el sombrero.

Y los otros romances de *Santa Rosalía* y *Rosaura la de Trujillo* pueden ir acompañados en una peregrinación o romería con el responder:

Por vei a la madre amada,
no siento la caminada.

Y en un «baile de castañuelas», por el más propio que dice:

Yo canto pa la nombrada
y no canto pa más nada.

En resumen: un romance puede ser cantado unas ve ves con un responder y otras veces con otro. Y el mismo responder puede ser aplicado a diferentes romances. Basta únicamente que haya la indispensable correspondencia de rima.

Esta aptitud de los responderes para el intercambio está, sin embargo, más desarrollada en unos que en otros. Como se comprenderá, está en razón directa de la vaguedad e imprecisión de su tema y sentido. Los responderes de contornos más esfumados e indefinidos suelen ser también, por grata coincidencia, los de valor poético más fino y so-

bresaliente. Son como menudas flores de vago aroma que pueden aplicarse, sin que desentonen, a romances de asuntos muy diversos. Veamos algunos:

¡Qué linda mañana, dama!
¡Dama, qué linda mañana!

¡Qué lindo romero nuevo!
¡Amor, qué lindo romero!

Al pie del verde romero,
de flores llené un pañuelo.

Sobre el risco, la retama
florece pero no grana.

Por el aire va que vuela
la flor de la marañuela.

Corre por el alto cielo
la luna tras el lucero.

En cambio, los responderes de los romances vulgares isleños son los más fijos, precisos y difícilmente intercambiables. El mismo autor del romance los compone ex profeso, estrechamente ligados al asunto de éste. Como ejemplo, véanse los del *Testamento de un mulo*, romance vulgar compuesto por Diego Pérez Díaz, gran «versiador» del Hoyo de Mazo (La Palma):

Tengan compasión y duelo
del muerto que está en el suelo.

En el suelo estoy caído,
muerto, y no pierdo el sentido.

Corresponden, respectivamente, a la primera y segunda parte de dicho romance (2).

La causa de que en la isla de La Palma sea muy raro hallar uno sin estribillo se encuentra en la forma misma de cantarlos. Un cantador, por lo general un viejo romancero,

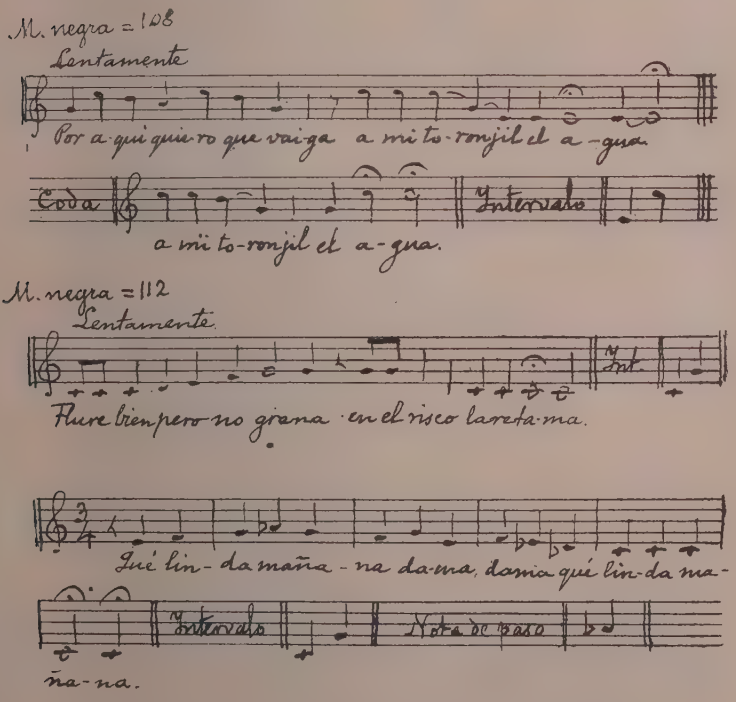
(2) Puede verse completo en mi artículo *Testamentos de bestias*, publicado en esta *Revista*, t. III, 3.º y 4.º, p. 524.

después de entonar el responder, constituído, como se ha visto, por un pareado con rima asonante o consonante, comienza a cantar el romance, llevando él mismo el compás con un tamboril (3). Cada cuatro versos, un coro, compuesto por amigos o espontáneos acompañantes, repite invariablemente el responder. El improvisado coro marca a su vez el monótono ritmo (4) con golpes de dos palos, de un cu-

---

(3) En La Palma no he oído emplear esta voz. Al tamboril se le llama tambor.

(4) La entonación monótona del responder, que es la misma de todo el romance, puede verse en las tres melodías siguientes, recogidas en la isla de La Palma por mi amigo Luis Cobiella Cuevas y publicadas en su interesante artículo sobre *La música popular en La Palma* («Revista de Historia», La Laguna de Tenerife, tomo XIII, 1947, pág. 461):



chillo y un palo, o de cualquier clase de objetos contundentes. El romance queda así fragmentado en cuartetas, que con frecuencia son verdaderas coplas (5). De este modo:

¡*Qué linda mañana, dama*!
¡*Dama, qué linda mañana*!

En la tierra de los moros,
donde Gonzalo pastaba,
estaba una mora bella
de pechos en la ventana.

¡*Qué linda mañana, dama*!
¡*Dama, qué linda mañana*!

Dios te guarde, mora bella,
Dios te guarde, mora honrada,
si te pillara en mi tierra,
yo te golviera cristiana.

¡*Qué linda mañana, dama*!
¡*Dama, qué linda mañana*!...

Esta forma coreada de cantar el romance lo acerca a la categoría de canción, y le da un marcado valor lírico, especialmente cuando lo orla con responderes de este género. Por ejemplo:

¡Quién fuera por el camino
por donde mi amante vino!

Dame la esmeralda, dama,
que te di cuando te amaba.

Cuando de mí falten penas,
faltará del mar la arena.

A la sombra del cabello
de mi dama, dormí un sueño.

(5) Sobre la división de los romances en estrofas o cuartetas, véase M. Menéndez Pelayo, *Antología de poetas líricos castellanos*, Madrid, 1945, tomo VIII, pág. 24.

Quien tiene amor, tiene pena.
¡Amor, quién no te tuviera!

¡Jesús, qué divino niño
tiene la Virgen del Pino!

¡Válgame el amor divino,
el de la Virgen y el niño!

¡Madre mía de las Nieves,
tuyo soy y aquí me tienes!

Y así se canta, mejor dicho, se ha cantado, generalmente, el romance, porque hoy ya no se oye en ninguna forma. Así se cantaba en las largas caminatas de las romerías; así en la conducción del trono de una imagen desde su enriscada iglesia a la capital costera con motivo de su festividad; así al regreso de ciertas faenas agrícolas (cavar viñas, vendimiar, etc.); así en el baile tradicional de castañuelas; así, en fin, hasta hace pocos años, en casi todas las fiestas y esparcimientos campesinos. En todas estas ocasiones, fluía lento y monótono el río inagotable del romance. Los siguientes responderes hacen referencia a algunas de ellas:

Vengo de Santa Lucía,
no hay caña como la mía.

Venimos con alegría
con el trono de María.

Yo vengo, que no ha venido,
a ver a Jesús nacido.

De la bodega venimos
tan completos como fuimos.

Ya vamos llegando, amigo,
donde el muerto tumba al vivo. (*A la bodega.*)

El que no canta en la rueda
botija verde se queda.

De todas estas oportunidades para romancear, la representada por el *baile de castañuelas* era la que llevaba apa-

rejado el romance de modo más inseparable. Este baile romancesco, que ya no se practica en la isla de La Palma, donde, en algunas localidades, fué casi exclusivo hasta hace unos treinta años, se desarrolla de la siguiente manera: Varios hombres, en número siempre par, por lo general cuatro, colocados frente a frente, dos a dos, bailan sin cambiar de lugar, mientras, con los brazos alzados, repiquetean las castañuelas. En el espacio comprendido entre los bailadores, las mujeres, en número igual a la mitad de éstos, danzan con suaves evoluciones, esquivando a los hombres en sus contenidos ademanes de acercárseles y simulando que hilan con movimientos adecuados de los brazos y manos. Esta imitación de la casera labor del hilado es la explicación de que el baile de castañuelas se conozca también con los nombres de *baile de las jilanderas*, *baile jilado* y, simplemente, con el de *jila, jila*. Las suaves evoluciones de las mujeres contrastan con el zapateado violento y convulsivo de los hombres.

Y mientras, en el centro del *terrero*, giran así las mujeres y zapatean los hombres insistentemente, el canto monótono de un romance, entonado desde un extremo por un cantador, acompaña y conduce el baile al compás del inevitable tamboril. Y un coro de entusiastas acompañantes, agrupado en torno del cantador, entona el responder y contribuye a marcar el ritmo, dando golpes en el suelo con sus recios bastones (6).

---

(6) En la forma que dejo indicada, se bailaba el *jila, jila*, según diversos informadores de Mazo, Breña Alta, Breña Baja y Mirca. Al norte de la Isla, en Barlovento, parece que los bailadores no se disponían frente a frente, sino en rueda, aunque sin juntarse. Esta es la rueda a que, seguramente, se refiere uno de los responderes ya citados, y este otro:

Quien tiene su amor en rueda
tiene la vista serena.

En Barlovento, el baile se llamaba *el zapateo* y, como en la zona indicada más arriba, el de *las jilanderas*. Los viejos de Barlovento no recuerdan que haya habido en el pueblo más bailes que éste y el *sirinoque*.

Esta forma de cantar los romances con estribillo repetido por el coro y la incorporación de estos cantos, como acompañamiento, a los bailes, no son propias y genuinas de Canarias.

Los romances con estribillo no abundan mucho en los romanceros, pero algunos se encuentran. Por ejemplo, el de *La pérdida de Alhama*:

Paseábase el rey moro
por la ciudad de Granada,
desde la puerta de Elvira
hasta la de Vivarambla.
¡*Ay de mi Alhama*!
Cartas le fueron venidas
que Alhama era ganada;
las cartas echó en el fuego
y al mensajero matara.
¡*Ay de mi Alhama*!, etc.

Como se ve, el romance queda también aquí dividido en cuartetas. El estribillo, o bordón, sin embargo, es tan sencillo que casi está reducido a un suspiro, «el suspiro del moro».

Lope de Vega, que tan bien aprovechó la poesía tradicional en su teatro, intercala de análoga forma en su comedia *Roma abrasada* (acto 3.º) el conocido romance del incendio de dicha ciudad. Nerón, Popea, Niceto y Fenicio lo cantan y tañen mientras desde una alta torre contemplan con placer la inmensa hoguera:

Mira Nero de Tarpeya
a Roma cómo se ardía;
gritos dan niños y viejos
y él de nada se dolía.
¡*Qué alegre vista*!
Por representar a Troya,
abrasarla quiso un día
para hacer fiesta a los dioses
que desde el cielo la miran,
¡*Qué alegre vista*!, etc.

Estribillos en forma de pareados, y, por lo tanto, más parecidos a los responderes canarios, los encontramos también en los romances, pero no intercalados cada cuatro versos, sino en el villancico que algunos llevan al final. Véase éste, con que termina un romance que Bernardo de la Vega inserta en *Los pastores de Iberia*:

Ya he sabido que es la muerte
dejar, Marfisa, de verte.
Ya sé que el amor condena
a padecer la memoria.
Pues el vacío de gloria
ocupa el rigor de pena.
¿Cómo podré en tierra ajena
vivir, siendo dolor fuerte
dejar, Marfisa, de verte? (7).

La forma primitiva, propia y general del romance es, sin embargo, la seguida y escueta, sin la machaconería del estribillo. Este suele injertarse, según demuestra de modo bastante convincente don Ramón Menéndez Pidal (8), en alguna refundición posterior, al destinar al canto lo que ha sido concebido para la recitación o la lectura. «Esto exige el trabajo de un refundidor, que, de propósito, realiza el mayor acortamiento del texto, para que pueda ser cantado sin cansancio, lo cual lleva a la eliminación de todo lo que no es esencial, lo que no interesa inmediatamente a la situación o tema tratado». Como ejemplo, pone Menéndez Pidal el romance de fray Ambrosio Montesino a la muerte del Príncipe don Alfonso de Portugal. Fué compuesto, a petición de la Princesa viuda, en los últimos meses del año 1491, y en su versión primera y original, es bastante extenso y detallado. No más de cuatro años después, ya el romance había sido profundamente refundido y popularizado, y un cancionerista francés, ignorante del español, lo re-

(7) Lo reproduce Durán, *Romancero*, 1507.

(8) *Vid. Cómo nació y cómo vive el romancero*. ed. «La Enciclopedia Hispánica», Valencia, s a., págs. 11 y s.

coge, tomándolo de oído, probablemente de labios de un portugués. «Al popularizarse, el romance de Montesino se había reducido en sus versos a menos de una tercera parte, había alterado varios hemistiquios, había añadido un verso final (lugar común que se repite en varios romances), se había provisto de un estribillo y una melodía» (9). Con todas estas modificaciones, se cantaba en la siguiente forma:

¡Ay, ay, ay, ay, qué fuertes penas!
¡Ay, ay, ay, ay, qué fuerte mal!

Hablando estaba la reina en su palacio real
con la infanta de Castilla, princesa de Portugal.
¡Ay, ay, ay, ay, qué fuertes penas!...
Allí vino un caballero con grandes lloros llorar.
—Nuevas te traigo, señora, dolorosas de contar.
¡Ay, ay!... (10).

Como se ve, el estribillo, cuando surge en los romances, es, por lo general, al popularizarse éstos y ser dedicados al canto. Es el momento crítico en que el romance arraiga en la tradición y cuaja la forma que habrá de predominar y de convertirse en tradicional. Después, a través del tiempo, los recitadores reducirán ya su labor a simples retoques.

El estribillo, en algunos romances artísticos posteriores, compuestos a imitación de los popularizados y preparados para el canto, así como en la estilización de algunos de éstos por poetas cultos para intercalarlos, como los que hemos visto primeramente, en obras mayores (comedias, novelas, etcétera), tiene mucho menos interés en relación con nuestro objeto. Ambos tipos de romance, aunque no carecen de valor probatorio, puesto que imitan procedimientos populares, muy rara vez descienden ya al pueblo.

Dejando aparte, pues, estas tardías reelaboraciones predominantemente artísticas y cultas, pueden señalarse en la

(9) Cfr. Menéndez Pidal, *Ibid.*, p. 24.
(10) *Ibidem*, pág. 12.

vida de la poesía tradicional dos faces o etapas: la primera, que ha sido llamada *aédica*, comprende «el esfuerzo literario aplicado a la creación de composiciones en estilo popular; es decir, destinadas a un público mayoritario o nacional, formado indistintamente por las personas doctas lo mismo que por los analfabetos»; la segunda, conocida con el nombre de actividad *rapsódica*, se limita a «repetir lo antes elaborado, eliminando en ello todas las formas de expresión no asimilables por el común de los recitadores, interviniendo en esta medida cada recitador con retoques improvisados».

«Por lo que toca al género tradicional del romance o balada, la actividad aédica procede por grados diversos, de los cuales muy importante es el que consiste en una primera poetización en forma ya bastante breve, de no mucha narración y bastante liricidad; es decir, concebida ya en estilo trovadoresco semipopular, como es el romance de Montesino. Un grado ulterior y final consiste en destinar al canto lo que ha sido concebido para la recitación o la lectura, y esto exige el trabajo —como se ha dicho— de un refundidor, que, de propósito, realiza el mayor acortamiento del texto» (11).

Por los años en que se termina de conquistar las Islas Canarias, el romancero se encuentra precisamente hacia el final de esta etapa aédica. Los romances gozan de una gran difusión y popularidad, pero la actividad creadora está próxima a su fin. Las gestas extraordinarias y asombrosas de la conquista de América ya no dan tema alguno al romancero (12). Y lo mismo puede repetirse de la conquista del Archipiélago canario.

Pero si no había ya una actividad creadora, sí existía, y con gran desenvolvimiento, una intensa actividad recreadora. Los romances evolucionaban hacia las formas más breves y rápidas, próximas a la canción. La influencia de la épica en ellos ya empezaba a ser lejana y débil. Y la lírica po-

(11) *Ibid.*, pág. 25.

(12) Cfr. R. Menéndez Pidal, *El romancero español*, ed. de «The Hispanic Society of America», 1910, pág. 51.

pular, en cambio, preparaba, especialmente al sur de la Península, un florecimiento que había de llegar hasta hoy y que iba a influir en todos los demás géneros literarios, si bien de un modo más estrecho e intenso en los tradicionales.

La coincidencia de este momento crítico de la vida del romancero con la terminación de la conquista de Canarias explica, como se ha dicho, la carencia de romances sobre esta empresa. Pero, además, como es fácil de comprender, debe de haber determinado en gran parte los rasgos líricos del romancero canario, entre los cuales, el fuerte arraigo del estribillo no es de los menos importantes.

La incorporación del canto romancesco al baile, como acompañamiento, la encontramos igualmente en la Península durante el siglo en que se termina la conquista del Archipiélago canario y en los siguientes.

«En tiempo de Juan de Mena y del Marqués de Santillana, el romancero —nos dice don Ramón Menéndez Pidal (13)— se caracterizaba por ser cantado entre rústicos y demás gentes de baja y servil condición. Lo mismo nos dice, con mayor precisión, Gonzalo Fernández de Oviedo, hacia 1535. Describiendo los areítos, danza coral en que los indios de la Isla Española, dispuestos en corro o en fila, cantan largas narraciones, añade: «Esta manera de baile parece algo a los cantares y danças de los labradores, quando, en algunas partes de España, en verano con los panderos hombres y mugeres se solazan». Y luego compara a los cantos de los areítos varios romances históricos de Fernán González o del Cid, de lo cual se deduce que esas danzas aldeanas se acompañaban con el canto de los romances viejos. Unos sesenta años más tarde volvemos a saber por un texto de Valdés de la Plata que esos cantares y danzas practicaban los labradores «en toda Castilla la Vieja, en tierra de Salamanca y de León».

Más tarde el benedictino fray Francisco Soto, refiriendo cómo Rodrigo González, conde de Asturias de Santillana, fué

(13) En *Cómo vivió y cómo vive el romancero*, pág. 148 y s.

preso por Alfonso VII en 1130, dice: «A la prisión del conde se compuso un romance, que hasta hoy canta la juventud de Asturias de Santillana en sus bayles y danças, y comiença de esta manera:

Preso le llevan al Conde
preso y mal encadenado va etc.»

Este romance, y digo esto aquí sólo como dato curioso, llegó también a La Palma, donde —en la villa de Garafía— una alumna me lo ha recogido, aunque bastante contaminado —como la versión de Tras-os-Montes (14)— con el romance de *El mal de amor*. La versión palmera comienza así:

Preso llevan al rey conde (?),
preso, bien aprisionado, etc.

La costumbre popular de incorporar los romances a los bailes, según el ilustre maestro a quien vengo citando, es probable que «derivase de una danza caballeresca medieval, acompañada de canciones varias a la cual los aldeanos aplicasen el canto romancesco. La indiferenciación de las danzas señoriles y las aldeanas se observa en una miniatura del primer tercio del siglo XVI, donde se ve a una dama y un caballero que danzan tocando castañetas con los dedos y al son de un pandero cuadrado; castañetas y panderos son dos acompañamientos musicales que pronto quedaron como exclusivamente rústicos cuando la vihuela se generalizó» (15).

Esta ascendencia señoril de los bailes acompañados de canto romancesco y el predominio de los temas aristocráticos en los romances viejos explican suficientemente la frecuencia con que damas y galanes aparecen en los estribillos de los romances canarios. Ya hemos visto algunos:

---

(14) Vid. M. Menéndez Pelayo, *Antología*, IX, p. 254.
(15) Cfr. Menéndez Pidal, *Cómo vivió...*, p. 49.

¡Qué linda mañana, dama!
¡Dama, qué linda mañana!

Dame la esmeralda, dama,
que te dí cuando te amaba.

Cuenta el galán y no acaba,
los trabajos de Rosaura.

Pero hay más, por ejemplo:

Te vi lavar, linda dama,
tu linda pierna en el agua.

Cinta azul color de cielo
lleva mi dama en el pelo.

Entre San Juan y San Pedro
se corta la dama el pelo.

Tírale por la ventana
clavellinas a tu dama.

Qué galán viene el cristiano
vestido a lo turquesano.

Tantas damas y galanes es muy difícil que surgieran si los romances fuesen originariamente populares. En las coplas, que tienen su fuente más principal y directa en el pueblo, en lugar de galanes y damas, se habla, en forma más natural y sencilla, de mozos y mozas, de muchachos y muchachas, de morenas y rubias, de novios y novias, de hijas y madres y suegras. Todo en la forma corriente y pintoresca en que el pueblo habla en las esquinas.

Otro rasgo de los bailes acompañados de romance que nos parece también señoril es la antigua y preliminar «reverencia», con que, tanto en algunas regiones de la Península como en La Palma, cada bailador invita —o «nombra»— a su pareja (16).

En el siglo XVII las graves y mesuradas danzas romancísticas ya habían sido desplazadas de los salones de las cla-

(16) Vid. Menéndez Pidal, *Ibid.*, p. 54.

ses altas de la sociedad por la invasión de los alegres bailes y las seguidillas. Sobreviven, como se ha dicho y de nuevo vamos a ver, en los rústicos esparcimientos de los pueblos y aldeas. En este ambiente rural, en que la tradición tiene más estables raíces y los cambios son mucho más lentos y menos sensibles, los bailes romancescos llevan una vida oscura y apartada, cuyos ecos no logran ascender a una literatura que pronto empieza a volver la espalda a lo popular. Los escritores, atraídos por temas y modos literarios más cultos, especialmente en el aristocrático ambiente dieciochesco, se olvidan de la pintoresca y abigarrada vida del pueblo, que llega a estar proscrita del arte. Una excepción, sin embargo, la encontramos en uno de los espíritus que, en pleno siglo XVIII, supo contemplar, y en algunos casos escudriñar, con la mirada más clara y despierta, la realidad española, Jovellanos. En su célebre carta *Sobre las romerías de Asturias* (17), después de describir en curiosos términos la *danza prima*, nos da noticias mucho más interesantes, en relación con la forma de cantar los romances en La Palma, que todas las que anteriormente hemos visto. Dice lo siguiente:

«Los hombres *danzan al son de un romance de ocho sílabas*, cantado por alguno de los mozos que más se señalan en la comarca por su clara voz y por su buena memoria; *y a cada copla o cuarteto del romance responde todo el coro con una especie de estrambote, que consta de dos solos versos o media copla*. Los romances suelen ser de guapos y valentones, pero los estrambotes contienen siempre alguna deprecación a la Virgen, a Santiago, San Pedro u otro santo famoso, *cuyo nombre sea asonante con la media rima general del romance*».

El parecido entre este modo de cantar los romances en Asturias y la manera, que hemos visto, de cantarlos en Canarias es evidente. La forma y disposición de los estribillos es la misma. Y hasta la falta de concordancia, salvo en la

(17) Vid. *Obras*, B. A. E., II, p. 299.

rima, entre éstos y el romance, ya al mismo Jovellanos le causa extrañeza.

Y hay todavía, si se quiere, algo más, aunque sean breves rasgos sobre los cuales no se puede afianzar sólidamente ninguna prueba: En la extructura de los más antiguos y divulgados responderes canarios, los ya citados:

¡Qué linda mañana, dama!
¡Dama, qué linda mañana!

¡Qué linda alameda nueva,
nueva, qué linda alameda!

y sobre todo en el estribillo del romance del *Lego de San Francisco*, recogido por Agustín Espinosa (18):

¿Qué por aquí busca la niña?
¿Qué por aquí busca la dama?

pudiera verse un reflejo de las formas paralelísticas tan propias de la región noroeste de la Península. Véase un ejemplo en la misma letra que las asturianas cantan generalmente en la danza prima:

—Ay, diga lo que él quería,
ay, diga lo que él buscaba.

—Ay, busco a la blanca niña,
ay, busco a la niña blanca,
que tiene voz delgadina,
que tiene la voz delgada... (19).

Quien no supiera que este fragmento y el estribillo del romance del lego franciscano pertenecen a distintas composiciones, podría pensar que procedían de la misma.

Y este reflejo de la estructura paralelística se advierte

(18) Véase en el *Romancero canario*, publicado en la «Biblioteca canaria», Santa Cruz de Tenerife, s. a., p. 13.

(19) Cfr. Eduardo M. Torner, *Temas folklóricos*, Madrid, 1935, página 39.

de modo aun más claro en cierto tipo de responderes de doble rima, como los siguientes:

Vuelva a la vaina el acero,
donde estaba de primero.

Vuelva el acero a la vaina,
donde de primero estaba.

Jilo lino, jilo lana,
jilo lo que me da gana.

Jilo lana, jilo lino,
lo que me da gana jilo.

El primer Diccionario Académico, de 1737, describe la *danza prima* de forma análoga a la que hemos visto, y la señala, asimismo, como propia de los asturianos. Sin embargo, el Diccionario de Terreros, publicado en 1788, suprime la localización en Asturias, quizá intencionadamente, porque el baile en corro se usaba en otras partes. Y en efecto, Larra, en 1833, nos dice que «para el pueblo bajo de Madrid el día más alegre del año redúcese su diversión a calzarse las castañuelas y agitarse violentamente en medio de la calle, en corro, al desapacible son de la agria voz y del desigual pandero». Pero no nos explica, y esto es lo que aquí más nos interesaría, si la danza iba acompañada de canto romancesco o de una copla lírica, como es más frecuente hoy en todas partes. La *danza prima*, según la edición vigente del Diccionario Académico, «la conservan todavía asturianos y gallegos», aunque en Galicia parece que se llama así un baile popular con parejas (20).

Don Ramón Menéndez Pidal la ha visto bailar varias veces (la danza prima) en diversos lugares de Asturias. Una de ellas, en 1910, comprobó, en el concejo de Aller, que se bailaba muchos domingos, acompañada de romances dieciochescos: el de *Rosaura la del guante*, era cantado por las mujeres, y el de *Doña Juana de Acevedo*, por los hombres.

(20) Cfr. Menéndez Pidal, *Cómo vivió...*, p. 78.

Casualmente, y esto lo digo por simple curiosidad, ambos romances son conocidos en la isla de La Palma. Del primero tengo dos versiones: una de Breña Alta, que empieza:

El don Alonso Romero
lleva una cinta en el pelo.
Y ahora voy a explicarles
la causa por qué la llevo...

y otra de Puntallana:

El don Alonso Romero
lleva una cinta en el pelo.
Porque me cuento orgulloso
y vivo muy satisfecho...

El responder de este romance es precisamente uno de los más populares y conocidos:

¡Qué cinta lleva en el pelo
el don Alonso Romero!

El otro romance, el de *Doña Juana de Acevedo*, lo he recogido en Mirca, pago de Santa Cruz de La Palma. Está muy estropeado: *Doña Juana de Acevedo* se ha convertido en *Doña Juana de Severo*; pero no hay duda de que es el mismo romance. Comienza:

Hombres que andais por el mundo
por cumplir vuestros deseos... (21).

Perdóneseme esta breve y curiosa distracción y sigamos todavía con la atención puesta en Asturias, donde podemos encontrar noticias de la persistencia de otros arcaísmos. A. W. Munthe, en 1888, oyó cantar los romances en Cangas de Tineo al son de castañuelas y de panderos cuadrados. Menéndez Pidal supone que debió de ser en danza (22). Este

(21) La versión que conoció don Agustín Durán empieza:

Hombres que estais en el mundo...

Cit. *Romancero general*, B. A. E., tomo I, LXXXIX.

(22) Cfr. *Cómo vivió...*, p. 79.

mismo infatigable investigador de nuestras tradiciones romancísticas señala la existencia en Llanes de un baile, llamado el *pericote*, muy parecido al *baile de tres*, que en el siglo XVI fué gala de los salones, y que modernamente ya él había visto, convertido en baile popular, en el pueblo de las Navas, perteneciente a la provincia de Avila. En ambos, un hombre baila con dos mujeres; en el baile de tres, acompañados de bandurria y guitara y un cantador de romances; los propios bailadores ayudan a marcar el compás con el repique de sus castañuelas; en el pericote, el son del baile se hace con panderos y tambor, tocados por mujeres, las cuales cantan un romance.

Cuando Menéndez Pidal descubrió en las Navas este *baile de tres*, en 1905, «no sabía que el romance sirviese de acompañamiento a la danza, como en los antiguos tiempos, sino en la famosa danza prima de Asturias». El mismo nos lo confiesa francamente (23). Después, y además del ya citado pericote, ha visto otros bailes romancescos: en 1930 presenció, también en Asturias, en Arenas de Cabrales, un *baile de siete*, y en Santander, en Ruiloba, el llamado *baile llano*. En el baile de siete, un hombre guía a seis mujeres, desplegadas en fila, llevando cada una de ellas sendas ramas de laurel en ambas manos; el acompañamiento lo hacen dos panderos y un tambor, tocados por mujeres que cantan romances. En el baile a lo llano, varias parejas van sucesivamente entrando en danza: ellos, tañendo castañuelas; ellas, con las manos libres y casi siempre con los brazos medio caídos. «El canto lo llevan seis mozos al son de sus panderos; cantan habitualmente el romance de *La boda estorbada*».

En el pericote, en el baile a lo llano y en el baile de siete, el romance, según se acaba de ver, lo cantan mujeres, como debe de suponerse, a coro. Esta costumbre, sin embargo, parece que no se ha conservado únicamente en Santander y Asturias, sino que se ha mantenido, como la zona

(23) Cfr. *Ibid.*, p. 73.

arcaica, bastante más al Oeste. Por lo menos doña Carolina Michaëlis de Vasconcellos, maestra eminentísima en esta clase de estudios, así nos lo asegura:

«Muitas cantigas e alguns romances estão profusamente espalhados por toda a peninsula e ainda nos Archipelagos atlanticos e nos paises americanos. Mas apesar d'isto, dá-se o caso de as Asturias e a Galliza serem as unicas provincias hespanholas em que ainda é costume persistente cantarem-se em côro, ao ar livre (nos largos das ruas, no campo ou na eira, em ocasião de festa ou romaria e nas segadas) ou dentro de casa (durante as noites da quebra da amendoa, nas esfolhadas do milho e nos fiandões de inverno), os bellos Romances históricos e novelescos, como egualmente a provincia de Tras-os-Montes e a região duriense da Beira são as unicas portuguesas em que acontece o mesmo» (24).

Entre tantas noticias y detalles modernos sobre la forma de cantar el romance, echamos de menos, sin embargo, el dato que aquí más nos interesa: ¿El canto coreado va interrumpido en forma regular por el estribillo, tal como el canto que acompañaba a la danza prima en tiempo de Jovellanos? Acerca de esto nada nos dicen ni D.ª Carolina Michaëlis, ni el diligentísimo y minucioso don Ramón Menéndez Pidal. Y en su silencio sobre este aspecto, hay incluso algún caso que produce cierta extrañeza. Este último autor ni cuando resume las noticias de Jovellanos sobre la danza prima, ni cuando nos habla de las ocasiones y circunstancias en que él la ha visto bailar, hace ninguna mención del estribillo. ¿No se intercala ya en los romances con que se acompaña la danza prima ni se ha cantado en los que sirven de acompañamiento a los otros bailes que hemos registrado más arriba: pericote, baile de siete, baile a lo llano, etc.? Ninguna noticia segura tenemos sobre este particular. Si la tradición lo conserva o lo ha conservado hasta época reciente, es muy extraño que lo haya omitido en sus descrip-

(24) Cfr. *Estudos sobre o romanceiro peninsular*, en «Revista Lusitana», II, p. 158.

ciones de los cantos y los bailes autor tan curioso y detallista como Menéndez Pidal. El estribillo no es un elemento tan despreciable que merezca ser omitido, mientras se toma nota de otros pormenores, que, si bien tienen su interés, no lo tienen más subido que él.

Esta ausencia de noticias sobre el estribillo, incluso en un estudio tan minucioso como el tantas veces citado acerca de *Cómo vivió y cómo vive el romancero*, se encuentra, de modo general, en todas las colecciones de romances recogidos de la tradición moderna que conozco. Una carencia tan absoluta de datos relativos al indicado tema, no cabe duda de que es elocuente en alto grado. Si no prueba de modo expreso y seguro la pérdida del estribillo en la tradición romancesca de nuestro tiempo —en Canarias, por lo menos, se ha conservado— sí mueve a suponer que ha vivido decaído y aletargado, sin fuerzas para imponer su interés a los estudiosos.

Lo más que conozco es que, en algunos sitios, en Salamanca, por ejemplo, un coro repite a veces los versos del romance que antes va cantando una sola persona. Así se canta, por lo menos, el romance de *La Candelaria* (25). Pero estas repeticiones no constituyen un verdadero estribillo.

La persistencia de éste en Canarias hasta nuestros días tiene el valor, pues, de un interesantísimo y bello arcaísmo. Uno más de los muchos que en la cultura popular del Archipiélago ha mantenido el ambiente conservador de su circunstancia geográfica. Y una prueba más, por otra parte, de la genial intuición del gran adivinador del romancero canario: Menéndez Pelayo. En los primeros años del presente siglo escribía el ilustre maestro: «Ya he indicado la sospecha de que en Canarias puedan existir viejos romances llevados allá en el siglo XV por los conquistadores castellanos y an-

(25) Debo esta noticia a la amabilidad de don Federico de Onís, que conserva en «The Hispanic Institute in the United States», de que es director, discos gramofónicos, en los que los romances son cantados en la indicada forma.

daluces. Si se encontrasen, sería buen hallazgo, porque en casos análogos se observa que las versiones insulares son más arcaicas y puras que las del Continente, como sucede en Mallorca con relación a Cataluña, en Madera y las Azores con relación a Portugal». Los estribillos, por lo menos, ya dan la razón a don Marcelino. Y tal vez, otro día, los romances mismos puedan confirmarla.

En resumen: Los romances llegan a Canarias hacia el final de su etapa aédica, precisamente en el momento crítico en que están evolucionando hacia formas más breves y rapidas, próximas a la canción. En este cambio hacia esas formas que habrán de cuajar como definitivas y tradicionales, es muy frecuente, por influencia de la lírica, la incorporación de estribillos a los romances. La costumbre de ser éstos cantados por una sola persona, acompañada de un coro que sólo repite el estribillo, contribuye eficazmente a la conservación de este precioso apéndice. Este canto coreado arraiga tan profundamente en Canarias, por lo menos en la isla de La Palma, que llega a no concebirse un romance sin su responder.

Todos los factores determinantes del acentuado tono lírico de la poesía tradicional canaria pueden conjugarse para explicar la generalización del estribillo romancesco y su arraigamiento en las Islas: unos, como los ya citados —estado de los romances en el momento de la incorporación del Archipiélago a la cultura, etc.—, se presentan como causas más directas e inmediatas de este fenómeno literario; otros, como los psicogeográficos, derivados de la insularidad —la soledad y el aislamiento propenden siempre al lirismo—, y el constituído por la innegable influencia de las regiones de más viva y profunda tradición lírica —Galicia y Portugal—, si no determinan directamente la difusión y arraigo del estribillo romancesco, sí contribuyen a crear un ambiente lírico en la órbita de la poesía popular canaria, favorable a la matización lírica de la épica y al afianzamiento y conservación de lo lírico.

Al mismo tiempo que el romance evoluciona hacia las

formas más breves y líricas, las danzas romancescas decaen y desaparecen en los salones aristocráticos y aseguran su pervivencia en las costumbres, más firmes, de los pueblos. Debió de ser también, poco más o menos, la época en que se introdujo en La Palma el romancístico baile de las castañuelas o de las *jilanderas*.

Sobre el origen de este baile, sólo se pueden hacer simples y vanas conjeturas. Pudo haber sido introducido tal como se ha bailado hasta su desaparición hace pocos años. Pudo, por el contrario, haber sido alterado por la tradición, merced a la influencia de algún baile indígena o de otros bailes importados. En la Península ha habido, como se ha visto, diversos bailes acompañados de tambor y castañuelas y del canto de un romance. Y este último, como nos ha dejado escrito Jovellanos, se cantaba en la danza prima asturiana igual que en Canarias.

La supervivencia de estas danzas con romances en la época moderna constituye un hecho rarísimo. Antiguamente y en algunos pueblos sí se acompañaba el baile con canto narrativo. El vocablo *balada* «bailada» recibió, por esto, el sentido de «poema breve que refiere una historia o leyenda». «Pero —como nos dice Menéndez Pidal (26)— más general es usar en el baile canciones amorosas, por lo que el provenzal *balada* y el italiano *ballata* significan canción lírica de una sola estrofa o de pocas; y tan rápidamente decayó el uso de la danza con canción narrativa, que hoy subsiste sólo por raro arcaísmo, citándose como caso notable el que la practiquen los aldeanos bretones o que en las islas Feröe se use el baile en corro, donde cogidos de las manos los danzadores entonan una balada heroica de Sigurd o moderna de asunto local sobre alguna desgracia de pescadores».

El baile de castañuelas, que durante mucho tiempo fué casi el único practicado en algunos pueblos de La Palma, y que era elemento casi obligado de algunas fiestas como

(26) Cfr. *Cómo vivió...*, p. 76.

la de la Cruz, también ha contribuído eficazmente a la conservación de los romances y a la permanencia del canto coreado de éstos.

Este canto, en su ejecución independiente —en las romerías, al regreso de algunas faenas, etc.— y el baile de castañuelas, que lo incorpora, han convivido en estrecha relación en La Palma y se han intercambiado recíprocas influencias. Juntos contribuyeron a poner unas notas de arte en la ruda vida campesina de la Isla, y casi juntos han desaparecido no hace mucho, desplazados por los bailes y cantos modernos. Baile y canto fueron, mientras vivieron, dos de los más bellos e interesantes arcaísmos del Archipiélago, de esos arcaísmos que, en todo tiempo, han dado a la tradición isleña la prestancia de su característica pátina añeja.

* * *

Pero si la forma coreada de cantar el romance fué importada en Canarias, los responderes que hoy se conocen han sido, sin duda alguna, compuestos en las Islas. Ya hemos señalado incluso al autor de dos de ellos (27); se tiene noticia segura de la ocasión en que surgieron otros (28); muchos se refieren a fiestas tradicionales o costumbres propias de las Islas (29); algunos recogen toponimias isleñas (30); varios fueron compuestos especialmente para romances importados como el de *Santa Rosalía* y el de *Rosaura la de Trujillo*, que en la Península no han tenido estribillo propio; y, en fin, en casi todos está presente o reflejada la peculiar geografía del Archipiélago: las islas, que

(27) Los del *Testamento del mulo*.

(28) Los números 125, 126 y 127.

(29) Como el 54, que se refiere a la Patrona de la isla de La Palma; el 67, referente a la costumbre de regresar con cañas de azúcar de la fiesta de Santa Lucía; etc.

(30) Como los 114, 115, 119.

no son sino montes sobre el mar. La presencia del monte puede verse en responderes como éstos:

En la cumbre tengo un cedro,
no lo corto que está tierno.

En aquel monte está un palo
y un Santo Cristo clavao.

El mar y numerosos elementos marineros (playas, peces, aves marinas, barcos, etc.) se ofrecen con más abundancia en otros responderes:

Jice una raya en la arena,
por ver el mar donde allega.

Muy desahogado nada
el pez en la mar salada.

Pa la mar va la pardela;
su papo dorado lleva.

Con el terral de la tierra,
camina el barco a la vela.

No me quiten el reposo,
que estoy pescando cabosos.

Si la mar azul te agrada,
a mi ni la mar ni nada.

Las especies más poéticas o más abundantes de la flora canaria (el romero, la retama, la malforada, la marañuela, la caña de azúcar, el pino, el cedro, el barbusano y hasta la chayotera) se muestran en otros de estos estribillos:

¡Qué lindo romero nuevo!
¡Amor, qué lindo romero!

Al pie del verde romero,
de flores llené un pañuelo.

Por el pie de la retama,
me subo y corto la rama.

Por el aire va que vuela
la flor de la marañuela.

Yo me arrimé al barbusano
porque tiene firme el ramo.

Viva la mata de pino,
que está verde de contino.

Pero donde el apartado aislamiento aparece expresado de modo más claro es en responderes como estos:

Con oro viene sellada
la carta del rey de España.

Mata de romero fuerte,
yo crucé la mar por verte.

En ambos la misma nota de lejanía, y, en el primero, expresa y clara, la idea de tierra distante de la Península.

La intensa matización lírica predominante en la poesía tradicional canaria también puede verse fuertemente acusada en estos sus más breves y desgranados elementos. Obsérvese cómo la mayor parte de ellos son simples exclamaciones o exhortaciones, y cómo muchos de los enunciativos no son sino expresión de íntimos sentimientos.

Los responderes de rasgos canarios menos marcados y, por consiguiente, los más amplios y generales, son los de tema o asunto religioso. De ellos hay que exceptuar, sin embargo, los relativos a santos patronos de alguna isla o localidad isleña, como los de la Virgen de las Nieves, patrona de La Palma; los que se refieren a costumbres típicas vinculadas a ciertas fiestas religiosas, como la señalada ya en nota de regresar con cañas de azúcar de la fiesta de Santa Lucía (también en La Palma); el responder de Santa Rosalía, por las razones más arriba apuntadas, y algunos otros en los que el sello peculiar de la región es fácilmente apreciable. Dejadas a un lado estas excepciones, el grupo de los responderes religiosos, que es de los más abundantes, tiene como característica propia, según se ha dicho, una mayor generalidad de fondo y forma. Veamos algunos ejemplos:

Está Cristo, en el madero,
muerto, y gobernando el cielo.

Si al pie de la Cruz me muero,
¡qué dichosa muerte tengo!

Quién fuera, madre, paloma
del palomar de la gloria.

Voy al cielo, que me llama
quien por mí sangre derrama.

Al pie de la Cruz, con pena
llora la sagrada reina.

Tengo esperanza de verte,
Cristo, a l'hora de mi muerte.

Al señalar la mayor generalidad de estos responderes religiosos, no pretendo, sin embargo, despertar la sospecha de un origen extra-canario de los mismos. El tema religioso es tan general, que no siempre se puede teñir de un matiz local. Todos estos estribillos pueden haber sido compuestos en el Archipiélago. Y, por el contrario, algunos de los que presentan más clara la marca regional, pueden ser forasteros, importados y asimilados al ambiente isleño. Una coincidencia, a pesar de todo, conviene recordar, aunque no se pueda traspasar, por ahora, ese apretado límite de la indicación de la simple coincidencia. Los romances que, según Jovellanos, acompañaban a la danza prima solían ser de guapos y valentones, pero los estrambotes, es decir, los pareados que cantaba el coro, contenían siempre «alguna deprecación a la Virgen, a Santiago, San Pedro u otros santos famosos». Los estribillos predominantes eran, pues, también religiosos. No es de extrañar. Ya hemos visto que el tema de los estribillos suele relacionarse, más que con el del romance, con la ocasión en que éste se canta. Y en Asturias, lo mismo que en Canarias, las ocasiones que mueven más al canto son las de las fiestas, y las fiestas en los campos, tanto en los asturianos como en los canarios, son casi todas religiosas.

Debemos, pues, considerar canarios, como ya se ha dicho, todos los responderes o estribillos de romance hoy conocidos en Canarias. Si hay en ellos algún elemento o rasgo peninsular, está tan asimilado por la cultura popular isleña que ya no se puede advertir y señalar.

A la misma conclusión nos conduce, sin titubeos, el examen dialectal de los responderes. No hay en ellos ninguna voz ni fenómeno fonético que no corresponda al habla rústica de los campos isleños. Así, por ejemplo, formas producidas por aféresis: *hora* por *ahora*; por síncopa: *tiés* por *tienes*, *perdía* y *partío* por *perdida* y *partido*; por apócope: *pa* por *para*, *quié* por *quiere*; por prótesis: *allega* y el rústico *diendo*. Y, además, ejemplos de sinéresis, en *traime* y *pones*; de aspiración de la *h*, en *jice* y *jilo*; de cierre de vocal inicial inacentuada en *flurece*, que tiene también la forma apocopada por influencias analógicas *flure*; de cierre de protónica interna en *chayutera*; de equivalencia acústica —*güelo*—, extendida por analogía a formas como *goliera*; de vocalización de la vibrante en *cogeila* por *cogerla* con valor imperativo. Este fenómeno de vocalización, aunque no es muy corriente en Canarias, se puede registrar sin necesidad de mucho esfuerzo de observación: *paile*, *cueipo*, *tueito*, etc. En cambio, es corriente y general en el habla rústica la forma verbal analógica *yo ha*, que podemos ver en el responder núm. 50.

En el léxico de éstos no faltan los característicos arcaísmos como *contino*, *caminada*, *vide*, la misma forma protética, ya citada, *allega*; algún supuesto andalucismo, como *caboso*; americanismos, como *marañuela*, *chayotera* y *botija verde*; ni ejemplos de alteraciones semánticas como *guisar* «hervir, cocer». Todos, formas y fenómenos corrientes en el habla isleña, como se ha dicho.

Los responderes, pues, —podemos repetir, para terminar— compendian y resumen el carácter predominante en la poesía tradicional canaria: Son una minúscula pero bella supervivencia de extraños elementos arcaicos, intensamente adaptados y asimilados al ambiente y a la idiosincrasia is-

leñas. Casi todos los rasgos, de diversa índole y procedencia, que matizan y dan a la cultura popular canaria su tono añejo, pero variado y rico, se encuentran en ellos. Salvarlos del olvido y de la irremediable e inminente desaparición y pérdida me ha parecido labor no despreciable. Y la finalidad y pretensión de este artículo no han sido otras (31).

RESPONDERES

1. Jice una raya en la arena
por ver el mar dónde allega.

2. Muy desahogado nada
el pez en la mar salada.

3. No me quiten el reposo,
que estoy pescando cabozos.

---

(31) Van a continuación 130 responderes, numerados y ordenados de acuerdo con sus afinidades temáticas. Bastantes más tengo, recogidos después de hecha la ordenación. No los he intercalado, sin embargo, porque entonces este trabajo resultaría un cuento de nunca acabar. No faltará, más adelante, ocasión de publicarlos.

En la recogida de todos me han ayudado eficazmente mi compañera la culta profesora Srta. Ofelia San Gil Hernández y mis diligentes alumnos Desiderio Lorenzo Bravo y Fidriano Martín Concepción. A los tres les repito aquí mi más vivo agradecimiento.

3. *Cabozo.*—Pez saxátil, que se puede pescar durante la bajamar en los charcos litorales de La Palma. Es de tamaño pequeño —de 12 a 14 cms.—, de color oscuro, sobre todo por el lomo, aunque de vientre blanquecino. La cabeza, más bien pequeña; los ojos, muy juntos; las aletas del vientre, cabalmente por debajo de las del pecho. La cola, redondeada. El pueblo palmero tiene la creencia de que el caldo de cabozos aumenta la leche de las mujeres lactantes; y es para lo único que, alguna que otra vez, se pesca este despreciado pececillo.

Los ejemplares que he visto no coinciden con el *cabozo* o *cadoz*, que describe Viera y Clavijo en su *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias* (Santa Cruz de Tenerife, 1942). Difieren principalmente en que no tienen la cabeza ni la lengua grande, ni la primera aleta del lomo atravesada por una raya amarilla. Viera identifica el caboz que él

4. Doña Juana de Alimena
se pasea por la arena.

5. Pa la mar va la pardela,
su papo dorado lleva.

6. Con el terral de la tierra
camina el barco a la vela.

7. En las montañas de Armenia,
combate el mar con la arena.

8. Si la mar azul te agrada,
a mí ni la mar ni nada.

---

describe con el *Gobius paganellus*, Lin, que en Andalucía se llama *caboso*, según Navarrete, en su *Ictiología*, 159, citado por M. Toro y Gisbert, *Voces andaluzas o usadas por autores andaluces que faltan en el Dicc. de la Academia Española*, en «Revue Hispanique», XLIX, 1920.

En Tenerife, sin embargo, la especie conocida con el nombre de *cabozo* parece coincidir con la descrita por Viera; por lo menos tiene la cabeza grande, como podemos ver en este párrafo de las *Escenas marineras* de Benito Pérez Armas (Santa Cruz de Tenerife, s. a.), página 12: «De tal enlace nació un muchacho que las gentes llamaban el *Cabozo*, por su exacto parecido con esos pescadillos negruzcos, cabezudos, de ojos gelatinosos, que crecen en el agua tibia de los charcos».

Parece que hay en Canarias dos especies o variedades con el mismo nombre; una cabezuda, que, según Viera, es el *Gobius paganellus* Lin., que tiene en Tenerife la misma denominación que en Andalucía; y otra, de cabeza más pequeña, en La Palma, a la que se ha dado el mismo nombre por su parecido.

No sé si alguna de ellas coincidirá o guardará relación con las «varias especies de peixes maritimos» que en Portugal, según Figueiredo, *Dicc.*, se conocen con el nombre de *cabós*, o con la que en las Azores se llama *caboseira*.

En port. hay también el *cadós*, y en gall. (Carré) el *cadoz*, pero ambos son de agua dulce. El *Dicc. Acad.* registra *cadoce* «gobio»; y para Asturias, *cadoz* «cadoce», pero sub *gobio* no indica si es pez de agua dulce o salada.

4. *Doña Juana de Alimena.*—Personaje desconocido. Seguramente procede de algún romance, como el don Alonso Romero, que, del romance de *Rosaura la del guante*, pasó al correspondiente responder.

9. Te vi lavar, linda dama,
tu linda pierna en el agua.

10. Coge el canastrillo, Juana,
con el pie y bótalo al agua.

11. ¡Qué linda alameda nueva!
¡Nueva, qué linda alameda!

12. ¡Qué linda mañana, dama!
¡Dama, qué linda mañana!

13. ¡Qué linda mañana, dama!
¡Viva mi amo, viva mi ama!

14. ¡Qué linda María, linda!
¡Linda, qué linda es María!

15. ¡Qué lindo aire, qué lindo aire,
entra en el convento y sale!

16. ¡Qué lindo romero nuevo!
¡Amor, qué lindo romero!

17. Córtale al verde romero
una vara rente al suelo.

18. Subíme sobre un romero;
de flores llené un pañuelo.

---

9. De la isla del Hierro.

10. *Canastrillo* «canastilla», diminutivo de *canasto*, que en algunos sitios es *canastro* (*Dicc. Acad.*).—*Botar*. Sobre los diversos valores de esta voz en Canarias, véase Sebastián de Lugo, *Colección de voces y frases provinciales de Canarias*. La Laguna de Tenerife, 1946.

12. El segundo verso, también: «Amor, qué linda mañana».

16. El segundo verso, también: ¡Nuevo, qué lindo romero!

17. *Rente* «junto a...». Véase, sobre el empleo de esta voz en Canarias, Sebastián de Lugo, ob. cit.

18. En relación con la posibilidad de subirse sobre un romero, conviene recordar aquí que en el Archipiélago «llega a la altura de dos o tres varas, sin embargo de que en Europa sólo tiene tres o cuatro pies». Cfr. Viera y Clavijo, ob. cit.

19. Al pie del verde romero,
de flores llené un pañuelo.

20. Dale vueltas al romero,
veráslo de flores lleno.

21. Tírale al verde romero
flechas de bronce y acero.

22. Me subí arriba el romero;
con el peso me fuí al suelo.

23. Mata de romero fuerte,
yo crucé la mar por verte.

24. Sobre el risco, la retama
flurece pero no grana.

---

22. *Arriba.*—Con valor de «sobre, encima», se oye mucho en boca del pueblo canario. Véase otro ejemplo, de Gran Canaria: «*Arriba* del requiloriu de los tiquis, y del fleji de cartillas, que me ienin la cabesa acalenturaa y como un güevu moviu ¿*arriba* me vienin con los fiaus?» Cfr. *Cosas de Pepe Monagas* por Roque Morera, en «Canarias en Cuba», Habana, año I, núms. 7 y 8, julio y agosto, 1946, p. 27. Este párrafo exagera y deforma la pronunciación vulgar de Gran Canaria, pero sirve para nuestro propósito. *Arriba* por «sobre, encima», parece arcaísmo. En América debe de emplearse todavía mucho, porque lo encontramos incluso en la lengua literaria. Véase, por ejemplo, en el vigoroso y estremecido *Canto a la mujer estéril*, de la exquisita poetisa Dulce María Loynaz, que sólo denuncia su patria cubana en detalles como este: «Agua *arriba* de tí...». Covarrubias, *Tesoro*, registra *arriba* no sólo con el valor de adverbio sino con el de preposición equivalente a *super, supra*. El portugués también confunde *acima* y *arriba*.

24. El segundo verso, también: «flure bien, pero no grana». La forma *flure*, más que apócope de *floreçe* parece la forma correspondiente de *florir*, verbo de formación popular como *florar*. No lo he hallado en ninguno de los diccionarios que he consultado. Sin embargo, lo he visto empleado por un poeta tan culto como Gerardo Diego en su último libro *La Sorpresa*, cuando dice: «Crece el magnolio y su *florir* secreto». Citado por D. Narciso Alonso Cortés en el discurso de recepción del poeta en la Academia Española, 1948, pág. 52.

25. Por el pie de la retama,
me subo y corto la rama.

26. Al pie de la malforada,
sale el helecho a manadas.

27. No plantes la almejorana
en el monte, que no grana.

---

26. *Malforada.*—El *Hypericum grandiflorum*, Choisy. Es voz de forma muy variable, que, a veces, sufre la influencia morfológica de *mejorana* y adopta formas intermedias que dan lugar a confusiones. Sólo en la isla de La Palma, he oído llamar a la indicada especie con los siguientes nombres: *maljurada, meljurada, malforada, manforada, almajurada, almajorada, almajorana, almejorana*. Entre las villas de Mazo y Breña Baja, hay, incluso, un barranco que unos llaman de la *Malforada* y otros de la *Maljurada*. Viera y Clavijo, ob. cit., registra las formas *maljurada* y *almajurada* y las identifica con el *Hypericum canariense*, Lin. «El nombre de *maljurada* —dice el indicado autor— parece que tuvo su origen de una mala traducción de la lengua francesa, porque, como el hipericón se llama en ella *mille pertuis*, que vale lo mismo que «mil agujeros o mil veces agujerada» en alusión a ciertos poros o puntitos transparentes que tienen las hojas de este género de plantas, en lugar de decir *milagujerada* se vino a pronunciar *maljurada*. No andaba muy descaminado el curioso arcediano dieciochesco; pero no hubo tal traducción de la lengua francesa. En Portugal, el *millepertuis* se llama *milfurada, milfurado* y *malfurada*. Ya hice notar esta procedencia en mis *Portuguesismos en el español de Canarias*, en «El Museo Canario», Las Palmas de Gran Canaria, núm. 9 (enero-marzo, 1944). Y mi diligente y culto amigo el Dr. Max Steffen, en la nota que dedicó a este artículo en «Revista de Historia», La Laguna de Tenerife, tomo X (1944), p. 388, confirmó con nuevos datos el origen luso de la *malforada/maljurada* canaria, y señaló la etimología popular como determinante del paso del primer elemento *mil* a *mal* y de la forma *almajurada*. La misma etimología popular, y la influencia, ya señalada, de *mejorana*, así como, tal vez, la de ciertas creencias supersticiosas relativas a las hipericáceas pueden explicar todas las formas canarias del nombre de dicha planta. Sobre ellas tiene ya terminado y próximo a aparecer un extenso artículo el culto colega citado anteriormente. A él remitimos a cuantos deseen ver expuesto este tema con todo detalle.

27. *Almejorana*. Véase la nota anterior.

28. ¡Lástima que no guliera
la flor de la chayutera!

29. Bonita flor, si goliera,
la flor de la marañuela.

30. Por el aire va que vuela
la flor de la marañuela.

31. En la cumbre tengo un cedro;
no lo corto, que está tierno.

32. Yo me arrimé al barbusano,
porque tiene firme el ramo.

33. Con la lágrima del pino,
yo ví correr el camino.

34. ¡Viva la mata de pino,
que está verde de contino!

---

29 y 30. *Marañuela*, nombre corriente, en Canarias, del *Tropaeolum majus*, Lin., conocido en español con los nombres de *capuchina, espuela de galán* y *llagas de Cristo*. Viera y Clavijo, ob. cit., sub *Capuchina*, dice que es planta originaria de Méjico. En cambio, Constantino Suárez, *Vocabulario cubano*, Habana-Madrid, 1921, pone su origen en el Perú, y dice, sub *marañuela*, que, aunque la planta no se conoce en Cuba, el color de la flor, moreno encendido, «se toma por comparativo en términos de colores». Según me ha hecho ver mi amigo Max Steffen, que se ha especializado en la fitonimia canaria, Viera y Clavijo afirma que también se le da el nombre de *marañuela* a otra especie que él registra sub *campanilla*; y P. Parker-Webb et Sabin Berthelot, en la *Histoire Naturelle des Iles Canaries*, París, 1836-44, tomo III, pág. 22, recogen el nombre vulgar de *marañuelo*, que ni Steffen ni yo hemos oído, como propio del *Convolvulus arvensis*, Lin.

33. *Lágrima del pino* «las gotas de agua caídas de las copas de los pinos por las condensaciones que en éstas se producen». Una carbonera de Mirca (La Palma) me explicaba: «Cuando hay brumacero llorarán los pinos». No es expresión corriente. En cambio, es de uso general *correr los caminos* con el valor de «correr el agua por ellos». Se emplea sobre todo para expresar que ha llovido abundantemente, tanto «que han corrido los caminos».

35. En el altar de San Pedro,
floreció el verde romero.

36. Rosalía, en la montaña,
hizo vida solitaria.

37. ¡Jesús, qué divino niño
tiene la Virgen del Pino!

38. Está Cristo, en el madero,
muerto, y gobernando el cielo.

39. Si Santa Lucía es mía,
yo soy de Santa Lucía.

40. Yo soy carmelita, y traigo
del Carmen escapulario.

41. ¡Válgame el amor divino,
el de la Virgen y el Niño!

42. Si al pie de la Cruz me muero,
¡qué dichosa muerte tengo!

43. Sube al cielo soberano.
Buen Jesús, dame la mano.

44. Tengo esperanza de verte,
Cristo, a l'hora de mi muerte.

---

36. Este es el responder del romance de la vida de Santa Rosalía, que don Agustín Durán (*Romancero*, I, pág. 93) registra entre los impresos del siglo XVIII en adelante. El correspondiente pliego suelto llegó a La Palma y fué reimpreso en 1918 en un folleto: ***Vida de la gloriosa Santa Rosalía, cuya imagen se venera en el santuario de su nombre perteneciente a la parroquia de la villa de Mazo***. Imp. Diario de Avisos. Santa Cruz de La Palma. 1918.

38. También: «Yo ví a Cristo en el madero». Y, en el Hierro: «Murió Cristo en el madero».

42. Variantes del segundo verso: «¡qué dichosa muerte llevo!» (Mirca, en La Palma); «¡qué dichosa muerte espero!» (Hierro).

45. En aquel monte está un palo,
y un Santo Cristo clavao.

46. Al pie de la Cruz con pena,
llora la sagrada reina.

47. Adórote, Cruz sagrada;
Dios del cielo es quien te enrama.

48. La cruz en que murió el Verbo,
no es de pino, que es de cedro.

49. ¡Válgame la Virgen, digo!
¡El buen Jesús sea conmigo!

50. Yo vengo, que no ha venido,
a ver a Jesús nacido.

51. Por ver a la madre amada,
no siento la caminada.

52. Hermosa estrella María,
que a los marineros guía.

53. Diendo la Virgen conmigo,
yo no temo al enemigo.

54. Madre mía de las Nieves,
tuyo soy y aquí me tienes.

55. Soy de donde, soy de donde,
soy de la Virgen del Cobre.

---

46. Variante del segundo verso: «Está María Magdalena».
48. Otra versión:

Es de pino, palma y cedro
la cruz donde murió el Verbo.

55. La Virgen del Cobre es patrona de La Habana. Su presencia en este responder se debe, pues, a la influencia indiana.

56. Sube, reina soberana,
al cielo a ser coronada.

57. ¡Quién fuera, madre, paloma
del palomar de la gloria!

58. Para Belén va María,
como paloma perdía.

59. San Juan va por escribano
a la pasión del humano.

60. Si veis sangre derramada,
cogéila porque es sagrada.

61. No veis la sangre sagrada
que en la Cruz fué derramada.

62. Voy al cielo, que me llama
quien por mí sangre derrama.

63. Cristo murió por el hombre;
mira la sangre que corre.

64. ¡Qué bueno le queda el velo
al buen Jesús Nazareno!

65. ¡Viva la fe del cordero!
¡Viva, que por ella muero!

66. Padre mío San Vicente,
traime en la memoria siempre.

67. Vengo de Santa Lucía;
no hay caña como la mía.

---

60. De la isla del Hierro.

64. Variante curiosa del segundo verso: «a San Jesús Nazareno»

67. Se refiere a las cañas de azúcar que los romeros que acudian a dicha fiesta solían comprar en ella para chuparlas al regreso o llevarlas como obsequio a los parientes.

68. De Santa Lucía venimos
tan contentos como fuimos.

69. Teme, cristiano, la ira
d'este Señor que nos mira.

70. Lleva la cruz con paciencia,
con las divinas clemencias.

71. Corre la luna en el cielo,
como en el altar el velo.

72. Corre por el alto cielo
la luna tras el lucero.

73. De la luna no doy queja;
del sol, que se va y me deja.

74. ¡Qué hará la luz del día,
que me dijo que venía!

75. Yo vide el sol cuando sale
en arreboles de sangre.

76. Cinta azul, color de cielo,
lleva mi dama en el pelo.

77. Una cinta azul de cielo,
trai mi dama en el sombrero.

78. Entre San Juán y San Pedro,
se corta la dama el pelo.

79. ¡Quién fuera por el camino
por donde mi amante vino!

80. Llévame, dueño querido,
de mano por el camino.

81. ¡Quién fuera por el camino
de mis penas al olvido!

82. Cuando de mí falten penas,
faltará del mar la arena.

83. A la sombra del cabello
de mi dama, dormí un sueño.

84. Vide a mi dama, y me queda
dolor de no hablar con ella.

85. Tírale por la ventana
clavellinas a la dama.

86. No me olvides, dulce dueño,
hasta ver el fin que tengo.

87. Si quieres tener consuelo,
ten buen corazón, mi dueño.

88. Dame la esmeralda, dama,
que te di cuando te amaba.

89. ¿Quién te dió esa bergantía
que trais en el cuello, niña?

90. Busca, niña, quien te quiera,
que mi madre no quié nuera.

91. Yo canto pa la nombrada,
y no canto pa más nada.

92. Ganas de cantar no tengo,
canto por un desempeño.

---

89. *Bergantía*. Parece alteración fonética, individual, de «gargantilla». Sólo la he hallado en este responder. He preguntado a muchos campesinos y ninguno me ha dado pruebas de que sea conocida y empleada.

91. *Nombrada* «mujer invitada y comprometida a bailar». La invitación se hacía extendiendo el brazo hacia la mujer con cierto aire de contenida reverencia. Si el hombre tenía calzadas las castañuelas, solía, al extender el brazo, hacerlas sonar con un golpe seco, sin repique,

93. Canta, clavel encarnado,
hora que me tiés al lado.

94. Si canto, me vence el sueño,
y si no canto, me duermo.

95. El que no canta en la rueda
botija verde se queda.

96. Castañuela de brevera
toca como otra cualquiera.

Nombrar es «invitar a bailar». Véase un ejemplo en el que es una mujer quien *nombra* o invita:

Yo lo *nombré* pa bailar,
y ahora me está pesando,
que está su novia aquí dentro
y ella me estará mirando.

94. Variante del Hierro: «Si canto, me tienta el sueño».

95. *Botija verde*. Expresión, al parecer, de procedencia cubana, que no tiene un significado propio y preciso. Al tratar de determinar éste, las respuestas han sido vagas, y expresivas más de suposiciones que de ideas seguras. En relación con el presente responder, una joven me dijo que *quedarse botija verde* debía de ser «quedarse soltera, para vestir santos»; una vieja, en cambio, supuso que, en un baile, *quedarse botija verde* debía de significar «quedarse como un *pantantún*», es decir, como un bobo, parado y desorientado. La joven es de Mazo y la anciana de Breña Alta. En ninguna de ambas localidades se tiene, pues, seguridad del valor semántico de esta expresión. No es de extrañar, sin embargo, porque ni en Cuba mismo, de donde parece proceder, tiene una significación clara y concreta. Véase lo que acerca de ella dice Constantino Suárez, ob. cit.: *Botija verde* es «término de comparación, el más ofensivo, cuando se alude a los insultos que ha merecido o puede merecer una persona. Es de advertir que *botija verde* sólo encierra insulto en cuanto a la intención, pues que nada significa por sí mismo: «Le dije hasta *botija verde*, y no se dió por ofendido». Según Cuervo, también se usa en Colombia, pero su origen parece cubano». A la vista de esta equivalencia a un insulto, tenemos que interpretar el responder a que corresponde esta nota, como una argucia para obligar a todos a bailar. La expresión comentada no está muy extendida en La Palma.

96. *Brevera*. «Una clase de higuera, de higos negros, «brevas», de

97. Quien tiene amor, tiene pena;
¡amor, quién no te tuviera!

98. Quien tiene su amor en rueda
tiene la vista serena.

99. Donde hay jumo, sale llama;
donde hay valientes, hay fama.

100. En la pluma, sobre el ala,
lleva el gavilán la fama.

101. No hay cosa que más ofenda
a Dios que una mala lengua.

102. Por el aire va que vuela,
la fama de la que es buena.

103. Con oro viene sellada,
la carta del rey de España.

104. ¡Qué cinta llevá en el pelo
el don Alonso Romero!

105. ¡Qué galán viene el cristiano
vestido a lo turquesano!

106. Todo es predicar en vano.
Vuélvete, moro, cristiano.

107. Cuenta el mancebo y no acaba
los trabajos de Rosaura.

108. No me mates, que no quiero.
que se diga que yo muero.

---

figura aovada, cutis atropurpúreo, cubiertos de una harina blanca superficial, rayados, casi sin pezón, y por dentro de color encarnado claro cuyo sabor es grato». Cfr. Viera y Clavijo, ob. cit.

104. Responder del romance dieciochesco de *Rosaura la del guante.*

107. Responder, como se ha dicho, del romance de *Rosaura la de Trujillo.*

109. Quisiera, pero no puedo,
librarte del cautiverio.

110. Dame de tu pan partío
hasta que yo parta el mío.

111. Vuelva a la vaina el acero,
donde estaba de primero.

112. Vuelva el acero a la vaina,
donde de primero estaba.

113. Escuchen, verán que guerra
tuvo el trigo y la moneda.

114. Agua viene por Tedoque;
quien tiene tambor que toque.

115. Allá viene por Tenagua
la bruma que trae el agua.

116. Cayó el agua y dió en la piedra.
salpicó y regó la hiedra.

117. Echate p'arriba el sayo,
que quema el sol como un rayo.

---

113. También:

Escucha y verás que guerra
trai el trigo y la moneda.

Y también: «escucha y verás que tema». Es, según me dicen, el responder de un romance en que se presenta una disputa entre el trigo y la moneda sobre sus respectivas excelencias, que hace recordar aquella otra disputa medieval más conocida del agua y el vino. Parece que fué bastante conocido en la Isla, pero todavía no lo he podido recoger.

114. Para cantar o bailar, porque, con la lluvia, se van a paralizar las faenas agrícolas. *Tambor* llaman los campesinos palmeros al «tamboril». Esta forma no se usa. *Tedoque*, «barrio de Los Llanos».

115. *Tenagua*, «barrio y montaña de Puntallana».

118. Rompan mis piones l'azada
por comer leche guisada.

119. No tomo, ni me da gana,
el agua de Puntallana.

120. Tengan compasión y duelo
del muerto que está en el suelo.

121. En el suelo estoy caído,
muerto, y no pierdo el sentido.

122. En aquel monte hay un oso;
vamos a ver si es hermoso.

123. Ya vamos llegando, amigo,
donde el muerto tumba al vivo.

124. De la bodega venimos
tan completos como fuimos.

125. Coge, Cangrejo, la espada,
que la guerra está formada.

---

118. *Leche guisada*, «leche hervida». Sobre este valor canario de *guisar*, véase Sebastián de Lugo, ob cit.

119. Parece referirse a la creencia de que el forastero que tome agua en ciertas fuentes, se casa con una mujer del término municipal al que la fuente pertenezca.

120 y 121. Como ya se ha dicho, estos responderes corresponden a la primera y segunda parte, respectivamente, del romance del *Testamento del mulo*, publicado en esta misma revista.

122. No se crea que hay osos salvajes en Canarias. El oso de este responder debe de proceder de algún romance importado.

123. A la bodega.

124. *Completos*, «enteros, cabales», en oposición a «embriagados, borrachos».

125 y 126. Según el anciano comunicante, el de Montaña de la Breña, estos dos responderes corresponden a los romances surgidos, de forma improvisada, en cierta controversia poética habida entre dos rústicos «versiadores», uno apodado Cangrejo y otro Borrallo. (Sobre esta voz —*borrallo*—, véase S. de Lugo, ob. cit.)

126. Vengo aquí con mis vasallos,
a batirme con Borrallo.

127. Javier Carracote lleva
de la lucha la bandera.

128. Echame una ayuda, Juana.
Salvador, no tengo caña.

129. Jilo lino, jilo lana;
jilo lo que me da gana.

130. Jilo lana, jilo lino;
lo que me da gana jilo.

José Pérez Vidal

Santa Cruz de La Palma.

128. Las ayudas se aplicaban antiguamente en los campos de La Palma con un instrumento rústico formado con una vejiga y una cánula hecha de caña delgada.

Guirrios y zamarrones

I.—Los guirrios de Vega del Ciego

Hace muchos años que las calles silenciosas de Pola de Lena no se aturden con el horrísono tañido de los grandes cencerros usados por los *zamarrones*. Acaso por los años de 1912 ó 13 haya tenido lugar la última *zamarronada* organizada por un mozo de la Vega del Ciego, que aún vive, llamado Cosme de la Foxaca. De entonces acá no se ha vuelto a ver ni saber más de estas cuadrillas de mozos que, disfrazados con grandes felpudos o esterones de esparto fuertemente ceñidos al cuerpo mediante las cornales o correas de uncir los bueyes al carro y llevando, cada uno, de tres a cinco cencerros de gran tamaño, formaban militarmente y, al ritmo de un tambor, a la par que marchaban marcando un paso casi lento, realizaban un extraño giro lateral del cuerpo sobre las puntas de los pies con objeto de hacer botar, sobre pecho, espalda y caderas, los grandes cencerros.

Eran cuadrillas que pedían *aguinaldos* y, por tal motivo, tenían la obligación de aceptar cuanto les diesen, tanto en especies y bebidas, como en dinero. Semejantes a estas cuadrillas en esto de pedir aguinaldos son, en la provincia de Santander, *las marzas* que piden *estrenas* o *prebendas*. Diférencianse, sin embargo, las *marzas* de los *zamarrones* en que aquéllas tienen por cometido cantar ante cada casa de las mozas solteras y los *zamarrones* son jugadores y remedadores.

Según el cancionero de las *marzas* los marceros han de aceptar cuanto les dén, pues en sus coplas se dice:

—Traemos un burro
cargado de aceite,
pa freir los huevos
que nos dé la gente (1).

En las diversas localidades y de perfecto acuerdo con su cometido y actuación, a la vez que con la peculiar psicología y creencias mitológicas de cada zona donde estas cuadrillas tenían periódicamente su radio de acción, recibían la denominación de *sidros, zamarrones, guirrios* y *bardancos*.

Algunas de estas cuadrillas de mozos aguilanderos y zamarrones representaban comedietas en las que solían mezclar el asunto bíblico de los pastores belenmitas con otras escenas muy poco en consonancia con él. Recordamos haber presenciado algunas de estas representaciones cuyas piezas teatrales eran hechas en comunidad, la mayoría de las veces, y otras fruto del ingenio de algún mozo festivo. Las que nosotros hemos presenciado habían sido escritas en bable y en verso por un mozo, ya fallecido, de la Vega del Ciego, llamado Pepón de Salomé, y no estaban desprovistas de gracia y donaire, constituyendo una lamentable pérdida para el folklore la desaparición de las mismas. Estas piezas escénicas eran representadas al aire libre, por hombres solos, teniendo algunos de ellos que caracterizarse de mujer, y esto con sujeción a unas normas especiales a fin de que los espectadores pudieran apreciar su verdadero sexo.

Hemos de tener muy en cuenta que en estas fiestas de mozos aguilanderos cabe dividir los personajes que las integran en dos grandes grupos, pues aunque remotamente tengan tan íntima relación que su nexo sea común, se precisa

(1) DANIEL G.-NUEVO ZARRACINA: *Las Marzas*, publ. REVISTA TRADICIONES POPULARES, tomo I, 1944, Madrid.

no confundirlos y deslindar, a ser posible, el campo de acción de cada uno según su peculiar cometido. Nosotros los clasificamos en *actores* y *acompañantes*. Los que realizan la acción y los que les ayudan y escoltan. Entre estos últimos se cuentan los *zamarrones* y con los zamarrones los *guirrios*.

Fig. 1.—*El Guirrio:* Ilustración al capítulo II.

II.—El guirrio: su etimología, vestuario y cometido

En relación con la etimología de la palabra *guirrio* y el cometido de este personaje en el folklore y en la mitología asturiana, existen diversas opiniones. Mientras que para unos dicha palabra viene de *guirriar*, que significa *reir*; para otros

procede de *oguerria*, que en vascuence quiere decir *navidad* y la deducen siguiendo la trayectoria fonética:

guirrio = *guirria* = *birria* = *oguerria*

Algunos pretenden entroncarle con *gerrire*, del bajo latín, que equivale a saltar de gozo, retozar. Y todas ellas se complementan, porque el *guirrio* es el personaje folklórico y mitológico que acompañando a los *zamarrones* unas veces y otras a los *actores*, salta, goza y retoza en las navidades.

El atuendo o vestuario del *guirrio* no es de tipo uniforme ni único, sino que, aún conservando cierta solera fundamental e inmutable en el vestir, cábeles a los diferentes pueblos donde tuvieron vida y asiento los *guirrios* introducir algunas modificaciones, según ciertas apreciaciones particulares o de acuerdo con una localista idiosincrasia popular, sin que por ello lleguen a desnaturalizarlo y con lo cual demuestran, en relación con la estética, su sensibilidad, gusto o su chabacanería.

Generalmente el *guirrio* vestía camisa y pantalón de punto blancos, altas polainas de paño negro, faja encarnada, azul o verde a la cintura y otra, del mismo color, cruzada sobre el pecho a manera de banda; cinturón de cuero con cascabeles y campanillas que hacía sonar en sus continuos saltos y un pañuelo de seda de tonos vivos atado al cuello. Su cabeza la cubría con alto bonete de forma cónica adornado, en unos casos, con cintas y papeles de colores, rematado, en otros, por un rabo de raposa y cubierto por dos pieles blancas de oveja que descendían tapando cara, pecho y espalda con unas aberturas para ojos, nariz, boca y orejas en las que iban cosidos unos trozos de paño encarnado a manera de cortinillas. Este personaje llevaba en la mano una pértiga, con la que daba saltos fantásticos.

«El deber del *guirrio* —dice Cabal en su obra *Costumbres asturianas: su significación y origen: el individuo*, pág. 120— es dar saltos imponentes, con la ayuda de una pértiga, para

lo cual toma impulso, se apoya con aquélla contra el suelo, y se levanta en el aire... A veces cuando se halla en lo más alto, hace girar la pértiga de pronto, y con ella y con el cuerpo describe en el espacio uno o dos círculos... Al caer, sin mover los pies del suelo, inicia un movimiento de caderas que hace temblequear los esquilones... Y este mismo movimiento lo hace el *guirrio* cuando saluda a la gente, sobre todo si la gente son rapazas».

De este movimiento de caderas propias del *guirrio* para hacer sonar las *cascabeladas* que rodean su cinturón, derivó seguramente Du-Cange la etimología del *guirrio* dándole un nuevo significado: *gerrire* = *luxuriare*.

Para Cabal «los *guirrios* no son más que la *verdad*, la realidad o la reproducción de las pinturas murales con máscaras zoomórficas de las cavernas del paleolítico... El carácter itifálico de algunas de esas pinturas, explica los meneos de los *guirrios* que dicen sensualidad» (2).

A nuestro juicio, Du-Cange y Cabal van demasiado lejos al apreciar cierto atisbo de sensualismo en los toscos y groseros movimientos de los *guirrios*, los cuales realizan estos movimientos de caderas, y muchas veces sacudidas de todo el cuerpo dando saltos violentos, con el único y exclusivo fin de hacer sonar sus cascabeles, al igual que hace el *zamarrón*, para mover sus descomunales cencerros, produciendo un ruidoso e inarmónico estruendo. Le falta al *guirrio* el ritmo y la expresión que pudieran dar a sus movimientos ese pretendido matiz sensualista que tienen algunos bailes y danzas asturianos y el mismo matiz, finamente sesual, pero lleno de voluptuosas suavidades, de las bailadoras andaluzas, cuando el ritmo de sus tacones, con el cuerpo erguido, los brazos en alto y vibrando todo su cuerpo de emoción, inician esas maravillosas ondulaciones de caderas. Ondulación ingrávida de la llama o de las aguas rizadas por la brisa.

---

(2) Ibi., pág. 129.

III.—Guirrios menores: los vexigueros, su vestuario. La aguilandera, la cardona y la cenicera

Aunque son muchos los tipos que acompañan a los *guirrios* en sus fiestas y desfiles, en el concejo de Lena suelen

Fig. 2.—*El Vexiguero:* Ilustración al capítulo III.

hacerlo unos personajes denominados *vexigueros*, especie de *guirrio menor*, vestidos de igual manera que aquel a excepción del bonete de cartón de forma cónica, que sustituyen por una boina roja o blanca —como los *zamarrones*— y cayendo

sobre la espalda una capucha de paño pardo forrada de franela roja. En lugar de pértiga para saltar llevan en la mano un látigo y al extremo de la cuerda van unas vejigas infladas, en número de dos o de tres, generalmente, de cordero, que baten con fuerza contra el suelo, sacudiendo con ellas sendos golpes a los espectadores, muy especialmente a las mujeres, teniendo este hecho una remota reminiscencia con las fiestas lupercales, en las cuales los faunos las perseguían por los bosques, azotándolas con correas de macho cabrío para tornarlas fecundas. Los *vexigueros* tienen del *guirrio*, aparte de cierta semejanza en el vestir, la movilidad de caderas, para hacer sonar los cascabeles y campanillas de sus cinturones. Estos personajes parecen el símbolo de la inquietud, pues su misión es la de saltar, brincar, correr, perseguir y azotar con las vexigas de sus látigos. Exégesis de la movilidad y ligereza.

Otros personajes, típicos de Lena y Quirós, que forman en estas *guirriadas* o cuadrilla de los *guirrios* son: la *aguilandera*, la *cardona* y la *cenicera*.

La *aguilandera* suele ser un mozo disfrazado de mujer, ya que había unas disposiciones en las que se prohibía a las mujeres tomar parte en estas *moxigangas* o *boxigangas* de los *guirrios*, y aún el hombre que así se disfrazaba había de llevar las faldas de manera que se viera no era mujer. Su vestido era blanco formado por faldones de puntillas fuertemente almidonados, a fin de darles gran vuelo, guantes del mismo color y gran sombreo de paja, adornado con flores y cintas. La misión de la *aguilandera* era de «pedigüeña», pedidora, recaudadora. Piden *aguinaldos*, ya que los *guirrios*, como los *bardancos*, los *sidros*, o los *zamarrones*, era *aguilanderos*. La *aguilandera*, por lo tanto, pide en unión del *guirrio*.

No hemos de confundir estas *aguilanderas* o pedidoras de aguinaldos, que acompañaban a los *guirrios*, con aquellas otras *aguinalderas*, que formaban grupos integrados exclusivamente de mozas, las cuales, disfrazadas de pastores y zagalas, cantaban villancicos, acompañándose con pande-

retas, castañuelas, el triángulo y la almirez, e interpretando danzas y bailes de tipo pastoril, pedían el *aguinaldo* durante el tiempo comprendido entre los días de Navidad y la festividad de Reyes. Eran notables en el concejo de Lena los grupos de *aguinalderas* de Vega del Ciego y La Frecha, que actuaban completamente desligadas de las *guirriadas* organizadas por los mozos.

La *cardona* y la *cenicera* son también dos personajes encarnados en dos mozos estrafalaria y ridículamente disfrazados de mujeres. La *cardona* llevaba las tablas de cardar o «cardadores» como símbolo de su oficio, haciendo continuamente la acción y los movimientos necesarios para «cardar» la lana y asustando, con dichos instrumentos, a los espectadores, tras los cuales corría.

La *cenidera*, o portadora de ceniza, llevaba en una bolsa, viejo maletín de mano y hasta muchas veces en un saco sobre el hombro —como sucede en Quirós— ceniza de leña, que, de tiempo en tiempo, arrojaba sobre el público a puñados, después de haber dado grandes carreras.

¿Qué significado especial pudiera tener la ceniza arrojada por la *cenicera* en estas fiestas de los *guirrios*? ¿Sería simplemente una humorada de aquella época en la que estas inocentes expansiones —hoy inaguantables, pesadas y molestas en virtud de su quintaesenciado refinamiento— constituían el regocijo de grandes y chicos? Sin embargo, en este motivo, acaso fútil e incoherente, puede caber una significación de tipo mitológico, dado la acentuada credulidad de los pueblos de inferior cultura. El culto a los «manes», que llegó a constituir un principio religioso, cuyas ceremonias estaban investidas de cierta variedad, se hallaba vinculado primordialmente en el hogar, ya que era una religión de tipo patriarcal por rendir su culto a los antepasados. No obstante, la multiplicidad de «manes» y su especial conceptuación, llevaba a la familia a crear *manes familiares* o del hogar y entre ellos uno era el fuego, al que se mimaba y reverenciaba, constituyendo una verdadera ofensa escupir en él o arrojarle las cáscaras de los huevos, lo cual repercutía en perjuicio de

las propias gallinas, pues, según la opinión popular, «dejaban de poner». El fuego no debía de apagarse nunca en el hogar, porque, si tal cosa sucedía, era indicio de una tremenda desgracia. Cuando una familia cambiaba de domicilio, el traslado del fuego al nuevo hogar implicaba una verdadera ceremonia, a fin de que los *manes* continuasen prodigando a los habitantes su influjo bienhechor. Acaso en la ceniza así aventada, como residuos de un fuego que ardió y se consumió, pero en la que quizá queda su espíritu reencarnado, al igual que en esos montones de piedras del borde de los caminos formados por los viandantes para que los espíritus errabundos puedan cobijarse, pretenda la cenicera esparcir los espíritus familiares del hogar entre los vecinos que presencian esta fiesta.

Tanto la *cardona* como la *cenicera* son dos personajes adventicios en estas *guirriadas* de Lena por carecer de verdadero entronque mitológico que las haga hermanarse con el *guirrio*. Nada hay ni en su atuendo, ni en su misión que participe del sentido *religioso* y *guerrero* de que están investidos estos estruendosos desfiles de *guirrios* y *zamarrones* del concejo de Lena, que les diferencia notablemente del resto de las *guirriadas* de otros lugares.

IV.—Los bardancos de Caso y los aguilanderos de Quirós

El *guirrio*, como personaje anterior en progenie, acompañaba al *actor* o *actores*. En Lena iba delante de dieciséis o veinte *zamarrones*. El *guirrio* con sus saltos y cabriolas, sus carreras alocadas con el fin de hacer sonar los cascabeles, representa la fase primitiva de estas farsas y por lo tanto inviste al cuadro de una mayor reciedumbre y primitivismo, mientras que el actor, por el cometido de encarnar y representar acciones de personajes vivientes, parecía rodearse de una mayor templanza y suavidad en sus actos, no obstante lo imperfecto, absurdo y en algunos casos irre-

verente y obsceno de que estaban matizadas sus pantomimas y comedietas, cual sucede con los *bardancos* de Caso, cuya fiesta se celebraba el 28 de septiembre, en la que *Marica*, vieja redicha y salerosa, en medio de grandes gritos y contor-

Fig. 3.—*La Aguilandera*: Ilustración al capítulo III.

siones y, auxiliada por un médico improvisado, que busca entre los espectadores, da a luz, en plena calle, sacando un gato por debajo de las faldas....

En Quirós son *aguilanderos* que piden *aguinaldos* cantando romances. Estos *aguinalderos* de Quirós, *guirrios* que ya perdieron la costumbre de representar comedias, tienen cada uno su nombre y son: el «Blancón» —acaso sustitu-

yendo al *guirrio* de Lena—, el «Maragato», el «Afilaor», el «Médico», el «Boticario», con una gran lavativa; el «Diablo», con cuernos y rabo; la «Filaora», con rueca y huso; la «Escardona», con las tablas de cardar; dos «damas» y dos «galanes», vestidos con el traje típico de Asturias; los «Ceniceros», con los sacos de ceniza al hombro, y el «Recaudaor», cuya misión es pedir (3).

Estas representaciones de los *guirrios* convertidos en «actores» en Quirós es doble, pues, mientras unos se dedican a cantar romances y el «Recaudaor» a pedir los *aguinaldos*, el resto de los personajes realizan alguna escena de tipo mímico; fingiendo la «Escardona» o la «Filaora» un síncope, acude el «Médico» y el «Boticario» con su gran lavativa y, en tanto el «Diablo» da fuertes mugidos, arrojan los «Ceniceros» sobre las mozas puñados de ceniza.

Los *guirrios* de Vega del Ciego han conservado siempre inmutable su carácter mitológico, la vestimenta característica y la misión esencial: saltar, brincar, correr, producir ruido y estruendo y ser el primero en entrar en pelea al frente de sus *zamarronadas*, cuando se encontraban, frente a frente, con la *zamarronada* de Villayana, eternos rivales en estas correrías.

Aunque ni el *guirrio* ni el *vexigueru* realizan danzas accionadas o rítmicas de clase alguna, por no ser ésta, según parece, su misión, el mero hecho de figurar los cascabeles en su atuendo es un indicio de haber existido un remedo grosero de danza primitiva, en estas fiestas de los *guirrios*, pues parece ser que en las antiguas danzas, quizá de tipo religioso, los danzantes llevaban sujetas a las piernas unas correas con cascabeles, que hacían sonar al compás de los zapateados.

Don Diego de Ostia presentó en el año 1561 en Toledo la danza de la Virgen de Agosto, en la que doce «zagales» vestidos con zaragüelles blancos de lienzo, calzas de colo-

(3) Referencia facilitada por don Vicente G. Miranda, maestro nacional.

res y cascabeles, bailaban haciéndoles sonar acompasadamente.

Don Miguel de Cervantes, en *Pedro de Urdameta*, en uno de sus versos menciona una danza, en la cual participan veinticinco danzantes que llevaban:

... en pies y brazos ceñidos
multitud de cascabeles.

Tanto el *guirrio* como el *vexigüero* llevan a la cintura unas correas con cascabeles y, para hacerlos sonar, realizan con su cuerpo movimientos, que hicieron deducir a Du-Cange de la palabra *gerrire* el término *luxuriare* y a Cabal comparar el carácter itifálico de las pinturas rupestres de algunas cavernas del paleolítico con los pretendidos movimientos sensuales del *guirrio*. A nuestro juicio, y por haber presenciado en el concejo de Lena estos desfiles de *guirrios* y *zamarrones*, nada hay que induzca a enjuiciar los movimientos del *guirrio* y de sus hermanos menores los *vexigueros* como lo hace Du-Cange. La actitud del *guirrio* de Vega del Ciego, La Frecha y Villayana es limpia, noble y desprovista de todo asomo de sensualismo grosero. Para hacer sonar sus cascabeles, más que movimientos de caderas, realiza grandes saltos de pértiga, que al caer lo hace botando sobre la punta de los pies y luego emprende carreras de trote con el fin de mover los cascabeles de su cinturón. Los mismos *zamarrones* que acompañan al *guirrio* inician, en su marcha rítmica de piernas y tronco para batir sobre pecho, espalda y caderas los grandes cencerros, una danza grosera, que por su rudeza y el estruendoso fragor de sus cencerros más tiene de un ataque de tipo de guerrilla céltica que del sensualismo de las pinturas rupestres o del matiz lujuriante que Du-Cange atribuye al *gurrio*.

Y hasta es muy probable que los *gurrios* y *zamarrones* de Lena se alejen tanto en su ortodoxia del resto de los *gurrios* y *zamarrones* de otros lugares de Asturias, y aun de España, que hayan llegado a tomar una personificación diferente de los demás, convirtiéndoles en caso-tipo.

V.—Opiniones sobre el significado de la fiesta de los guirrios

Difícil y hasta cierto punto nos parece aventurado dar una contestación acerca del verdadero significado de estas fiestas *guirriales* ya que sobre tal motivo se escribió mucho y muy contradictorio, lo cual denota que quienes lo trataron lo vieron, observaron y estudiaron desde distintos puntos de vista, y cada uno dedujo su conclusión de acuerdo con el punto predominante que mejor observaron y mayor emoción causó en su espíritu.

Hubo quien sentó la teoría de la *atracción* por *la imagen* y que los hombres se disfrazaban con pieles de osos, de ciervos o de lobos con el fin de atraer en sus excursiones cinegéticas al animal que deseaban cazar, fundamentadas en las ideas, tan arraigadas en el hombre, sobre la metenpsicosis, las cuales por el acendrado misticismo de la familia tribal llegaban a constituir un principio religioso. «El signo de la *representación* tiene poder sobre el objeto *representado*: esta convicción es la base de una muy importante de las creencias en los pueblos de que se trata (como en los salvajes actuales) y que, con el nombre que los modernos les hemos dado de *totemismo*, implica la participación del signo en la realidad del objeto a que alude» (4).

Si verdaderamente en algunos lugares vemos al *guarrio* disfrazado con un capuchón de pieles de oveja, que le cubre pecho y espalda, rematado por un rabo de zorra, lo que pudiera llevarnos a creer en la reencarnación de una grosera imagen de animal, hemos de tener muy en cuenta que ni el *guirrio* se disfraza de tal cosa ni las fiestas de los *guirrios* representan los preliminares de una cacería, ya que estas fiestas tienen una fecha fija y determinada en el año, generalmente en los últimos días de diciembre y primeros de

(4) Eugenio D'Ors: *La civilización en la historia*. Madrid. 1943, página 41.

enero. Nada hay en el *guirrio* que nos indique una sinonimia cazadora. La palanca del *guirrio* es instrumento que le sirve para saltar y no arma para herir. Sin embargo, esta teoría más bien pudiera ser aplicable a las *zamarronadas*, que, disfrados de esterones y en plan de ataque, avanzan con ritmo, y no a las fiestas de los *guirrios*.

Otros, en sus opiniones, llegan también a entroncar con el «totem» en lo que éste representa en el aspecto religioso. «Un *totem* es, por ejemplo, la imagen de un animal, que protege a una tribu o a un grupo humano cualquiera; pero, a la vez, es un ser espiritual que puede introducirse en los cuerpos de los miembros de esta tribu, o en sus sueños o en los cuerpos o sueños de los miembros de una tribu enemiga, etc.» (5).

Nosotros, opinando por nuestra cuenta, creemos ver en estas fiestas de los *guirrios* el esbozo de un culto panteísta, culto que las tribus arias tributaban a la luna, ya que acaso pueda ser esto «más pegado al espíritu del hombre y más unido al de la religión» (6).

VI.—Ascendientes mitológicos del guirrio

El *guirrio* como representación plástica de un ente mitológico perfectamente definico con caracterología y cometido propios, no es un elemento esporádico exento de progenie, no solamente dentro del marco local de los mitos asturianos, sino que se entronca íntimamente en las mitologías de las regiones del más rancio abolengo y de firme solera tradicional y legendaria de Europa, como son la Alta y Baja Bretaña, Escocia, Gascuña, Cerdeña, Grecia y Roma, en las que se encuentran personificaciones de análogas características.

En la mitología de Asturias es el Busgoso, dios del bos-

(5) Ibid., pág. 41.
(6) C. Cabal: *Las costumbres asturianas*, pág. 128.

que y equivalente al Silvano. Esta equivalencia y paridad de ambos personajes nos la da la misma etimología de la palabra *bosque*.

Según el señor Cabal, en su obra *Los dioses de la muerte*, el Busgoso asturiano no es más que la tradución al bajo latín del término «Silvano».

La figura de «Busgoso» y su cometido fué harto discutida por eminentes folkloristas y mitólogos asturianos, desde don Aurelio del Llano, que, después de recorrer las concejos de Ponga, Caso, Quirós, Somiedo y Muniellos, afirma «no encontró quién hubiera oído hablar del Busgoso», hasta don Constantino Cabal, que fué quien, de manera científica y documental, demostró en un prolijo y minucioso estudio la existencia de este personaje mitológico, se sucedieron una serie de estudios, más o menos afortunados, debidos en su mayor parte a la Sociedad Demológica asturiana, integrada por un grupo de asturianos prestigiosos.

Don Juan Menéndez Pidal, en su obra *Poesía popular*, dice: «Los Leschyos y Polkaus, apellidados también Berstuk —especie de sátiros entre los eslavos— son ni más ni menos que los Busgosos de Asturias».

Según don Rogelio Jove y Bravo, en su obra *Mitos y supersticiones de Asturias*, Busgoso tiene tronco y brazos de hombre, piernas como de cabra con sus pezuñas hendidas y la cabeza cubierta de espesa y alborotada cabellera, armada de dos retorcidos cuernos. Protege a los animales perseguidos por el cazador y persigue a las mujeres, llevándolas a su caverna. Es el mismo mito que en la Alta Bretaña se le denomina «le Fauxsinge», en la Baja el «Santirine», en Escocia «Ourisk», «Sátiro» en Grecia, «Dusius» en la Galia, «Fauno» en Roma y «Pan» en las tradiciones españolas (7).

Y precursores del Busgoso los «manes». En los tiempos prehistóricos comienza a definirse el culto al espíritu de los muertos y estos espíritus eran los «manes» que en todas

(7) C. CABAL: *Los dioses de la muerte*.

las cosas y en todos los seres reencarnaban o se metían. Era la supervivencia del espíritu en sus múltiples trasmigraciones y manes eran las fieras del bosque, los pájaros y las piedras de los caminos.

Para su propio sustento y el de sus familares, el hombre primitivo, que aun no había logrado someter a la domesticidad los animales que le rodeaban, cazábalos con trampas o con sus inverosímiles armas. Cuando el hombre se consideraba impotente para vencer al animal, consideraba a éste superior a él, deificándole y elevándole a la categoría de «dueño y señor de sus destinos» (8). Y estos animales, elementos primordiales en el subsistir del hombre y de la tribu, fueron considerados manes al igual que el resto de las alimañas con que en su camino tropezaba. Y no otra cosa, sino manes, eran los *guirrios* que hasta no hace muchos años habían vivido como escondidos, perdida ya su noción mitológica, entre los recodos intrincados de los valles del Lena y Pajares, en estos pueblos de rancio abolengo tradicional de Vega del Ciego, La Frecha y Casorvida.

VII.—Los zamarrones

A nuestro juicio nada tienen de común los *guirrios* con los *zamarrones*, si no es el hecho de servirles de compañía en sus desfiles; y esta unión no implica, en modo alguno, ni paridad de cometido ni de procedencia mitológica, a no ser el que forman un conjunto vistoso y ruidoso. Separadamente cada uno de ellos constituye grupo aparte con personalidad y cometidos propios. Solamente en Asturias el zamarrón va acompañado del *guirrio*.

Los «çagarrones, que otros dicen çaarrones o çaharrones, y çarrones —opina el doctor cordobés Rosal— son figuras ridículas de enmascarados, que acostumbran ir detrás de las fiestas, procesiones o máscaras, para detener y espan-

(8) C. Cabal: *Los dioses de la muerte.*

tar la canalla enfadosa de muchachos, que en semejantes fiestas inquietan y enfadan, y assí, para más horror de éstos, los visten en hábitos y figura de diablo, por lo cual en Zamora los çagarrones son llamados diablicalos: Assi que se dixeron de çaga que es *detrás*».

En 1611 Covarrubias decía: «Çaharrón, el mamarracho o botarga que en tiempo de carnabal sale con mal talle y mala figura, haciendo ademanes algunas veces de espantarse los que topa, y otras de espantarlos. Algunos dicen ser nombre arábigo de *çahhal*, que vale = *mendigo*». Según el señor Menéndz Pidal, en Ciudad Rodrigo se denomina *zagarrón* al bobo, y en Lena (Asturias) y en Redondo (Palencia) el término *zamarrón* se aplica a la máscara vestida grotescamente (9).

Existen algunas etimologías populares como la de *ramasquero*, *zarramasquero*, o *zamarrasquero* (zamarrón) por el hecho de disfrazarse con zamarra o pellica y llevar en la mano un ramasco, y al igual que estas metátesis son las que emplean en Palencia al designar a una máscara con el nombre de *zarramón*, en Burgos y en el mismo sentido *mazarrón* (10).

«Los modernos etimologistas —afirma don Ramón Menéndez Pidal— derivan la voz «çaharrón» del árabe «çahrón», intensivo de çohra, «homo ridiculus, qui ludibrio habetivi», voz de cuyo derivado *maçhara* proviene también la voz *máscara* (11).

Los zamarrones de antaño eran «jugadores, remedadores y hacedores que públicamente cantaban y hacían juegos», según se expresa en la ley IV de las siete partidas. En este sentido el señor Menéndez Pidal, al estudiar los juglares, cita a los zamarrones como tipos afines al mismo. Tanto en las descripciones del doctor Rosal y Covarrubias

---

(9) R. Menéndez Pidal: *Poesía Juglaresca y los juglares*. «Colección Austral», pág. 25.

(10) Ib., pág. 25.

(11) Ib., pág. 26.

como en las definiciones de los mismos vemos al zamarrón ejerciendo sus propias funciones, sin que para nada citen al *guirrio*, lo cual confirma y avala nuestro aserto al desligar a ambos personajes, dándole a cada uno su propio sentido conforme con su función y significación mitológica.

Fig. 4.—*El Zamarrón:* Ilustración al capítulo VIII.

De acuerdo con las precedentes etimologías, pero dándole un sentido más amplio, si bien más abstracto, el señor A de los Ríos en su *Historia crítica de la Literatura española*, al estudiar el término *zaharrón*, juzga su procedencia como una derivación del vocablo hebreo *zahar* —en árabe

çahrón, intensivo de *çohra*— que en tal lengua significa «exhibir», y a tal fin establece que la palabra *zaharrón* sea similar a *espectáculo*.

Sin embargo, este concepto de *zamarrón*, según sus acepciones y etimologías, difiere muchísimo en su cometido del concepto de zamarrón en Asturias y muy especialmente del zamarrón del concejo de Lena. Estos zamarrones, privativos de Lena, ni visten hábitos ni representan figuras de diablos. Tampoco son mamarrachos o botargas de mal talle ni mala figura; no simulan ademanes de espantarse ni espantar. Son verdaderas formaciones de tipo guerrero, perfectamente disciplinadas, que rítmicamente mueven su cuerpo en violenta contorsión a derecha e izquierda al compás de un tambor para batir sus cencerros. Estas cuadrillas o zamarronadas llevan su jefe que, espada en mano, manda y ordena.

VIII.—El zamarrón: su vestuario y formación de la zamarronada

El típico *zamarrón* del concejo de Lena va cubierto, a manera de dalmática, por dos grandes esterones de esparto, teñido de colores rojo y amarillo, unidos en los hombros y ceñidos fuertemente al cuerpo con las recias correas, denominadas *cornales*, empleadas para uncir las parejas de vacas o bueyes al yugo y sujetar éste al *pertigu* del carro. Estas correas las cruzan sobre pecho y espalda y dando varias vueltas a la cintura a fin de ajustar los esterones y suspender de ella los grandes cencerros que lleva batiendo sobre las caderas. También suelen llevarse los cuatro cencerros en torno de la cintura, suprimiendo los del pecho, pero conservando el de la espalda. Cubren su cabeza con una boina roja y anudado al cuello llevan un gran pañolón de seda de vivos tonos. Sobre los hombros prenden vistosos pañuelos de seda que las mozas del pueblo les ofrendan como galantería a esta demostración —bárbara, si se quie-

re— de fuerza y gallardía. Calzan abarcas de cuero cuyas correas enlazan por encima del pantalón hasta la rodilla, o en su defecto toscos zapatones de becerro. Llevan en la mano sendos garrotes o «palancas», asidos por un extremo; levantados mientras andan moviéndose de izquierda a derecha con fuertes contorsiones, batiendo los cencerros sobre caderas, pecho y espalda, haciéndoles sonar con ensordecedor estrépito. Y como éste, doce, dieciséis o veinte, formados de cuatro en fondo y avanzando rítmicamente al son del redoble de un tambor, con sus característicos y violentos movimientos, batiendo a la vez los *cencerros*, produciendo un ruido atronador que sobrecogía el ánimo.

Estas zamarronadas van mandadas por un mozo, que con el nombre de capitán y vistiendo un uniforme militar recargado de galones y estrellas, gorra con alto plumero y sable en mano, marcha delante, marcando el compás a los zamarrones.

En la formación y desfile de las zamarronadas, el *guirrio* o los dos *guirrios*, vestidos con su traje peculiar, van en cabeza, dando grandes saltos ayudados por sus pértigas, llevando en medio a la *aguinaldera* o *aguilandera* pidiendo aguinaldos y registrando los bolsillos de los espectadores, seguidos por la *cardona* y la *cenicera*. Detrás van los ocho *vexigueros*, formados en dos filas de a cuatro, saltando para hacer sonar los cascabeles y campanillas de sus cinturones, blandiendo contra el suelo el látigo en cuyo extremo llevan las vexigas infladas. Sígueles el capitán, el tamborilero y los doce, dieciséis o veinte *zamarrones*. Es obligación de los zamarrones aceptar cuantos obsequios en bebida les hagan y es fácil deducir que en poco tiempo están ya completamente embriagados. Si en estas circunstancias se encuentran en el camino dos *zamarronadas*, frente a frente, se embisten al son de los tambores, resultando vencedores los que hayan resistido los brutales empujes.

IX.—Los zamarrones, la vijanera y la fiesta del Ciervo

Similar a esta fiesta de los mozos en cuadrilla disfrazados de *zamarrones* en Asturias son en Santander las de los pastores que se reunen para celebrar la fiesta de la *Vijanera*, o de las Calendas de Enero. Fiesta de ruido, de saltos y movimientos, de voces y gritos. Y cuando ya se acercaba la noche, agrupánbase en las linderas de los pueblos, aguardando el encuentro con otras cuadrillas a quienes desafiaban a paz o guerra. Si la paz era aceptada, ambas cudrillas saltaban y bailaban juntos hasta rendirse; mas, si lo aceptado era el desafío de guerra, entonces se tundían y magullaban con furor hasta quedar vencedora una de ambas cuadrillas. Tanto en los zamarrones asturianos como en la vijanera montañesa, nótase la reminiscencia antañona de aquella costumbre de disfrazarse con pieles imitando animales, la «versipellis» de los latinos. Y aunque en tiempos del hombre del paleolítico parece no haber arraigado aún la licantropia, o propensión del hombre a figurarse convertido en lobo, no por esto se debe negar que existió cierta tendencia o propensión zoantrópica. Pinturas rupestres nos muestran figuras esquemáticas o estilizadas de hombres — y hombres cazadores— disfrazados con cabezas de animales. Es posible que la tendencia zoantrópica estuviera influenciada por la predominante especie de animales que con más frecuencia rodeaban al hombre. Así vemos que en Asturias, Santander y Galicia, por su topografía, tuviese gran predominio la «versipellis», debido a la abundancia de lobos, perros y ciervos, encontrándonos con el hombre-lobo, el hombre-perro y el hombre-ciervo. «Hacer el ciervo» escriben algunos.

¿Hay en esta estruendosa mojiganga de los *zamarrones* de Lena que salían por las fiestas de Navidad a batir cencerros y a pedir estrenas el verdadero culto a la luna que se le atribuye a la Fiesta del Ciervo?

Las gentes que habitaban el norte de España, según la obra del siglo IV *Paraenesis ad poenitentiam*, celebraban un

festival denominado la *Blenula Ceroula*, que acaso sea el origen de la Fiesta del Ciervo, sin que tal se pueda afirmar, ya que se ha perdido el libro titulado *Cervus* o *Kerbos*. El «ciervo» de Diana representaba a la Luna; de aquí la acaso derivada fiesta de la *Blenula Ceroula*.

Los diocesanos de San Paciano de Barcelona tenían la costumbre de disfrazarse, en las Calendas de enero, con pieles de animales, especialmente de ciervo, y recorrían las calles pidiendo «estrenas» o «aguinaldos». Coincidían esta costumbre y estos petitorios con la Fiesta del Ciervo que aún se celebró en varios puntos de Francia a fines del siglo XVIII y con la que anualmente celebraban, entre los días de Navidad y Reyes, los mozos de La Frecha, Campomanes, Vega del Ciego, Villayana y otros pueblos del concejo de Lena, vistiéndose de *zamarrones*.

Estos tres aspectos, tan coincidentes y tan similares, ¿no guardan, entre sí, una raíz común en su procedencia?

X.—¿Los zamarrones de Lena costituyen un motivo guerrero?

Por su genealogía quizá no, ya que en sus primeros tiempos las zamarronadas acaso hayan tenido su origen y enlace con las fiestas lupercales. Hay en favor de este criterio muchos puntos estudiados concienzudamente por hombres tan prestigiosos en nuestra investigación folklórica como don Constantino Cabal, el cual así lo afirma.

El hecho de haber persistido esta costumbre con tales características diferenciales en el concejo de Lena, es muy probable que tenga por motivo y fundamento la indudable existencia de un proceso muy acentuado de romanización con una extensa colonia en el lugar denominado Vidriales, cerca de Vega del Ciego, donde fueron hallados restos de edificaciones romanas, cimentaciones, enterramientos y un hermoso mosaico, juntamente con otras obras de fábrica que aún perduran, tales como el puente románico, de un

solo y atrevido ojo sobre el río Lena, que pone en comunicación Vega del Ciego con el vecino pueblecillo de Columbiello y un barrio intermedio llamado La Puente, y otro puentecillo sobre un riachuelo, que, bajando de la eria de Vidriales, atraviesa Vega del Ciego. También se conservaron, hasta no hace mucho, restos de calzadas romanas. Don Juan Menéndez Pidal, que escribió una documentadí-

Esquema de la formación de la Zamarronada

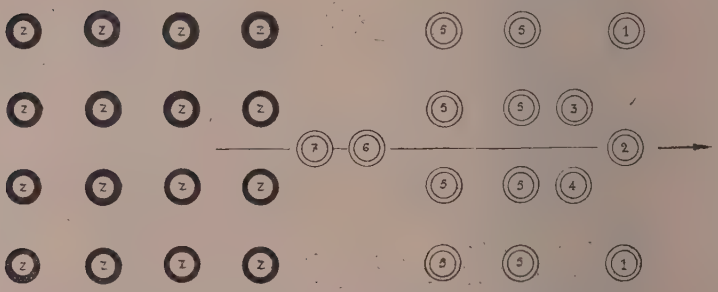


Fig. 5.—*Formación de la zamarronada.* Ilustración al capítulo VIII.
1 Guirrios. 2 Aguilandera. 3 Cardona. 4 Cenicera. 5 Vexigueros.
6 Capitán. 7 Tamborilero. z Zamarrones.

sima monografía del concejo de Lena (12), cita un «Nardinium» sobre el promontorio de Castiello, el cual, en opinión del señor Fernández Guerra, era la capital de la tribu de los saelinos, que habitaban estos contornos, capital y tribu que en investigaciones posteriores, llevadas a cabo por el romanista alemán Schulten, da como situada en las orillas del Duero (13).

Es cierto que las costumbres de los pueblos, aun pretendiendo conservarlas con toda su pristina pureza, de perfecto acuerdo con la tradición, están sujetas a una permanente evolución a través del tiempo.

(12) ASTURIAS: *Caneila y Bellmund*, 3 tomos.

(13) SCHULTEN: *Los cántabros y astures y su guerra con Roma*. «Espasa Calpe».

Sin embargo, aun aceptando la génesis mitológica del zamarrón y su descendencia de las Lupercales, Mayas, Parilias y Faralias, nos cabe la duda si este zamarrón de Lena, marchando con marcialidad disciplinada en sus formaciones, no constituyen una faceta completamente distinta a la que representa el resto de los zamarrones de otros lugares. ¿Por qué los *zamarrones* de Vega del Ciego avanzan, batiendo tambores y cencerros, con paso y prestancia militar? ¿Por qué ese afán de lucha por «tumbarse», pujando hombro a hombro, cuando se encuentran frente a frente con la zamarronada de otro pueblo?

Los *zamarrones* de Vega del Ciego, a nuestro juicio, o han perdido con el tiempo transcurrido su primitivo simbolismo y se han trocado en un rudo y bárbaro desfile de guerrillas o han tenido por origen una danza guerrera conmemorativa de significado marcadamente guerrero, ya que en su paso, ritmo y matiz característicos participan, a la vez, de danza burda y grosera y de avance típicamente militar.

El desfile de una zamarronada con su estruendo de cencerros y lo extraño del disfraz impone y sobrecoge el ánimo. Cuando las *zamarronadas* de Vega del Ciego o de Villayana se iban acercando a la villa, desde ésta se comenzaba a percibir un rumor extraño. Todo esto tiene un carácter marcadamente guerrero que le diferencian notablemente de la primitiva función y cometido que se les atribuye.

Los romanos, tan aferrados a sus costumbres y tradiciones peculiares, habrán hallado en la colonia de Vidriales lugar apropiado para sus fiestas y poder ahuyentar los lobos que descenderían de Brañavalera. Más tarde, a través del tiempo, la distancia y otras generaciones, aquellas fiestas, perdiendo el colorido lupercal, se trocaron en unas *zamarronadas*. ¿Zamarronada de tipo lupercal, por su origen? ¿Zamarronada de aspecto guerrero, por su forma?

DANIEL G.-NUEVO ZARRACINA

Contribución al estudio del Vocabulario de la Rioja

INTRODUCCIÓN

La importancia del tema que nos ocupa, no se esconde al perito y estudioso. La ubicación de la Rioja —punto de confluencia de distintas regiones: Navarra, Alava, Soria, Burgos, Aragón— ha originado un frecuente trasiego de vocablos que suscita un vivo interés lingüístico.

Sobre este campo verdaderamente fértil y fecundo hemos elaborado nuestra monografía, que, aunque constituya un copioso caudal de voces y acepciones recogidas directamente de boca del pueblo, calificamos de ligero escarbo en una tierra que ofrece ancha base para una investigación a fondo. Por ejemplo —y nos referimos al sector más importante— podríase hacer gran acopio de voces de botánica y zoología.

Nuestro trabajo se ha limitado a acumular materiales que podrán servir para un ulterior análisis de dialectología, señalar rasgos dialectales, fijar variantes fonéticas, advertir influencias.

OBSERVACIONES

Tódas las voces que integran los fondos del vocabulario han sido compulsadas con el «Diccionario de la Real Academia», décimosexta edición, año 1933, Madrid, al cual citamos con la sigla *DRA*. Conforme a esta revisión y siempre con

la mira puesta en no reproducir nada que el *DRA* tenga ya anotado, el vocabulario registra tres tipos de voces:

a) Formas enteramente nuevas que no se encuentran en *DRA*.

b) Acepciones distintas de palabras ya consignadas en *DRA*.

c) Regionalismos que tienen lugar en la Rioja y que el *DRA* reproduce como originarios de otras provincias. Omitimos, por el contrario, las voces que en *DRA* figuran como regionalismos de Rioja y Logroño.

Dada la importancia de las variantes, como clave en la exploración fonética, no hemos desdeñado su estudio, así como tampoco la localización de las palabras. Las abreviaturas usadas para la localización geográfica son:

Com. = Común para las palabras bastante divulgadas.
Cer. de R. A. = Cervera de Río Alhama.
Bad. = Badarán.
Bañ. de R. T. = Baños de Río Tobia.
Cast. = Castañares de Rioja.
Vall. de O. = Valle de Ocón.
C. de E. = Comarca de Enciso.
Cor. = Cornago.
S. Vic. = San Vicente de la Sonsierra.
Huér. = Huércanos.
Sot. = Soto de Cameros.
Prad. = Pradejón.
Vill. Q. = Villarta Quintana.
Az. = Azofra.
Cih. = Cihuri.

Localidades que han aportado escaso número de voces se indican por su nombre. Respecto a las demás abreviaturas nos ceñimos a los usos y formas del *DRA*.

NOTAS

Transcribimos aquí un breve inventario de figuras de dicción y barbarismos muy en uso, que no encajan tanto en el cuerpo del vocabulario:

Transporte de acentos.—Existe una acusada tendencia a conservar el acento latino del pretérito imperfecto de indicativo: jugabámos, jugabais. Se transportan: pántano, tárima, récimo (racimo), méndigo, tunél, estomágo, raiz.

Aféresis.—Amos en vez de vamos; enga = venga; cina = hacina; nega = fanega (Prad.); ulaga = aulaga; zada = azada; zadón = azadón; tarre, tarria = ataharre; rimadero = arrimadero; mamantar = amamantar.

Síncopa.—Hablidad = habilidad; entavía = en todavía; cujada = cogujada; querís = quereís; tenís = teneís y similares de la 2.ª cj.

Apócope.—Pa = para.

Prótesis.—Amochar = mochar; arrecostar = recostar; arreatar = reatar; arrascar = rascar (*DRA* de Al. Sor. Bur); allar = llar.

Paragoge.—Se añade *e* final a la 2.ª persona plural del imperativo: venide; corride = corred; bajaide = bajad; ide = id.

Metátesis.—Satifecho = satisfecho; davidoso = dadivoso; pavores = vapores (Bañ.); aguilando = aguinaldo (Com.); petrina = pretina (Prad.); presinarse = persignarse (Com.); istentino = intestino; rempalaguea = relampaguea.

Contracción.—¿Vedé? = verdad, usted (Garranzo); pos = pues. También cabe citar aquí el dicho popular de Tudelilla: «má'pretieron, mesbarié, me caí y ma'hize-esto».

Conversión de letras 1) *o* en *u*.—La terminación *ado* nominal y sobre todo participial —además de pérdida de la *d* intervocálica— se convierte en *u*, especialmente en la Rioja Baja; pasau = pasado; colorau = colorado; lau = lado; Calahurra = Calahorra; currusco = corrusco; lluviendo =

lloviendo; vusotros = vosotros; parasus = paraos; visus = idos; vulcar = volcar.

2) *r* en *l*.—Es característica peculiar y privativa de los pueblos comarcanos de Calahorra y Arnedo. En Pradejón es frase popular «llegal, calgal y malchal»; folcate = forcate; folcateal = forcatear, etc.; fumaol = fumador; el Río Maol = el Río Mayor (Arnedo).

3) *sc* en *ch*.—Rioja Baja; chuela = azuela.

4) *e* en *i*.—Cillisca = cellisca; pial = peal; rial = real; mendema, mendemar, vendema, vendemar = vendimia y vendimiar; metá = mitad; suberé = subiré; este cambio es frecuente en Cervera de Río Alhama, Igea = Buenas tardis, ya li dichu. Cervera de R. A. ofrece, sin duda la modalidad lingüística más interesante de la Rioja. Entre los comarcanos corre la frase «el que no dice vea, soa, talea, no es de Cervera» = vega, soga, talega. El vocabulario representa un buen número de voces —particularmente de alpargatería, industria local importante— recogidas por Jesús Sáenz.

Otra de las notas más típicas de la Rioja, es el empleo del modo potencial de la prótasis de las oraciones condicionales, en vez del pretérito imperfcto o pluscuanperfecto de subjuntivo correspondientes, vgr.: si habrías venido a tiempo, no hubiera ocurrido.

Más transformaciones.—Airas en vez de era (de trilla); verdusca = verdasca; cieno = fiemo; zagones = zahones longuindo = donguindo; has = haz (imperat. de hacer); grijo = guijo; bujero, augero = agujero; mieja = miaja; orillo = orilla (acep. de término); cofaina = jofaina; adoba = adobe (Prad.) acep. de ladrillo; collarón = collerón, collera; gramante = bramante (hilo); polvorera = polvoreda; redajo = regajo; trespaliar = traspalear; anganillas = angarillas (Prad.); fraitada = fritada; semos = somos (del v. ser); talforada = tufarada; columbiar = columpiar; arbañil = albañil; culeco-a = clueco-a; chinglar = chingar; chofle en vez de chofe (bofe); escambiar, escampiar = escampar; fumarro = cigarro; moñiga = boñiga (Sot.);

revesa = revesado; talanguera = talanquera; zorrón = zurrón.

VOCABULARIO

A

Ablentaño, m.—Palo largo, hincado a un metro de la parva, para indicar que se ha de aventar de nuevo la paja depositada entre él y el grano. La paja que cae al lado contrario es el tamo. Frase: «Cortar el ablentaño» es separar el tamo y aventar el resto. *C. de E.*

Abozinar, r.—Recular, retroceder. Dícese de la caballería que frena su marcha cuando el carro se abalanza sobre ella, vgr.: en las bajadas. *Huer.*

Abuelito, m.—Especie de araña que anda sobre el agua. *Sot.*

Acechón (ocechón), m.—Herramienta corta y curva que sirve para cortar leña. *Vall. de O.*

Acerar, r.—Perder la sazón las legumbres cocidas. *Com.*

Acutrar, tr.—Binar, dar segunda reja a la tierra.

Achitabla, *DRA* de Al. *Com.*

Adelgazar, tr. (también delgazar).—Sobar la masa en el cilindro y hacer las piezas de pan. *Com.*

Afilador, m.—Volcar el carro de un lado, quedando la otra rueda dando vueltas. Frase: hacer el afilador. *Huer.*

Africar, tr.—Apedrear. *Aldeanueva* de Ebro.

Agarejo, m.—Usase n la frase: «hacer el agaréjo» = pasar violentamente por la cara una uva, aplastándola. *Cih.*

Agucias.—Frase: «estar a agucias de» = estar confiado en una cosa o persona.

Aguachinar.—*DRA* de Ar. y Sal. enaguazar. *Bad.*

Aguadojo, m.—Canaleta pequeña de cemento para el agua.

Aguarchar, tr.—Enaguazar. *Cih.*

Ahuelmado, adj.—Tímido, parado. *Cor.*

Aibar, intr. út. c. r.—Apartar, retirar, separar. Frase: ¡Aiba de ahí! *Com.*

Aida, interj.—Para aguijar los bueyes *Vill. Q.*; en *Cast.* dícese aira.

Ajo, m.—Usase en la frase: majar el ajo = cantar las cigüeñas.

Ajuntar, r.—En el vocabulario infantil significa hacerse amigos. *Com.*

Alar, m.—Vallado de cañas, palos, ramaje verticales ensamblados entre dos palos transversales con que se cercan plantas, viveros para protegerlos contra el viento. *Prad.*

Albiendo, m.—Bieldo. *Prad.*

Albotea, f.—Finca, pieza. *Cer. de R. A.*

Alberge.—DRA de Ar. = albaricoque. *Cer de R. A.*

Alberque, m.—Lavadero. *Cer. de R. A.*

Alcatranar, tr.—Romper violentamente, 2.ª acep. = apolillar.

Alcatrapa, f.—Ballesta, cepillo para cazar pájaros. *Lagunilla, Corera.*

Alfange, m.—Alfalfa. *Prad.*

Algariada, f.—Lluvia suave y de duración corta, en *DRA* de Ar. algarazo, recogida en *Bad.*

Alhorín, *DRA* de Al.—Granero. Recogido en *Ventas Blancas, Muro de Aguas.*

Almedaña, f.—Gira, regocijo popular que se celebra en el campo. *Manjarrés.*

Aloya, DRA de Al.—Alondra. *Com.*

Allegadera, f.—Véase en *DRA* allegador, 2.ª acep. *Bad.*

Amaulado, adj.—Padecer contusión, magullamiento producido por caída. *Cor.*

Amaular, tr.—Utcr. = magullar. *Cor.*

Amorar, r.—Jugar los niños a casas y muñecas. *Prad. Cer. de R. A.*

Amorrar, tr.—Embotar el filo de una herramienta.

Anastar, tr.—Empalagar, cansar, hartar un manjar. *Bad.*

An-an, interj.—Para incitar a los niños a que coman. *Cer. de R. A.*

Ancha, f.—Espacio intermedio entre dos hileras de vides. *Bad.*

Angulema, f.—Encargo molesto, estorbo.

Antojo, m.—Hastío, enojo. *Com.* Frase: ¡Me da un antojo!

Apalancar, tr.—Robar.

Apañar, tr.—Enterrar. *La Santa.*

Aparatero, *DRA* de Al., Ar. y Chile.—Recogido en *Prad.*

Apispás, interj.—Para demostrar que se ha terminado la comida. *Cer. de R. A.*

Arbejas.—Usase también «arbejo» = guisantes. *Sor. Prad.*

Arguellar.—*DRA* de Ar. *Com.*

Arpa, f.—Palo largo a cuya extremidad se sujetan tres dientes encorvados. Se emplea para cargar y descargar basura. *Bad.* En otras parte llámase «arpón», reservándose el nombre de arpa a un instrumento agrícola con seis dientes rectos.

Arrañal, m.—También se llama «arrañe», «sequeral» = huerto que suele haber junto a los corrales de campo para que pasten los corderos. *C. de E., Vall. de O.*

Arrascachimeneas, m.—Limpiachimeneas. Bastante, *Com.*

Arrebatiña.—La acción que el *DRA* define en este vocablo, se designa en la Rioja con diversos nombres = arrepelús (*Prad.*); a la repelea.

Arrecusar, tr.—Apropiarse con exclusión. Pertenece al vocabulario infantil.

Arregular, tr.—Asustar. *Bañ. de R. T.*

Arrejuntar, tr.—En el vocabulario infantil = reunir, coleccionar. *Com.*

Arribotas, adv.—Alto, lejos. Frase: ¡Hasta allá arribotas! *Com.*

Arropada.—Usase en la frase: pelota arrojada: en este juego indica la pérdida de tanto cuando la pelota toca la ropa del jugador. *Com.*

Ascla, f.—Astilla pequeña de madera.

Ascuarril, m.—Rescoldo de ascuas y brasas que quedan al quemarse la hoguera. *Lumbreras*.

Asperón, m.—Usase en la frase: «ir por los cedazos y el asperón» y se refiere a una burla o broma que es costumbre dar en tiempo de vendimia. Los de un lago envían a un inexperto al lago vecino por los cedazos y el asperón. Aquí se carga sobre los hombros del inocente un pesado saco, lleno de tierra, piedras, hierros, etc. *Huér.*

Atado, m.—Manojo de veinte vencejos para atar la mies. *Bad.*

Atifar, intr.—Zambullirse en el agua.

Atraitivo, adj.—Igual, semejante, parecido. *La Riba* de Cameros.

Aunecer, intr.—Aumentar, hacer con facilidad una cosa, sacar mucha tarea en la labor. *Com.*

Auñar, tr.—Robar.

Ayasar, tr.—Arrasar, salirse de madre el río. Bastante, *Com.*

B

Baboso-a, adj.—Frase: «tierra babosa» la que se forma en las arcillas cuando llueve.

Babuta, f.—Abubilla (*Prad.*).

Babute, adj.— Bobo, necio. *Com.*

Bacha, f.—Zapatillas de paño. *Com.*

Badajón, m.—Haz de paja de centeno sacudido que una vez mojado se emplea para hacer vencejos. *Bad.*

Bajas, f.—Usase en la frase: «levantar bajas», que consiste en cavar unos hoyos debajo de los racimos que tocan con el suelo a fin de que no se pudran. *Com.*

Bellena, f.—Véase «gomón».

Bancalazo, m.—Reventar de gordo o por un exceso en la comida. *Bad.*

Bardal.—*DRA* de Ar. en la 4.ª acep. Recogido en *Cor.*

Barriscal, m.—Barrizal. *Bad.*

Baste, m.—1.ª acep. la del *DRA.*; 2.ª acep. = aparejo para acarrear mies.

Bayarte, m.—1.ª acep. = cuadro de madera, dividido en dos mitades en las que con mantas se forman dos bolsas. Sirve para transportar paja, colocándolo encima de la caballería. 2.ª acep. = parihuela *DRA* de Ar. y Nav.

Beldar.—Este verbo reviste variadísimas formas: muy *Común* es ablentar, que el *DRA* trae como de Al. Ar., alventar *Prad.*; albendar, bieldar.

Belez-zo.—*DRA* 3.ª acep. o mejor cabida de la cuba *Huér.*; vasija *DRA* 3.ª acep.

Bendejuela, m.—Pájaro parecido en su forma a la golondrina, pero más pequeño *Cih.*; en *Vall. de O.* = rabiruelo; en *Bad.* = rebiruelo.

Berbajo, m.—Caldo de harina que se echa a los cerdos pequeños. *Bad.*

Berguizo, m.—Renuevos del olivo.

Bicoco-a, adj.—bisojo, bizco, *Prad. Arnedo.*

Bisalto.—*DRA* lo trae como de Ar. y Nav. *Com.*

Bobarril, m.—Ventana para salir al tejado de la casa. *Cast.*

Bobete, m.—Cría del barbo. *S. Vic.*

Bocarón, adj.—Bocazas, boceras, hablador. *Sot.*

Bocarada, f.—Boqueada: *Prad.*

Bocón, m.—Agujero que hay en los pajares para echar la paja al corral.

Boche-a.—Burro joven, asno, *DRA* = buche. *Com.*

Bochincha, f.—Vejiga de los cerdos que se emplea para guardar la manteca. *Com.*

Bochincho, adj.—Niño excesivamente gordo y mofletudo. *Cih.*

Boina, f.—Cazuela de barro, ancha y aplastada.

Bollo, m.—Desorden, alboroto, camorra entre varias personas. *Com.*

Bonete, m.—Hongo de cabeza negra y casi soterrado. *Com.*

Borra, f.—La paja inútil que queda al sacudir el centeno. *Bad.*

Borracho, m.—Rueda pequeña y postiza de la segadora para su transporte. *Cast.*

Botador, m.—Clavija que sujeta el yugo a la «cigüeña» en los carros de una sola vara.

Botar, tr.—Regar en un desnivel con caldero. 2.ª acep. = empujar los sacos para cargarlos.

Botavíno, m.—Ramita más larga, que se deja en la poda de la vid. *Com.*

Botero, adj.—Dícese del fruto sin madurar, en agraz. *Prad.*

Braga, f.—Palo largo que lleva atado a un extremo un paño mojado. Se emplea para limpiar el horno antes de cocer el pan. *Vall. de O.*

Brochera, f.—Agujero por el que se echa la paja en el pajar. *Cor.*

Brochero, m.—Herida producida por caída contra las piedras. *Cor.*

Bronco-a, adj.—Se dice también terronudo-a = tierra fuerte, que se forman muchos terrones. *C. de E.*

Bosquil, m.—En los apriscos, cubierto donde se atan las ovejas a fin de que puedan amamantar los corderos que no son suyos. *Vall. de O.*

Bufeteo, m.—Carencia, privación. *Cor.*

Bujo.—DRA como de Bur.

Bulbul, interj.—Voz para asustar a los niños. *Cer. de Río Alhama.*

Bulto, m.—Persona torpe de entendimiento. *Bad.*

Burreño, m.—Cardos muy fuertes y espinosos. *Sot.*

Butraco, m.—Agujero, también dícese «botraco» *Bañ. de R. T.*, y «butranco», *Bad.*

Brisna, f.—Veta, nervio, fuerte complexión orgánica. *Huércanos.*

C

Cabillo, m.—Mango de la aguja en la industria alpargatera. *Cer. de R. A.*

Cabo, m.—Madriguera de los conejos, cubil. *Prad.*

Cabras, f.—Manchas amoratadas que salen en las rodillas.

Cacetal, m.—Espacio libre de la calle para dejar los carros y otros aperos de labranza. *Bad.*

Cacharrear, intr.—Echar agua de una vasija a otra; 2.ª acep. = al probar las cubas coger repetidamente vino con un cacharro y echarlo desde cierta altura. *Bañ. de R. T.*

Cachiberrio, m.—Usase también «cachibirrio» = director de la danza. *Com.*

Cachima, f.—Cama. *La Santa.*

Cachotera, f.—Hoguera que levanta llamas muy altas. *Cornago.*

Cachuela.—DRA de Extr. = matanza del cerdo y fiesta familiar con ese motivo. *C. de E.* (Quizá sea un vocablo importado por los pastores trashumantes que van a Extremadura.)

Cachumbazo, m.—Garrotazo. *Bad.*

Cachumbo, m.—Garrote. *Bad.*

Cachupín, m.—Juego de los niños alrededor de una hoguera.

Cadañar, tr.—Sembrar la misma pieza varios años seguidos. *Com.*

Cajilla, f.—Quijada, mandíbula inferior. De aquí la frase común = descajillarse de risa.

Calado, m.—Bodega. *Bad.* Es común llamar a las bodegas = cuevas.

Calamborra, f.—Calabaza de dos cuerpos que emplean los pastores para llevar líquidos. *Navalsaz.*

Calmar, tr.—Se usa también en la acep. de pegar, azotar. *Com.*

Calafús, adj.—Pillo, travieso. *Bad.*

Calumbrido, adj.—Pan encanecido, mohoso, calumbriento. *Bad.*

Calva, f.—Piedra lisa y redondeada generalmente pequeña. *Com.*

Calverazo, m.—Golpe dado con estas piedras. *Prad.*

Calzón, m.—Vaina de las habas. Usase también calzas. *Com.*

Camarate, m.—Piso superior de las casas. Quizá sea el «camaraje» del *DRA.*

Camportón, m.—También «comportón» es igual que «comporta», para transportar uvas. *Com.*

Canas.—Migas canas = se hacen en la matanza del cerdo con las adherencias de manteca que quedan pegadas a las paredes de la olla, migas de pan y azúcar. *Huér.*

Cancar, intr.—Morir. Frase: «ya la ha cancao»; cancarla. *Prad.*

Cándalo, m.—*DRA* de Vall. *C. de E.*

Candaja, f.—Vasija para llevar leche.

Candrás, interj.—Voz para asustar a los niños. *Cer. de Río Alhama.*

Cantar.—Usase en la frase: «poner en cantar» = enseñar a uno una cosa de su agrado y después no dársela. *Villarta Q.*

Cantear, tr.—Hacer canteros. *Bad.*

Cantero, m.—Montones curvados que quedan entre dos surcos. *Com.*

Caños, m.—Aparejo parecido a los lomillos, pero mayor.

Capota, f.—Mazorca del maíz.

Caracola.—*DRA* de Ar. 2.ª acep. *Prad.*

Cardimuelle.—*DRA* de Al. *Com.*

Carga, f. Carga de haces; son diez haces. *Com.*

Cariconcha, f.—Concha. *Com.*

Carnudo, adj.—También carnoso; dícese de la tierra húmeda que se adhiere a la reja del arado. *Com.*

Carpanta.—*DRA* de Sal. *Larriba de Cameros.*

Carruco, m.—Manojo de ciruelas ciruelas que nacen juntas. *Vill. Q.*

Cascarejo, m.—Cáscara.

Cascazas, f.—Vainas, cáscaras e hilas de las alubias después que han sido golpeadas. *Prad, Villaroya*. En *Bad.* alubiazas.

Casquijo, m.—Tamo del trigo.

Cecua, f.—Trozo pequeño de leña de olivo u otro árbol. *Cer. de R. A.*

Cenaco, m.—Cieno, barro. U. t. c. adj. = persona sucia. *Com.*

Cerrada, f.—Cemento. *Munilla.*

Cil, m.—Usase también «cilapo» = ombligo. *S. Vic.*

Cinjada, f.—Roseta, lazo de cintas. *Bañ. de R .T.*

Cirria, f.—Cagarruta. Existen las formas cagurria *Prad.* y caburria.

Cirriciri, m.—Pájaro pequeño. *Cer. de R. A.*

Ciscó, m.—Barro negruzco que se forma por el paso de los animales, 2.ª acep. = velocidad. Frase = vaya cisco que lleva. *Com.*

Citotear, tr.—Mangonear, entremeterse en todos los asuntos. *Prad.*

Citotero, citote, adj.—Aficionado a mangonear; también indica temperamento inquieto y movido. *Prad.*

Clavo, m.—Herramienta de labranza que se usa para romper la tierra antes de que pase el arado. *Cor.*

Coca, f.—La nuez sin el envoltorio verde, una vez arrojada la cáscara verde.

Cocón, m.—La nuez antes de arrojar la cáscara verde. *Com.*

Cocejón, m.—Cubierta que envuelve el grano de trigo; cuando no se desprende bien se dice: este trigo tiene mucho cocejón. *Cast.*

Cocino, m.—Lugar donde se echa la comida a los cerdos. *Bad.*

Coconera, f.—La mancha que produce el cocón verde. *Bañ. de R. T.*

Cocharrar, intr.—Regar a calderillo. También «cocharrear».

Cocharro, m.—Riego a calderillo.

Cochorrada, f.—Lo que se echa de una sola vez.

Cocho, m.—*DRA* de Ast. y Gal. = cochino. *Com.*

Coladera, f.—Madriguera de animales excavada en tierra. *Huér. S. Vic.*

Coladero, adj.—Usase en la frase: «cesto coladero» = persona que habla mucho y sin consideración. *Bañ. de R. T.*

Colijos, m.—Colada. Frase = estar de colijos.

Colín, adj.—El que adula para obtener mercedes. *Cih.*

Columpiar.—Este verbo se presenta con diversidad multiforme de variantes locales algunas de las cuales recogemos: desguindarse = *Cih.*; chunglar; escolingarse; samurgar.

Columpio.—Se denomina también: víndola = *Huér.*: chungle; samurgadero.

Comezón, m.—Caspa.

Contador, m.—Lugar de la cueva o bodega donde se merienda. *S. Vic.*

Corco, m.—1.ª acep. = ave de agua; 2.ª = mojarse en la frase = ponerse como un corco; 3.ª = emborracharse. *Com.*

Corquete, m.—Hoz pequeña para cortar los racimos. Amoldada a un palo largo se usa para escardar. *Com.*

Correspondencia, f.—Comunicación de dos corrientes contrarias de aire. *Com.*

Corro, m.—Mancha. *Com.*

Corroncho, m.—Círculo *Com.* Existen las variantes: corronchel; redoncho, roncho, rodoncho.

Corrusquear, intr.—Verbo onomatopéyico que imita el ruido del pan tierno y del corrusco al comerlos. *Prad.*

Corte, f.—Pocilga. *Vill. Q.*

Cosconés, m.—Granzas, granzones. *Prad.*

Cosera, f.—La significación de este vocablo recogido en *Ventosa* y *Sot.* es la de mojón.

Costalera, f.—Manta que puesta en la parte trasera del carro sirve para acarrear paja. *Huér.-S.Vic.*

Costalija, f.—Costal más pequeño DRA 3.ª acep. *Prad.*

Cucos, m.—Especie de guisantes muy pequeños para pienso del ganado. *Sot.*

Cucurubelas, f.—Pequeñas bolas amarillas que salen en el roble *Bad.*, en *Vall. de O.* llámaselas = *cucarras* y a otras mayores *cucarrones.*

Cuchillejo, m.—Hierba del campo de hojas aserradas comestible en ensalada. *Prad.*

Cuernillo, m.—También corneta = cuerno para proteger la punta de la reja. *Com.*

Cuezo, m.—Colmena fabricada con un tronco hueco. *Cast.*

Culebrilla, f.—Relámpago que imita forma de culebra. *Com.* Culebrina.

Culiblanca, f.—Pájaro del tamaño de una alondra con la cola blanca. *Bad.* Se llama también: *riblanca Prad.* y *revisalsa.*

Cunacho, m.—Cesto. Muy *Com.*

Cutio, m.—Paliza que se da a los niños. *Anguciana.*

Cuto, m.—Cerdo. *Com.*

Cutriar tr.—Semejante a «acutrar», pero significa = dar tercera vuelta a la tierra, terciar.

CH

Chachada, f.—Tontería, nadería. *Cer. de R. A.*

Chache, adj.—Tonto, necio. *Cer. de R. A.*

Chambo, m.—*DRA* de Méj. En *S. Vic.* = cambio con buen suceso y ganancia.

Champlera, f.—Piedra (o madera) plana para algunos juegos infantiles. En otras partes denomínanse champlón, chaplón, especialmente si son de hierro.

Chandrio, m.—Mezcla revuelta de cosas. Translaticiamente: estropicio, salchucho. *Com. Cer. de R. A.*

Changarra, f.—*DRA* del Sal. Recogido en *Vall. de O.*

Changarrear, intr.—1.ª acep. = sonar la changarra; 2.ª

acep. más en uso = sonar las herraduras de las caballerías cuando están sueltas o rotas. *Vall. de O.*

Chapancar, f.—Beber vino en demasía. *Cer. de R. A.*

Chapapa, f.—Masa de pan, hueca, azucarada, de forma redonda y plana. *Cer. de R. A.*

Chaparrazo, m.—Trago de vino con la bota. *Bad.*

Charra, f.—Urraca, picaza. *Huér.*

Charrán, m.—El que está al cargo de la prensa del vino. *Huér.*

Chiburrín, adj.—Dícese de una cosa muy pequeña y menuda.

Chil, m.—Guindilla muy picante. *Cast. Bad.*

Chinchorras, f.—En el *DRA* chicharrón = residuos de manteca derretida. Existe la forma chichorras. *Com.*

Chinino, adj.—Véase chiburrín. *Prad. Calahorra.*

Chirulo, m.—Albaricoque. *Arnedo.*

Chirrinta, f.—Hambre, gazuza. *Huér.*

Chivina, f.—Cabra; voz para llamarla. *Prad.*

Chocarrar, tr.—Chamuscar, socarrar. Existen además las formas chumarrar, *Prad.*; chucarrar, *Bad.*

Chocarrina, f.—Chamusquina.

Chocil, m.—Resguardo apartado de la cuadra que se destina al parto de los animales. *Vill. Q.*

Chopa, f.—Tronco que queda al cortar el chopo. *Vall. de O.*

Chorrete, m.—Caño por el cual desagua la fregadora. Desaguadero pequeño. *Prad.*

Chospa, f.—Retozo, salto, brinco de los animales. *Com.*

Chospear, intr.—Retozar, triscar. *Com.*

Chotada, f.—Caída, golpe fuerte contra el suelo. *Com.*

Chucho, adj.—Adulador, chuchero. *Cer de R. A.*

Chucha, f.—Adulación, coba. *Cer. de R. A.*

Chumarro, m.—Lomo asado. *Cast.*

Churrear, tr.—Escavanar berzas, patatas.

Chustas, f.—Chispas. Usase en la frase = sacar chusto.

Chuzos, m.—Tómase en la acep. de carámbano en *Cast.*

D

Dalocha, f.—Mala gana, falta de fuerza para el trabajo. *Huércanos.*

Desaunecer, intr.—Contrario de aunecer. *Com.*

Desbalagado, adj.—Zafio, tosco, *Prad.* Idéntico significado tiene desballartado en *Huér., S. Vic, Bad.*

Descavanar, tr.—Desacollar. *Cih,*

Descarranclado.—Del verbo descarranclar = estropeado, descompuesto. *Ventas Blancas.*

Descocar, tr.—Desprenderse o quitar la cáscara verde de las nueces.

Descocotar, tr.—Desnucar. *Huér., Com.*

Desnietar, tr.—Espergurar. *Bañ. de R. T.* Significación similar tiene el verbo «desparrizar».

Dspuntar, tr.—Arrancar los pámpanos sobrantes de las cepas. *Com.*

Destiñar, tr.—Cortar a las remolachas las hojas o tiña. *Huér.* En *Cast.* llámase «descoronar».

Dimuda, f.—Cambio atmosférico, frase = está de dimuda. *Cast., Sot.* y *Com.*

Donar, tr.—En el vocabulario infantil significa: sortear en los juegos. Muy *Com.*

E

Empantasmado, adj.—Pasmado, estupefacto, indeciso.

Emplingar, tr.—Usar. *Cer. de R. A.*

Emplingue, m.—Uso. *Cer. de R. A.*

Emposí, adv.—Sobre todo. Frase: hemos cogido mucho, emposí trigo.

Encarampantar, intr.—Hacer salir a uno fiador por medio de artificios y engaños. *Cer. de R. A.*

Encorupetado, adj.—Rebosante, lleno hasta sobrar. Dícese también «copete». *Com.*

Encolia, f.—Mala saña. *Matute.*

Enguerar.—*DRA* de Ar. y Nav. = estrenar. Recogido en *Cer. de R. A.* con igual significado.

Enjumia, f.—Hojarasca del bosque que se usa para lecho en las cuadras. *El Rasillo.*

Ensanchadera, f.—Levadura. *Bañ. de R. T.*

Entorcarse.—*DRA* de Al.

Entrepicar, tr.—Escardar cuando el trigo está poco crecido.

Envolver, tr.—Hacer la masa del pan, envolviendo la levadura. *Com.*

Esbarizar.—*DRA* de Ar. *Prad. Rioja Baja.*

Esburriar, tr.—Destruir, deshacer. *Cer. de R. A.*

Escabalado, adj.—Imperfecto, incompleto por falta de un medio par en las cosas pares. *Cor.*

Escalinglado, adj.—Inútil, inservible.

Escanilla, f.—Caño pequeño.

Escocar, tr.—Despojar de todo el dinero a un jugador. Otras formas = espollar, *Prad.*; esculiquiar, *Bañ. de R. T.*

Escolizarse, r.—Escabullirse. Otra forma = escolijarse.

Escomo, m.—El grano que se saca al escomar. *Com.*

Escortar, tr.—Disminuir el agua de un río, acequia. *Com.*

Escullero, m.—Escurreplatos. *Com.*

Escurridajas, f.—Residuos y hez de los licores. *El Rasillo.*

Esfiluchar, tr.—Preparar el hilo para coser las alpargatas. *Cer. de R. A.*

Esfustado, adj.—Sin fuste, también desaliñado. *Cer. de Río Alhama.*

Eslachado, adj.—Dícese de la persona que carece de gracia y viveza. *Cer. de R. A.*

Espaldear, intr.—Denota la acción de las caballerías que, uncidas al yugo, se dirigen una a cada lado.

Espalda.—Palabras con que se designa la acción de llevar a los niños sobre las espaldas = a concos, en *Prad.*; a rejón, en *Huér., Bañ. de R. T., Logroño, Cast., Bad., Azofra, Sto. Domingo,* muy *Com.*; a carrabilletas, en *S. Vic.*; enjón, en *Cer. de R. A.*; a cuscus, en *Vill. Q.*; achón, en

Lumbreras; anjón, en *Munilla, Muro de Aguas, Cor.*; anjones, en *Galilea.*

Esparrón, m.—Madera atravesada por muchos palos donde se cuelgan chorizos, pimientos, etc. *Bañ. de R. T.*

Esperguras, f.—También se las llama virotes = tallos nuevos de la vid. *Com.*

Esponigo, m.—Puntido, descansillo de la escalera. *Lumbreras.*

Esrozar, tr.—Rozar, romper el rozo, desllecar.

Estrepa, f.—Arbusto de uno a dos metros cuya corteza se emplea para combustible. *C. de E.*

Estrevejil, m.—Motín, revuelo. *Lagunilla.*

Expajón, m.—Paja libre del grano.

Expedregar, tr.—También expedrar = quitar las piedras. *Tudelilla.* Limpiar el trigo de piedras y otras suciedades.

F

Fardelejos, m.—Hojaldres doblados y fritos que llevan un relleno de harina de almendra o de mermelada. Son clásicos los de Arnedo.

Fárfula, adj.—En fárfula = huevo en fárfara o álara. *Huér.* En *Prad.* se dice en «ladilla».

Fariña, f.— Hambre. *Cih.*

Filete, m.—Parte de la veta que se esfilucha para enhebrar. *Cer. de R. A.*

Filostra, f.—Mal aspecto, mal color y apariencia. *Baños de Río Tobía.*

Firifollos, m.—Adornos circulares bordados sobre las pulgaretas. *Cer. de R. A.*

Folla, f.—Tipo, aspecto externo. Suele tomarse en sentido peyorativo. *Cih.*

Follico, adj.—El que pierde en el juego. Frase: dejar follico.

Frascal, m.—Hacina de 12 haces de mies. Rioja Baja.

Frascalar, tr.—Amontonar la mies en frascales. Rioja Baja.

Fruñirse, r.—Fastidiarse. *Com.*

Frustra, f.—Fusta, follaje. *Bañ. de R. T.*

Fudre, m.—Cuba para transportar vino. Borracho. *Com.*

Fuína, f.—Acto de escaparse de la escuela o de no ir a ella. Otra forma estarse de tuna. *Cer. de R. A.*

Fuinero, adj.—Habituado a las fuínas. *Cer. de R. A.*

Fulero.—DRA de Nav. y Ar. *Com.* en Rioja Baja.

Fundio, m.—Hoyo excavado en la tierra, lleno de agua o barro y disimuladamente cubierto para engaño de inocentes. *Cer. de R. A.*

Furrunciar, intr.—Vibrar las trompas, piedras, etc.

G

Galocha, f.—Asna, burra. *Bad.*

Gambre, f.—Grama. *Vall. de O.*

Ganchos, m.—Salma.

Ganchera, f.—Entorpecimiento en los dedos causado por el frío. *Com.*

Gardacho.—DRA de Al. y Nav. *Com.*

Gardama.—DRA de Al. y Nav. *Com.*

Garnacha, f.—Borrachera. *Bad.*

Garrapata, f.—Caterva de niños. *Bad.*

Garrear, tr.—Moverse. *Com.*

Garrigüelo, m.—Una especie de pájaro.

Garroso, adj.—Zambo. *Prad.*

Garrullo, m.—Racimo de uva. *S. Vic.*

Gatupear, tr.—Gustar la comida antes de servirla o ya servida gustarla por todas partes. *Bad.* En Munilla «gachupear».

Golmajía, f.—Igual que golmajería que trae el *DRA* como de la Rioja. Estos vocablos son de *Cer. de R. A.*

Gollizo, m.—Surco que hace el agua en los ribazos.

Gomizo, m.—Masa esférica de goma u otras materias

elásticas que llevan en su interior las pelotas para que boten bien; «gomón» en *Prad.*; «pelluca» en otras partes.

Guache, m.—Corral de esquileo.

Guarrear, intr.—Designa el balido de las ovejas y cabras. *Vall. de O.*

Gudujón, m.—En el *DRA* = cojujón. *Vall. de O.* En *Sot.* cugujón.

Güines, m.—Coces. *Cer. de R. A.*

Güiña, adj.—Cocero. *Cer. de R. A.*

Guripa, adj.—U. t. c. s. Pillo, malicioso. *Com.*

Gurugú, m.—Bulla, ruido. *Vall. de O.*

Gurreño m.—Piedra con esquinas salientes. *Cik.*

Gusera, f.—Sepultura, fosa. *Munilla.*

H

Harinosa, f.—Pan al que se cubre por encima con azúcar o harina. *Com.*

Hatado, m.—Hato de animales. *Bad.*

Herrón, m.—Punta de hierro con una argolla empleada para arrastrar maderos. *Vall. de O. Com.*

Hijuela, f.—La parte más interior de la alpargata. *Cervera de Río Alhama.*

Hilarzas, f.—Sobras del espadado del cáñamo.

Hombro.—Palabras para designar la acción de llevar a los niños sobre los hombros = a catalán, *Prad.*; arriconcas, *S. Vic.*; a los hombrillos, *Bañ. de R. T.*; a enjonjoneta, *Cor.*; a la Virgen Alta, *Cast.*; a jonjón, *Sot.*; al Santo, *Munilla.*

Honda, f.—Tirante de cuero con el que se enganchan las caballerías al trigo. *Villarroya, Sot.*

Horcajadas.—Esta palabra tiene las siguientes formas: a anchagarras, *Vill. Q.*; a anchapatas, *Galilea*; y la más común, a parranguillas.

Hornijal, m.—Lugar para resguardo de la leña (hornija).

Horraño, m.—Mancha negra, mancha de hollín. *Prad.* Otra forma: horruño.

Hozón, m.—Palo largo con un hierro cortante a su extremidad que se usa para limpiar. *Vall. de O.*

Huesque.—Interj. que se emplea para conducir las bestias a la izquierda.

Huellao.—Interj. que se emplea para conducir a las bestias a la derecha. Ambas son comunísimas.

Hule, m.—Tomado con la acep. de zurra. *Com.*

Hurgumero, m.—Hurgón = *DRA* 2.ª acep. *Vall. de O.*

Hotana, f.—Hogaza, 1.ª acep.

J

Jarrear.—*DRA* de Al. *Com.*

Jarrero, adj.—Natural de Haro, harense.

Jayo, m.—Urraca. *Cih.*

Jébenes, m.—Plantas de medio metro de altura y flores amarillas que nacen en los sembrados. También = lasnias. *Com.*

Jobar, interj.—Denota enfado y molestia. Parecido significado tienen = jolín, jolines. *Com.*

Joparse.—Además de esta forma que trae el *DRA* como de la Rioja existen = jopiar y jopea. A veces se toma en la acepción de robar.

Juñir.—*DRA* de Ar. Recogido en *Cor.*

Jupa, f.—Trabajo extraordinario, esfuerzo grande. *Luezas.*

Jutar, tr.—Secar. *Com.*

L

Lacha, f.—Gracia, donaire, garbo. *Cer. de R. A.*

Lacho, adj.—Persona flaca y demacrada. *Cih.*

Lagartija.—Esta palabra se presenta con multiforme variedad en las distintas localidades = ardachita, en *Prad.*; li-

gaterna, en *Sto. Domingo, Cih.*; serrondija, en *Cor.*; sardilleta, en *Huér., Bad.*; zelongrina, en *S. Vic.*; Zanceta, en *Préjano*; zarandilla, en *Sot., Villamediana, Logroño. Com.*; zarcilleta, en *Bañ. de R. T.*

Lamber, tr.—Lamer.

Langisomas, adj.—Holgazán, perezoso. *Vall. de O.*

Lata, f.—Palo largo usado para sacudir o apalear los nogales. *Huér.*

Lechocino, m.—Lechetrezma. Otra forma: lechoncino. *Com.*

Levada, f.—Surco trazado para traer agua de riego. *Com.*

Levantada, f.—Surcos trazados en sentido contrario, al final de la pieza, por no llegar bien el arado. *Huér.*

Levante, m.—Vasar. *Com.*

Ligornia, f.—Lisonja, adulación. *Munilla.*

Limaco.—DRA de Al. y Ar. *Muy Com.*

Limpión.—Usase en la frase: dejar a limpión = ganarle a uno todo en el juego. *Bañ. de R. T.*

Liquia, f.—Liga para cazar pájaros. *Cer. de R. A.*

Lita, f.—Piedra lisa de forma cuadrada o circular, usada en varios juegos infantiles.

Loinas.—DRA de Al. y Nav. *Com.*

Loma, f.—Lugar de la parva donde cae el grano limpio.

Lucero, m.—El encargado en el pueblo de la luz eléctrica. *Prad.*

Luere, m.—Pájaro. *Cer. de R. A.*

Luejo, m.—Cizaña.

Lupanda, f.—Borrachera, embriaguez. *Azofra.*

M

Macilla, f.—Mazo pequeño empleado en alpargatería. *Cer. de R. A.*

Maco, m.—Macho cabrío, *Bañ. de R. T.*; 2.ª acep. = golpe. *Cer. de R. A.*

Madrilla.—DRA de Ar. *Prad.*

Mandarina, f.—Cabeza, frase = andar mal de la mandarina. *Bad.*

Mandelerín, m.—Bofetada, guantada.

Manera, f.—Mancha que produce el «cocón». Se llama de otra forma: «coconera». *Bañ. de R. T.*

Maña, f.—Haz de doce vencejos. *Com.*

Maño, m.—Gavilla de mies que hace la máquina segadora. *Cast.*

Mañón, m.—Haz de paja de centeno que sirve para hacer vencejos. *Com.*

Márcenes, m.—Porciones de sembradura en que se dividen las piezas, por medio de montones de tierra, paja o palos clavados. *Huér.*

Marearse, r.—Inundarse las huertas, fincas.

Mariposa, f.—Conjunto de pámpanos arrebujados. *Com.*

Mascaderas, f.—Las mandíbulas. *Com.*

Mascarón, m.—Mancha negra, tiznón. *Prad.*

Mascón, m.—Haz de centeno sacudido con el que se harán los vencejos en la siega próxima, *Cast.* Véase «mañón».

Matacón, m.—Mata de gran tamaño. *Com.*

Matar, tr.—Usado en la frase: matar un porrón, un vaso de vino significa = beberlo todo. *Com.*

Matulán, adj.—Holgazán.

Meco, m.—Estampido. *Munilla.*

Medrada, f.—Crecida desbordante, torrencial del río. *Com.*

Melenche, m.—Asno joven. Véase «boche». *Com.*

Menda.—Sustitutivo del pronombre personal de la primera persona: «yo». *Com.*

Mengrana, f.—Granada, fruto del granado. También «mingrana». *Com.*

Menuzeles, m.—Menuzas o partes del «menudo», 9.ª acepción del *DRA*. *Com.*

Mera, f.—Mancha de aceite. Compárese su analogía con «manera».

Metete, adj.—Entrometedor. Otra forma: «meticón». *Com.*

Metisaca, m.—Planta equisetácea.

Mimbral, m.—Portal de la casa, *Com.* Otra forma: «miembral».

Miembralera, f.—Levante de piedra junto a la puerta de la casa.

Minchar, tr.—Comer con avidez y en gran cantidad. *Cih.*

Moca, m.—Cuadro que se traza en el suelo, en el juego del palmo.

Mocha.—DRA de Al. *Muy. Com.*

Mojalera, f.—Parte delantera de las abarcas. *Vall. de O.*

Molondra.—DRA de Al y Murc. *Com.*

Morcazo, m.—Nombre para designar el centeno. *Valle de Ocón.* ¿De morcajo?.

Moreno, m.—Igual que morenillo en *DRA.*

Morenillo, m.—Mango de las chocolateras. *Com.*

Morisca, f.—Azada de corte bastante ancho. *Com.*

Morterada, f.—Caída de gran golpe. *Bad.*

Morrada, f.—Chupada, trago, acción de beber. *Com.*

Morrear, intr.—Es más frecuente el significado de beber, mas también se encuentra con el matiz de: golosear, golosinear.

Morreras.—DRA de Ar. El sentido de este vocablo, aquí más usual, es el de manchas, concretamente = labios manchados después de haber comido.

Mostero, m.—Odre que se emplea para llevar el mosto desde el lago o lagar hasta la cuba. Se hacen de piel de cabra. *Azofra.*

Mucón, m.—Residuos, heces, restos de los líquidos.

Mujo, m.—La parte delantera de la alpargata. *Cer. de Río Alhama.* Compárese con «mojalera».

Murgaño, m.—Araña. *La Riba de Comeros.*

Murrear.—Usase en la frase «sin churrear ni murrear», que equivale a estar con ánimo decaído. *Sot.*

N

Nabo, m.—En el juego de pelota se denomina así: cuando la pelota, dando en el ángulo formado por el piso y la pared, se queda sin botar.

Naso, m.—Cesta de paja que se usa para llevar pienso a las bestias. Parecido a «nasa» en *DRA*, 4.ª acep.

Nicas, f.—Usase en la frase: hacer nicas, que en el juego de los pelillos equivale a hacer buena raya cuando se tiran los cartones a la pared.

Nichio, adj.—Dícese del color amoratado. *Cih.*

Neblilla, f.—Niebla, añublo.

Nietos, m.—Brotes, tallos que salen en las axilas de los sarmientos con las hojas. Muy *Com.* en la Rioja Alta.

Nocedo, m.—Noceda, nogal, nogueral. *Vall de O.*

Ñ

Ñaco, adj.—No está del todo bien matizado el significado de esta palabra por otra parte tan frecuente. En el fondo viene a ser un equivalente de: pequeño, despreciable, débil, inútil.

O

Obrada, f.—Medida agraria que comprende 120 cepas de viña. En otras partes, «peonada», «obrero»; el número de cepas que abarca se diferencia en las distintas comarcas.

Ojear, tr.—Probar una cuba de vino. *Com.*

Ojilera, f.—Lazo, nudo de cintas. Otra forma: «roseta».

Oliveña, f.—Ramos podados en los olivos que comen las cabras, *Prad.*; en *DRA* ramón.

Ori, m.—El juego del escondite. *Cuzcurrita.*

P

Pajón, m.—Pajuz en el *DRA*, 2.ª acep. En *Bad.*, «pajual».

Pajuvero, m.—Pajucero o lugar en que se pudre el pajuz; en *Bad.* se llama «pajuguero».

Paloma, f.—Clase de maíz que al tostarle tórnase blanco; frase: saltar palomas = tostarlas en la sartén, *Prad.*; en el *DRA* véase = palomita.

Palotina, f.—Zurra. *Com.* Otras formas igualmente comunes: «panadera», «zamina».

Paniquesos, m.—Flores amarillas que comen los niños. *Badarán.*

Paniquesa, f.—Comadreja. *Cer. de R. A.*

Panto, adj.—Ensimismado, distraído. *Com.*

Pantorrilla, f.—Grado del vino. Frase: este vino tiene mucha pantorrilla. *Huér.*

Parabanes, m.—Esparaván. *Vall. de O.*

Parvero, m.—Después de aventar la parva: a un lado queda el grano y se llama «sierra» y a otro lado la paja y se llama «parvero». *Cast.*

Pasavino, m.—Embudo para trasegar el vino.

Pastrija, f.—Costumbre, afición a salir de casa. *Cervera de Río Alhama.*

Pastrijero, adj.—Callejero. *Cer. de R. A.*

Pastrijiar, intr.—Callejear, hacer pastrija, irse de pastrija. *Cor. de R. A.*

Patorrillo, m.—Patas, orejas y rabo del animal muerto. En otros lugares comprende, además, el estómago y el cuajo. *Muy Com.*

Pedrera, f.—Armazón de madera, compuesto de dos cajones —uno a cada lado y con una cara descubierta que al ser colocados sobre la caballería queda tapada por la albarda—. Sirve para acarrear piedra. También se llama «cajonera».

Pegarra, adj.—Pegajoso, que se adhiere fácilmente a otros sin previa invitación. *Com.*

Pelanduz, m.—Orozuz, regaliz o palo dulce. *Cer. de Río Alhama.*

Pelindrajo, m.—Andrajo, pingo.

Pelón, m.—Hilo que se quita a la veta para poder hacer el filete. *Cer. de R. A.*

Pelufre, m.—Vilano. En *Sot.*: «pelús» = los muchachos le soplan cantando: ¡Pelús, pelús!, sube al cielo y bájame una uva.

Penca, f.—Nariz grande, abultada. *Com.*

Perdigallo, m.—Tirabeque. *Cer. de R. A.* Llámase además: «tiracantos, tiragomas».

Pernadas, f.—Montones que se levantan en las viñas para ahuecar y orear la tierra. *Azofra.*

Perneado, adj.—Se aplica en la frase: cavar perneado, es decir, haciendo pernadas.

Pesar, intr.—Quemar, abrasar la comida. *Munilla.*

Petín, m.—Eczema en la cara.

Peto, m.—Armazón central de la alpargata. *Cer. de Río Alhama.*

Pezonera, f.—Unión del extremo con cierta parte medida de la trenza en cuyo interior va la parte principal o núcleo de la alpargata. *Cer. de R. A.*

Pezuelos, m.—Hilo usado para atar la pezonera. *Cervera de R. A.*

Pía, f.—Piedra que se coloca delante las ruedas de los carruajes para que no resbalen.

Piar, intr.—Colocar pías.

Picatroncos, m.—Pájaro carpintero.

Pida, f.—Fuga, huída, en la jerga escolar quedarse sin clase; pira.

Picoleto-a, adj.—Persona que habla sin tón ni són. *Cih.*

Pichirri.—Interj. de cariño que se dice a los niños. *Com.*

Pichote, m.—Pitorro, pitón en la 2.ª acep. del *DRA. Prad.*

Pidelón, adj.—Pedigüeño. *Bañ. de R. T.*

Pimienta, f.—En la frase: marcharse de pimienta = fugarse.

Pimiento, m.—Recibe diversos nombres referentes a la forma externa se presenta = pimiento del «piquillo», termina en punta aguda; «cuatro- morros», por presentar en la punto cuatro protuberancias; «cuerno-cabra», largo y retorcido; «bola», casi esférico. *Rioja Baja, Ribera.*

Pinche, m.—Espina. *Com.*

Pincho, adj.—Persona acicalada y compuesta. U. t. c. s. *Común.*

Pipi, m.—Piojo. *Com.*

Pirar, r.—Irse de pira. *Com.*

Pispirita, adj.—U. t. c. s. Mujer desenvuelta; otra forma: «zurita». *Cih.*

Plantado, m.—Viña joven que aún no ha sido injertada. *Com.*

Pochas, f.—Caparrones ya en sazón pero que se comen antes de secarse. U t. c. adjetivo. *Com.*

Pocholo, adj.—Hermoso, guapo; dícese de los niños. *Pradejón.*

Ponchada, f.—Simplicidad, candidez. *Bañ. de R. T.*

Poncho, adj.—Simple, sin malicia, sin gracia.

Pontigo, m.—Véase antes espontigo; puntido que cita *DRA*; también significa puentecillo sobre una acequia.

Ponza, f.—Charca, poza.

Poses, m.—Poso, hez. *Com.*

Pofroso, adj.—Sucio.

Poyo, m.—1.ª acep., semillero para hortalizas; 2.ª acep., mojón.

Pretedera, f.—Pretina. *Bad.*

Prime, m.—Clase de juego de la pelota. Unidad de tantos en el mismo. También: «primi». *Com.*

Pulgares, m.—Ramitas pequeñas que se dejan al podar la vid.

Pulgaretas, f.—Castañuelas. *Cer. de R. A.*

Q

Quintana, f.—Cuadros de tierra destinada para sembrar hortalizas. *Prad.*

Quilitos.—Usase en la frase: a quilitos, es decir, hacer que salga poco la pelota; jugar a pequeñas, hacer efectos.

Quintana, f.—Otra acep. de esta palabra es: cauce de agua dentro de una heredad, de donde riegan las eras o canales pequeños entre dos canteros. *Calahorra.*

R

Rabadilla, f.—Páncreas. Otra forma: «ratilla».

Rabona, f.—Carreta sencilla para transportar la madera del bosque. *El Rasillo.*

Raiguero, m.—Herramienta de labor con corte de azadón por un extremo y corte de hacha por el otro. *Villaverde de Rioja.*

Rampla, f.—Raspa en *DRA,* acep. 8.ª. *Com.*

Rebaje, m.—Pulgar que se deja en la parte inferior de una cepa vieja para que la sustituya. *Com.*

Rebistraca, f.—Obstáculo que se ata al rabo de los perros y gatos para enfurecerlos. *Com.*

Rebús, m.—Los desperdicios, lo peor.

Recondé.— Interj. de enfado. Quizá apócope de recondenado. *Com.* Igual significado: «reporretero».

Regalía, f.—Esperanza, ilusión puesta en un objeto que se ama. *Huér.*

Regatear, tr.—Hacer ranuras en las vigas para que agarre mejor la bóveda. *Bañ. de R. T.*

Regruelo, m.—Uva blanca y temprana. *Bezares.*

Renacuajo, m.—Esta palabra tiene diversas y variadas formas = «regoleta», en *Cer. de R. A.*; «cuchareta», *Com. DRA.* de Ar.; «cucharón», en *Sot. Vill. Q., S. Vic., Lo-*

groño; «cucharatón», en *Bañ. de R. T.*; «chocolatera», en *Pradejón*.

Renque, m.—O también: «rencle», «rincle» (f.) = ringlera, tratándose de los surcos de las fincas. Frases: andar el renque o andar el hilo significa arrancar la hierba, sobre todo en las viñas, que no ha podido extirparse con el arado. *Com.*

Repanocha, f.—Llegar una cosa al colmo. *Prad.*

Replicar, tr.—Recoger leña menuda. *Lumbreras.*

Repoza, f.—Pozos pequeños construídos por los niños para jugar. *Cer. de R. A.*

Repozar, intr.—Construir repozas. *Cer. de R. A.*

Reseco, m. Sed ardorosa. *Com.*

Restillar, tr.—Esfiluchar la veta con el restillo. *Cervera de R. A.*

Restillo, m.—Aparato que lleva un peine de púas para esfiluchar las vetas. *Cer. de R. A.*

Retacar, tr.—Llenar por presión un recipiente sobre lo que permite su capacidad. *Com.*

Reviñejo, adj.—Raquítico, desmedrado. Fruta reviñeja = madurada forzosamente en casa.

Reviscolada, f.—Vuelta repentina. *Bad.*

Rindrajo, m.—Arrendajo.

Ringar.—DRA de Albac., And. y Pal. *Com.*

Risión, f.—Risa estentórea y prolongada. *Com.*

Robla, f.—Fiesta, merienda que se celebra como final de la trilla. Frase: echar la robla. *Com.*

Rodal, m.—Llanta. *Azofra.*

Rodión, m.—Círculo de piedras y ramaje que construyen los pastores en la sierra para guardar el ganado durante la noche. *El Rasillo.*

Rollo, m.—*DRA* de Albc. y Murc. Rosco redondo con un agujero en el centro. Se bendice en la Candelaria. *Cervera de R. A.*

Rompa, f.—Acción de romper o roturar el campo, rastrojos, etc.... Epoca del año en la cual se verifica la rompa.

Rosilla, f.—Amapola.

Rozo, m.—Pieza lleca. En otras partes se denomina «herraña». *Prad.*

Rule, m.—Traza, aspecto, tipo. Tómase más frecuentemente en sentido peyorativo. *Bañ. de R. T.*

Rusco, m.—Piedra gruesa. *Cer. de R. A.* En *Prad.* a las piedras más pequeñas = «pedrija».

Ruta, adj.—U. t. c. s. Mezquino, avaro, tacaño. De idéntica significación son las formas «rutina» y «rutines». *Villamedina.*

S

Sagaz, adj.—Que muestra avidez y ansiedad al comer. *Com.*

Sagacidad, f.—Avidez y ansiedad por comer.

Saltaviñas, m.—Saltamontes. *Bad.*

Sangrecilla, f.—Sangre coagulada de los animales que se expende a parte en las carnicerías. *Com.*

Sapo, m.—Esta palabra, en el significado de la 1.ª acepción del *DRA*, presenta las siguientes denominaciones: «sapo-cerval», en *Haro*; «sapo-reventón», en *Bañ. de R. T.*; «sapo-sarval», en *Sto. Domingo, Vill. Q., Cast.*; «sapo-zarval», en *S. Vic.*; «zarrapo», en *Huér.*

Sarmental, m.—Sarmentera. *Com.* en Rioja Alta.

Sencio, adj.—Aplicable para calificar cosas nunca oídas.

Sereno, m.—Lugar que existe en las casas de campo para verter el estiércol.

Seruga, f.—Vaina del garbanzo. Otras formas: «zoruga», en *Huér.*; «ciruga,» en *Bañ. de R. T.*

Sierra, f.—Lugar de la parva donde cae el grano ya limpio.

Sinar, intr.—Sonarse las narices. *Cast.*

Sismués, adv.—Úsase en la frase: no queda ni sismués, es decir, no queda absolutamente nada. Otra forma: no queda ni «zarapita». *Com.*

Sobaquillo, m.—En el juego de la pelota: manera de

lanzarla apretando el antebrazo al sobaco. Frase: darle al sobaquillo. *Rioja Baja.*

Soleador, m.—Solana. *Sot.*

Somero, m.—El piso superior o último de la casa, inmediato al tejado, que se utiliza para: trastera, granero, etcétera. *Rioja Baja.* En la Rioja Alta más bien prevalece el vocablo «alto».

Sorda, f.—Excremento, restringido más especialmente al del cerdo. *Munilla.*

Sorriba, f.—Ribazo, repecho en las calles empinadas.

Sosear, intr.—Obrar o hablar sosamente, insubstancialmente.

Sotón, adj.—Niño amigo de reñir y pegar. *Cih.*

Suspenso, adj.—Dícese del tiempo indeciso, sereno pero amenazador a la vez con lluvia. *Sot.*

T

Tabla, f.—Usase en la frase: caparrones en tabla = cuando la vaina y la semilla están sin sazonar. *Vill. Q.*

Tacuña, f.—Cuña. *Com.*

Tacuñar, tr.—Sujetar con tacuñas un objeto.

Taco, m.—Trozo grande de pan. *Com.*

Talar, tr.—Ensuciar, manchar la ropa o vestidos. *Cervera de R. A.*

Talegada.—DRA de Al. y Nav. = Costalada. *Com.*

Talanguearse, r.—Oscilar, vacilar el cuerpo.

Talocha, f.—Llana de madera. *Azofra.*

Tamal, m.—Pajucero, o lugar donde se pone a pudrir la paja.

Támbaras, f.—Ramas que se cortan para combustible del hogar. *C. de E.*

Tambarón, m.—Piso que existe en los corrales para dejar el pienso y la paja del ganado. *Vall. de O.*

Tamponera, f.—Abertura circular hecha en la parte baja

de las puertas con distintas finalidades. *Bañ. de R. T.* Catera *DRA*, 1.ª acep.

Tángalo, m.—Vara, palo grueso de roble. *Vall. de O.*

Tángana, f.—*DRA* de And., Ar. y Zam. *Com.*

Tapabullero, m.—Juego infantil. Consiste en hacer explotar una masa hueca de barro, golpeándola contra el suelo. El agujero que por la presión del aire se produce ha de ser tapado con barro de los demás jugadores. El que ha abierto el agujero, exclama: «Tapabullero, tapa ese agujero». Otras formas: «tapabujero», «tapullero», «al calacalón»; «taputero» en *Bad.*, *Villaverde de Rioja*, *Matute*, *Anguiano*.

Tapiñar, tr.—Comer. *Com.*

Tarea, f.—Dos docenas de pares de alpargatas. *Cervera de R. A.*

Tarena, f.—Hinco, palo puntiagudo que sirve para un juego infantil del mismo nombre. *Cast.* Más común es la forma «hinque».

Tarja, f.—Navaja de corte largo. *Bañ. de R. T.*

Tarjazo, m.—Golpe dado con la tarja. Herida grande.

Tarjos, m.—Palos curvos de la salma. *Vall. de O.*

Taruguero, m.—Agujero que produce el tarugo al hincarlo.

Tarra, adj.—Tonto, necio. *Vall. de O.*

Tastar, tr.—Acometer los animales con los cuernos. Otra forma: «testar». *Com.*

Tastavín, m.—Espita, 2.ª acep. del *DRA*. *Cer. de R. A.*

Tejillo, m.—Hueco que queda entre las tejas. *Vall. de O.*

Teñazo, m.—Terraza de cocheras, cubiertos, etc., que se utilizan para colocar sarmientos, etc. *Huér.*

Tilín, m.—Rodaja extrema de la morcilla sujeta al bramante para colgarla. Tiene forma de campanilla. *Huér.*

Tinada, f.—Llenar una vez el lago, tino o lagar y vaciarlo. *Com.*

Tinanco, m.—*DRA* = tinaco.

Tinglazo, m.—Estacazo. *Vall. de O.*

Tintinulo, m.—Toque del «Angelus» al mediodía. *Prad.*

Tiña, f.—Hojas de la remolacha. *Huér.* Véase «destiñar».

Titos.—*DRA* de Bur. y Guad.

Testar, tr.—Rehenchir las cubas de vino. *S. Vic.*

Tolmo, m.—Terrón. *Prad.* Otras formas: «tormón», en *Huércanos*; «termón».

Tomo, m.—Parte superior delantera de la alpargata. *Cervera de Río Alhama.*

Torna, f.—Acción de dar vuelta a la parva.

Tornar, tr.—1.ª acep. = binar; 2.ª acep. = dar vuelta a la parva.

Toro, m.—Usase en la frase: hacer el toro, equivalente a quedarse sin escuela. *Sot.*

Torrollo, m.—Es una variante bastante usada del vocablo «terrollo», que el *DRA* trae como de Rioja.

Torruzo, m.—El estiércol que se ha transformado ya en tierra o polvo menudo.

Tozo, m.—1.ª acep. = pequeña eminencia en el campo; 2.ª acep. = cualidad de viejo. *Cer. de R. A.*

Testaraña, f.—Pan delgadísimo, en el que casi todo es corteza. *Cor.*

Trapear.—*DRA* de Sant. en la acep. de nevar.

Trompear, tr.—Golpear la puerta, dar trompazos. *Murilla. DRA* de Amer.

Trompis, m.—Usase en la frase: coger, tomar el trompis, es decir, tomar las de Villadiego, marcharse. *Muy Com.*

Tronío, m.—La parte explosiva de los cohetes. *Cervera de R. A.*

Troqueas, f.—Danzas pausadas que se celebran en las fiestas de algunos lugares: *Cast.*, *Anguiano.*

Trujalar, tr.—Prensar la uva. *Com.*

Truqueaos, m.—Los danzantes de las troqueas.

Tufera, f.—1.ª acep. = agujero abierto en el techo de la bodega para dar salida al tufo; 2.ª acep. = el ventilador que provoca el escape del tufo.

Turrar, intr.—Doler en general, pero más específicamente = escocer. *Com.*

Torda, f.—Pozo de cemento para disolver el sulfato que se echa a las viñas. *Fuenmayor.*

U

Uste, m.—Especie de horca, de madera, con dos púas. Sirve para dar vuelta a la parva.

Urrio.—Interj. para desaprobar y despachar, equivalente a ¡largo de aquí!

Uta, f.—En *DRA* = «chito». Palo cilíndrico de madera, labrado y adornado, de un decímetro de altura que, colocado tieso en el suelo, sirve para el juego de la uta. Para este juego se colocan monedas encima de la uta, que habrán de tirar los jugadores, por medio de chaplones, y según reglas fijas. Se llama «cocochas» cuando el jugador tira el dinero sin tirar la uta; «ute», cuando el chaplón hace contacto con la uta; «enseva», cuando se juntan los chaplones; «encadenamiento», cuando al tirar las monedas quedan juntas. *Com.*

V

Varanda, f.—Véase «lata»; palo largo para varear los nogales. *Cor.*

Vasero, m.—Vasar. *Prad.*

Vegeña, f.—Roble pequeño y raquítico. *Vall. de O.*

Velgueta, f.—Ramita verde, donde se aplica la liquia o liga en la caza de pájaros. *Cer. de R. A.*

Vendegar, tr.—Vengar.

Vereda, f.—*DRA* de Al. = prestación personal... Frases: ir de vereda. *Muy Com.*

Vero, adj.—Dícese del color ceniciento, aplicándolo especialmente a los pollo. *Huér.*

Vertrechar, tr.—Colocar vertrecho. *Vall. de O.*

Vertrecho, m.—Biércol con tierra que se pone encima de las tapias para protegerlas del agua. *DRA* = barda en 2.ª acepción. *Vall. de O.*

Veta, f.—Hilos con los que se cosen las alpargatas. *Cervera de R. A.*

Víncula, f.—Balancín para trillar. *Com.* Otras formas = «bríncola», «bríncula».

Virotes, m.—Pámpanos que brotan debajo de los pulgares, y que se arrancan al espergurar. *Com.*

Vivales, adj.—U. t. c. s. Persona avispada y despierta para los negocios y la vida. *Com.*

Vizcuerna, f.—Cruz de la salma donde se amarran las sogas. *Vall. de O.*

Vulcada, f.—Agarrada en las riñas para echar a tierra al contrario.

Y

Yasa, f.—Salida de madre de un río, desbordamiento; 2.ª acep.: barranco pequeño. *Com.*

Yasar, intr.—Salirse de madre un río, desbordarse. *Com.* Véase «ayasar».

Yuncir, tr.—Uncir. *Sot.*

Z

Zaborra.—DRA de Nav. En concreto se emplea para designar las pajas que quedan después de escomar el centeno, y para designar las pajas, pelusa que forman la cama de lo nidos. *Com.*

Zaborro, adj.—Rudo, arisco.

Zamarrearse, r.—Trabajar con afán y sin descanso en las labores compesinas.

Zambostada, f.—Caída, costalada. Otras formas = «zamostada»; «tamborrada», en *Prad.*; «trompalada», en *Cih.*

Zapucar, tr.—Zapuzar, chapuzar. *Prad.*

Zarzos, m.—Pesebrera de las ovejas, construída con palos a modo de escalera, y sujetados a la pared. *C. de E.*

Zarra, f.—Palo, acabado en punta, de un metro y medio a dos de altura. Se colocan en el carro en número de cuatro a seis y sirven para acarrear mayor cantidad de haces. *Huér.* Se llaman también: «picote» y «pugón» en *Prad.*

Zarrión, adj.—Zarrapastroso, zarrioso, zarriento. *Prad.*

Zarragones, m.—Los que se disfrazan con vestidos y máscaras en las fiestas populares, especialmente en Carnaval. *C. de E.* Otras formas usadas son: «zurrumeros», en *Soto de Cameros*; «zurramacos», en *Prad.*

Zarramancoso, adj.—Que zarramanquea. *Cer. de R. A.*

Zarramanquear.—Cojear, renquear. *Cer. de R. A.*

Zarrapostrazo, m.—Golpe dado con el zarrapostro. *Comarca de Enciso.*

Zarrapostro, m.—Látigo que lleva atada una alpargata con el que pegan los zarragones. *C. de E.*

Zarrapotazo, m.—Caída en la que pegan los labios contra el suelo.

Zascoba, f.—Ataharre. *Vall. de O.* Más frecuentes son las denominaciones, a que ya hemos aludido, «tarre», «tarria». Con esta palabra hay un refrán que dice: año nuevo, tarria nueva.

Zorongo, m.—Vestido mal puesto, o mal hecho. *Valle de Ocón.*

Zorragón, m.—Barriguera; dícese solamente de la usada para carros de yugo. *Vill. O., Cast.* Otra forma: «zarragón».

Zurba, f.—Poma, 2.ª acep. del *DRA. Cih.*

Zurracapote, m.—Bebida muy característica de esta región. Se hace en las fiestas patronales de los pueblos principalmente. Consiste en una mezcla que tiene por base el vino con adiciones de agua azucarada y hervida, canela y limón.

Zurrapatrear, intr.—Véase «pastrijiar», con la siguiente modalidad: pastrijiar dícese hablando de los niños y zurrapastrear hablando de las personas mayores.

José Magaña

Dos nombres más de la "Mantis religiosa" en Galicia

Como complemento del trabajo publicado en el número precedente de esta Revista con el título *Nombres y formulillas infantiles de la «Mantis religiosa» en Galicia*, damos las dos papeletas que siguen, relativas a otros tantos nombres de la «Mantis religiosa», que hemos recogido después de impresas aquellas notas:

CARRICANTA.—*La Coruña*: Ares (Villa).

«Carricanta,
a manciña levanta
e bendice a Deus,
a min e aos meus.»

Informe del distinguido escritor D. Juan Vidal Martínez.

La denominación de «carricanta» tenemos entendido que en otras partes (Vivero, Ribadeo) se aplica a la chicharra. La formulilla es una de las escasas en que la «mantis» aparece con significación religiosa. El tercer verso recuerda el nombre portugués del insecto «Louva-a-Deus». La palabra «Deus», sin castellanizar todavía, señala mucha antigüedad para el recitado infantil.

GALGATESA.—*Orense*: Carballiño (villa y alrededores).

«Galgatesa, pon a mesa.»

Información del ilustre investigador D. Manuel Chamorro Lamas.

El adjetivo «tesa» que aparece en otras denominaciones, va precedido ahora del sustantivo femenino «galga», de aplicacion extensiva a todo ser delgado, poco abundante de carnes.

Una formulilla en todo semejante a alguna gallega aparece recogida por Rodríguez Marín («Cantos pop. españoles», I, p. 60), con aplicación bien diferente:

«Teresa,
pon la mesa,
que viene tu padre
y te corta la cabeza.»

La casi identidad con los recitados orensanos de Carballiño, Chaos de Amoeiro y Castrelo de Miño, con el pontevedrés de Loureiro y el lucense de Sotordey, es evidente.

Pues bien, Rodríguez Marín explica la aplicación de esta fórmula diciendo: «Cogen los muchachos una espiga de la gramínea llamada «espiguilla» en Andalucía, y partiéndola por la mitad, colocan una parte sobre la otra, de modo que parece que no está partida. Hecho esto, sostienen la espiga por el cabo entre dos dedos y recitan los versillos, dando un golpe en la mano al llegar al último y haciendo saltar la parte superpuesta» (Id., p. 130, nota 76).

Es posible que ante la escasez del insecto en Andalucía se halle representada la «mantis» por la «espiguilla».

FERMÍN BOUZA BREY

"El testamento del gato"

Como complemento al *Testamento en la Tradición*, publicado en esta Revista, tomo III, cuad. 3.° y 4.°, pág. 551, en el que citaba como única variante de «El testamento del gato», una versión americana de Catamarca, estando este romancillo tan difundido en Galicia y otras regiones de España, incluyo aquí la siguiente versión recogida por J. Luis L. Lorenzo en Pentes, La Gudiña (Orense):

Estaba o señor don gato
sentadiño n un tellado
veu a pulga e déulle un couce
tiróuno pra o outro lado,
partiulle costela e media
e mitá do espinazo.
Médicos e ciruxanos
pra curar o señor gato,
pra facer o testamento
de lo que había robado:
Cinco varas de touciño
i-outras tantas de pescado,
i-outras poucas talladiñas
qu-inda non-as leva un carro.
Non me enterren na igrexa
ni tampouco no sagrado;
enterrenme n-un campiño
onde vai pacer o gando;
deixenme a cabeza fora
i-o rabo riquirichado
pra quen pase por eiqui diga:

Eiqui queda o señor gato,
non morreu de mal de fiebre
nin tampouco de costado;
morreu de mal de amores
que e un mal mui renegado.

Este final «non me enterren na igrexa», etc., es común al romance de «El pastor desesperado».

P. G. DE D.

ARCHIVO

Nombres del badajo

La Coruña: Oza, *badello*. Lugo: Castroverde, *badal*; Panton, *badales*. Orense: Freas, *badallo*. Pontevedra: Prado, *martelo*; Vigo, *badallo*. Asturias: Faramundi, *badallo*; Gijón, *mayuelo*; Covadonga, *mayuelu*; Cadavedo, *badaillo*; Barzana, *badacho*. León: Babia, *badaxio*; Bierzo, *badallo*; Ponferrada, *badayo*; Riello, *badacho*. Zamora: Gema, *diente*; Olmillos, *espiga*. Salamanca: Cantalpino, *retímpano*; Sando, *changarrillo*; Moriscos, *diente*. Santander: Anievas, *majuelu*; Iguña, *majuelu*; Buelna, *majuelu*; Pas, *majuelo*. Vizcaya: Bilbao, *badajo*. Alava: Oteo, *mingaña*. Guipúzcoa: Eibar, *miña*. Navarra: Leiza, *lengua*; Valcarlos, *battant*. Lérida: Juneda, *batall*; Bosost, *mantetseiš*. Zaragoza: Illueca, *mazo*. Huesca: Alcampel, *batallo*. Teruel: Villél, *cimbalillo*; Alcorisa, *picotillo*. Albacete: Ayna, *mazo*; Letur, *tirador*. Murcia: Alguazas, *maza*; Espinardo, *cascajo*; Pliego, *martillo*. Logroño: Enciso, *castigadera*; Ocón, *golpeador*. Soria: Almarail, *pera*; Amaluez, *lengüeta*. Guadalajara: Budia, *hierro*; Villena, *colgante*. Cuenca: Almendros, *pereta*; Rozalén, *pedrusco*; Mazarulleque, *cascabel*; Tribaldos, *macillo*. Valencia: Bétera, *badall*. Alicante: Agost, *badall*; Alcoy, *batall*. Castellón: Morella, *badall*. Barcelona: Manresa, *batall*. Tarragona: Cabra, *batall*. Gerona: Centellas, *batall*. Mallorca: Mu-

ro, *llengua*; Palma, *baday*. Valladolid: *badajo*; Pozaldez, *badajuelo*. Palencia: Barruelo, *esquilón*. Burgos: Balbases, *piquete*. Segovia: Cantalejo, *péndulo*; Pedraza, *escrupulillo*. Avila: Velayos, *torniquete*. Madrid, *badajo*. Toledo: San Pablo, *espiga*. Ciudad Real: Alamillo, *repiquete*; San Lorenzo, *pepita*. Cáceres: Jerte, *lengua*; Serradilla, *colgante*. Badajoz: Valverde de Llerena, *lengüeta*. Córdoba: Hornachuelos, *lengüeta*; Villa del Río, *colgante*. Jaén: Linares, *lengüeta*; Frailes, *lengüeta*. Granada: Montefrío, *lengüeta*. Almería: Lubriu, *cigüeña*. Málaga: Canillas, *macete*. Sevilla, *badajo*; Gerena, *esquilo*. Cádiz: Castellar, *aldabón*. Huelva: Almonte, *caloto*.

INDICE ALFABETICO

Aldabón, Cádiz (Castellar); *badacho*, Asturias (Barzana), León (Riello); *badallo*, Asturias (Cadavedo); *badajo*, Vizcaya (Bilbao), Valladolid, Madrid, Sevilla; *badajuelo*, Valladolid (Pozaldez); *badal*, Lugo (Castroverde); *badales*, Lugo (Panton); *badall*, Valencia (Bétera), Alicante (Agost), Castellón (Morella); *badallo*, Pontevedra (Vigo), Orense (Freas), Asturias (Taramundi), León (Bierzo); *badaxio*, León (Babia); *baday*, Mallorca (Palma); *badayo*, León (Ponferrada); *badello*, La Coruña (Oza); *batatll*, Lérida (Juneda), Alicante (Alcoy), Barcelona (Manresa), Tarragona (Cabra), Gerona (Centellas); *batallo*, Huesca (Alcampel); *battant*, Navarra (Valcarlos); *caloso*, Huelva (Almonte); *cascabel*, Cuenca (Mazarulleque); *cascajo*, Murcia (Espinardo); *castigadera*, Logroño (Enciso); *cigüeña*, Almería (Lubriu); *cimbalillo*, Teruel (Villel); *colgante*, Guadalajara (Villena), Cáceres (Serradilla), Córdoba (Villa del Río); *changarrillo*, Salamanca (Sando); *diente*, Zamora (Gema), Salamanca (Moriscos); *escrupulillo*, Segovia (Pedraza); *espiga*, Zamora (Olmillos), Toledo (San Pablo); *esquilo*, Sevilla (Gerena); *esquilón*, Palencia (Barruelo); *golpeador*,

Logroño (Ocón); *hierro*, Guadalajara (Budia); *lengua*, Navarra (Leiza), Cáceres (Jerte); *lengüeta*, Soria (Amaluez), Badajoz (Valverde), Córdoba (Hornachuelos), Jaén (Linares, Frailes), Granada (Montefrío); *llengua*, Mallorca (Muro); *macete*, Málaga (Canillas); *macillo*, Cuenca (Tribaldos); *majuelo*, Santander (Pas, Santoña); *majuelu*, Santander (Anievas, Iguña, Reocín, Buelna); *martelo*, Pontevedra (Prado); *martillo*, Murcia (Pliego); *martetš*, Lérida (Bosost); *majuelu*, Asturias (Gijón, Covadonga); *maza*, Murcia (Alguazas); *mazo*, Zaragoza (Illueca), Albacete (Ayua); *mingaña*, Alava (Oteo); *miña*, Guipúzcoa (Eibar); *pedrusco*, Cuenca (Rozalén); *péndulo*, Segovia (Cantalejo); *pepita*, Ciudad Real (San Lorenzo); *pera*, Soria (Almarail); *pereta*, Cuenca (Almendros); *picotillo*, Teruel (Alcorisa); *piquete*, Burgos (Balbases); *repiquete*, Ciudad Real (Alamillo); *retímpano*, Salamanca (Cantalpino), *tirador*, Albacete (Letur); *torniquete*, Avila (Velayos).

EXPLICACION DE LAS FORMAS

De «battaculum» (battuere) y «bataculum» derivan *badajo*, *badall*, *batall*, etc.

Las distintas variedades de la palabra castellana *badajo*, cuya etimología según el Diccionario de la Real Academia es: b. latín «batallĭum» y éste a su vez del latín «battuĕre» = golpear, sacudir, tienen como explicación las evoluciones fonéticas de que son objeto en los diversos puntos de España donde se encuentran.

Caloso.—Parece responder esta denominación al metal de que pueda formarse, e igual explicación tendrá la variedad de *hierro*.

Cascabel.—De «cacabellum»; *Cimbalillo*: d. d. «címbalo» < «cymbălum»; *Esquilo*: del gótico «shilla»; *Esquilón* y *Changarrillo*, se explican por haber tomado la deno-

minación de la campana toda, para una parte de ella como es el badajo.

Cascajo.—De «cascar» y éste de una forma vulgar «quassicāre» der. de «quassus», p. p. de «quatĕre» = sacudir, golpear, y *golpeador*, adj. = que golpea, tienen una explicación por el oficio del badajo, que es golpear para producir sonido.

Castigadera.—Der. de «castigar» y éste del latín «castigāre», es la correa o cuerda con que se ata el badajo del cencerro; *cigüeña*, que es el hierro sujeto a la cabeza de la campana, donde se asegura la cuerda para tocarla; *tirador*, el instrumento con que se tira; y *torniquete*, que es la palanca que sirve para comunicar el movimiento del tirador de la campanilla; se explican por aplicar otros elementos de la campana al badajo.

Colgante y *péndulo*.—En cuanto que es una pieza suspendida oscilante.

Diente, *espiga*, *pedrusco*, *pepita*, *pera* y *pereta*.—Por el parecido de forma que puede tener con las frutas u objetos antedichos.

Escrupulillo.—Es el grano de metal u otra materia que se pone dentro del cascabel para que suene, y por analogía puesto que es lo que hace sonar a la campana, se designa del mismo modo el badajo.

Lengua, *lengüeta*, *llengua*, *mingaña* y *miña*.—Se explican porque también el badajo es el órgano que hace hablar a la campana.

Majuelo, *martelo*, *martillo*, *mazo* y *maza*.—Porque también el badajo es un instrumento de percusión.

Piquete.—Se designa la acción por el instrumento que la ejecuta, y la misma explicación tiene la palabra *repiquete*.

María Francisca Martínez Morillas

Nombres de la tarabilla

La Coruña: Cadrón, *taravelo*; Santa Comba, *travelo*. Lugo: Gurtín, *tangedoiro*; Sober, *tangedoiro*. Orense: Baños de Molgas, *taravela*. Lugo, *tarabelo*. Orense: Lobera, *taramela*. Lugo: Parga, *trabelo*. Pontevedra: La Cañiza, *tramela*. Oviedo: Sames, *isturnejucu*; Barzana, *tarabella*; Covadonga, *tarabica*. León: Boñar, *estorneja*; Lillo, *esturneja*; Cisterna, *esturnejilla*; Lillo, *isturneja*; Asorga, *taraviella*; Prioro, *taruta*; Benuza, *trabiella*. Palencia: Cervatos, *trástula*. Valladolid: Matapozuelos, *gato*; Pesquera, *tarabilla*; Sieteiglesias, *tranca*. Salamanca: Alba de Tormes, *taravilla*; Cespedosa de Tormes, *terabilla*. Zamora: Puebla de Sanabria, *tarabella*; Galende, *taravelo*. Cáceres: Moraleja, *matraquilla*. Badajoz: Esparragosa de la Serena, *ciqui-traque*; Mérida, *estornija*; Mérida, *tornija*. Santander: Alceda, *cítala*; Pas, *esturneja*; Pas, *isturneja*; Pas, *taruja*; Pas, *taruta*. Burgos: Sasamón, *bramadera*; Mansilla, *cítola*; Briviesca, *taravilla*; Fuentemolinos, *tocador*; Hontangas, *tris-tras*. Logroño: Villoslada, *cítola*; Arnedo, *saltador*. Soria: Gómara, *tarabilla*. Segovia: Pedraza, *tarabilla*. Avila: Piedrahita, *tarabilla*. Madrid: Lozoyuela, *tarabilla*. Guadalajara: Congostrina, *tarabilla*; Hiendelaencina, *tarambana*. Cuenca: Cuenca, *tarabilla*; Cardenete, *tronera*. Ciudad Real: Arenas de San Juan, *tablilla*. Toledo: Toledo, *tarabilla*. Córdoba: Posadas, *monicha*. Jaén: Linares, *tarabilla*; Chiclana, *taraja*. Almería: Fiñana, *tarabita*. Granada: Piñar, *monicha*. Málaga: Alora, *parlera*;

Ardales, *tarabita*. Sevilla: Cantillana, *tarabica*. Cádiz: Villamartín, *tarabilla*. Huelva: Alosno, *taravilla*. Bilbao: Durango, *cítala*. San Sebastián: Zumárraga, *tarabilla*. Vitoria: Orduña, *maratilla*; Zuya, *marcilla*; Zuya, *moretilla*; Villarreal, *parlera*; Salvatierra, *tarambana*. Pamplona: Huarte, *tuca*. Huesca: Castelflorite, *taranta*. Zaragoza: Calatayud, *aldabilla*; Calatayud, *yandabilla*. Teruel: Aguaviva, *barbula*; Calanda, *caballete*; Mirambel, *engranador*; Más de las Matas, *tarabilla*; Tronchón, *tarambana*. Gerona: Amer, *aucell*; Olot, *fusta de molí*. Barcelona: Molins del Rey, *fusta de molí*. Tarragona: Cherta, *fusta de molí*; Falset, *rascall*. Lérida: Valle de Arán, *bauda*; Valle de Arán, *baudeta*. Palma de Mallorca: Bordils, *fusta de molí*. Castellón: Morella, *caballet*; Forcall; *rasquet*. Valencia: Cheste, *brincaora*. Alicante: Alcoy, *martinet*. Albacete: Molinicos, *trotera*. Murcia: Lumbreras, *tarabica*; Ricote, *tarabilla*. Santa Cruz de Tenerife: Paso, *taramela*.

LISTA ALFABETICA DE FORMAS

Aldabilla, Calatayud (Zaragoza); *aucell*, Amer (Gerona); *barbula*, Aguaviva (Teruel); *banda*, Valle de Arán (Gerona); *bandeta*, Valle de Arán (Gerona); *bramadera*, Sasamón (Burgos); *brincaora*, Cheste (Valencia); *caballet*, Morella (Castellón); *caballete*, Calanda (Teruel); *cítala*, Alceda (Santander) y Durango (Vizcaya); *cítola*, Villoslada (Logroño) y Mansilla (Burgos); *ciquitraque*, Esparragosa de la Serena (Badajoz); *engranador*, Mirambel (Teruel); *estorneja*, Boñar (León); *estornija*, Mérida (Badajoz); *esturneja*, Pas (Santander) y Lillo (León); *esturnejilla*, Cistierna (León); *fusta de molí*, Bordils (Palma de Mallorca), Cherta (Tarragona), Molins del Rey (Barcelona) y Olot (Gerona); *gato*, Matapozuelos (Valladolid); *isturneja*, Pas (Santander), Lillo (León); *isturnejucu*, Sames (Oviedo); *maratilla*, Orduña (Alava); *mare-*

tilla, Zuya (Alava); *marinet*, Alcoy (Alicante); *matraquilla*, Moraleja (Cáceres); *monicha*, Posadas (Córdoba), Piñar (Granada); *moretilla*, (Zuya (Alava); *parlera*, Villarreal (Alava), Alora (Málaga); *rascall*, Falset (Tarragona); *rasquet*, Forcall (Castellón); *saltador*, Arnedo (Logroño); *tuca*, Huarte (Pamplona); *tablilla*, Arenas de San Juan (Ciudad Real); *tangedoiro*, Guntin (Lugo), Sober (Lugo). *tarabella*, Barzana (Oviedo); *tarabelo*, *taravelo*, Lugo, Cadrón (La Coruña), Galende (Zamora); *tarabica*, Lumbreras (Murcia), Covadonga (Asturias); *tarabiella*, Puebla de Sanabria (Zamora); *tarabilla*, Pesquera (Valladolid), Ricote (Murcia), Mas de las Matas (Teruel), Linares (Jaén), Piedrahita (Avila), Gómara (Soria), Pedraza (Segovia), Lozoyuela (Madrid), Congostrina (Guadalajara), Toledo, Cuenca, Zumárraga (Guipúzcoa), Villamartín (Cádiz); *tarabita*, Cantillana (Sevilla), Ardales (Málaga), Fiñana (Almería); *taraja*, Chiclana (Jaén); *tarambaina*, Tronchón (Teruel); *tarambana*, Hiendelaencina (Guadalajara), Salvatierra (Alava); *taramela*, Lobera (Orense), Paso (Santa Cruz de Tenerife); *taranta*, Castelflorite (Huesca); *taravela*, Baños de Molgas (Orense); *taravella*, Astorga (León); *taravilla*, Alosno (Huelva), Briviesca (Burgos), Alba de Tormes (Salamanca); *taruja*, Pas (Santander); *taruta*, Prioro (León), Pas (Santander); *terabilla*, Cespedosa de Tormes (Salamanca); *tocador*, Fuentemolinos (Burgos); *tornija*, Mérida (Badajoz); *trabelo*, Parga (Lugo); *trabiella*, Benuza (León); *tramela*, La Cañiza (Pontevedra); *tranca*, Sieteiglesias (Valladolid); *trástula*, Cervatos (Palencia); *travelo*, Santa Comba (La Coruña); *tris-tras*, Hontangas (Burgos); *tronera*, Cardenete (Cuenca); *trotera*, Molinicos (Albacete); *yandabilla*, Calatayud (Zaragoza).

Tarabilla de molino.—Tallo de madera que se apoya sobre la piedra del molino, y al dar ésta vueltas, como la superficie no es lisa, comunica a dicha maderita una trepidación que ésta transmite a la canaleja por donde desciende el trigo ha-

cia la muela. La tarabilla lleva atado un cordel que sirve, según esté más o menos arrollado, para graduar la caída del trigo, la cantidad que debe bajar a la muela.

La mayor parte de las formas encontradas en las distintas regiones de España con la significación de «tarabilla de molino» tienen su origen en la palabra hipotética latina *trabĕlla*, derivada de trabs (viga), evolucionando después según las leyes fonéticas características de cada dialecto o añadiendo en muchos casos sufijos: *tarabilla, tarabica, taravelo, trabela, tarabiella*, etc. Pero otras muchas veces se ha dado nombre a esta pieza, por alguna de sus cualidades, tomando el todo por la parte, por su semejanza con otro objeto, etcétera: Así: *brincaora, saltador, tocador, tangedoiro, trotera, caballet, caballete* son nombres adjudicados por su constante movimiento; *rascall* y *rasquet* por su rozamiento continuo con la piedra; *matraquilla, parlera* y *tronera* por el ruido monótono y pesado que produce dicho rozamiento; *aucell* quizá por ser una semejanza, muy lejana desde luego, con un pequeño pájaro, bien en la forma o tal vez por el movimiento semejante a los saltos de algunos pájaros.

Otras formas son onomatopéyicas, como *ciquitraque* y *trís-tras*, imitando el sonido producido por la tarabilla.

Esta palabra es de ortografía dudosa; en algunas regiones escriben tarabilla y en otras taravilla; sin embargo, la pronunciación es siempre bilabial excepto en parte del catalán.

María Victoria Milián

Cánticos religiosos

CANTICOS DE NOCHEBUENA

En las noches de Adviento, cercanas a la Nochebuena, solían cantar este romance por las calles todos los fieles a la salida de la iglesia; uno de ellos llevaba la voz cantante, y los demás coreaban el estribillo.

1. Para Belén camina
la Virgen María,
San José, su Esposo,
va en su compañía;
es su Amante firme
y no la ha de dejar.
Coro.—Antes de las doce
a Belén llegar (1).

2 Caminaban ambos
en conversación,
caminando y dando
gracias al Señor;
por el gran favor
que les quiso dar...

3. Iban caminando
y luego encontraron
unos pasajeros,
y les preguntaron
si para Belén
había dónde errar...

4. Si quieren, iremos
en su compañía;
está la noche oscura
y perderán la guía.
San José responde:
—Estimo el favor...
Vamos caminando
sin ningún temor,
pues la luz del cielo
nos ha de alumbrar...

5. Por dónde camina,
quisiera saber,
un hombre, de noche,
con una mujer.
O la lleva hurtada
o yo juzgo mal...

6. San José responde:
—No la llevo hurtada,
que de eso, señores,
no me toca nada;
a mí me la dió
Quien la pudo dar...

(1) Se repite con cada estrofa.

7 Dama más hermosa
ni más parecida,
dice el uno al otro,
no la vi en mi vida.
Que un hombre tan viejo
se fuera a emplear...

8. Responde la dama,
como era discreta:
—Dios nos ha juntado,
y yo estoy contenta.
Por otro más mozo
no le he de trocar...

9. Esposo del alma,
no lo quiera Dios,
que mis ojos vean
la falta de Vos;
porque yo sin Vos
no me puedo hallar...

10. Esposo del alma,
fuiste el escogido
por mi Eterno Padre
para mi Marido.
Yo, para tu Esposa
me quiso crear...

11. A Belén llegaron
sin ningún peligro,
pues tal compañía
llevaron consigo.
Buscaron posada,
sin poderla hallar...

12. Entre paja y heno
nacerá este Niño,
entre paja y heno
sin ningún peligro.
Como Rey inmenso
de todo poder,
no faltarán Reyes
que le irán a ver.
Todos de rodillas
le irán a adorar...

13. Con esto, señores,
se acabó el romance;
para bien dispuesto
ha habido bastante.
Espero de todos
me han de perdonar...

EL RAMO DE LA VIRGEN

La noche de Nochebuena, pocos minutos antes de empezar la misa del gallo y cuando ya está el público en la iglesia y el Ayuntamiento en sus sitiales del Altar Mayor con sus capas de hopalanda y alto cuello y su bastón de borlas el Alcalde, llegan las mozas con su ramo para la Virgen, cuajado de rosquillas, adornado con pañuelos y cintas de seda de colores, puntillas y dijes (1), y a la puerta del templo cantan:

(1) V. *Algnas fiestas de Llanse*, en RDTP, II, 646.

Salga, señor Cura, salga.
Abra las puertas del templo,
que la Virgen nos espera
con alegría y contento.

Te traemos este ramo.
¡Oh Virgen inmaculada!
recíbelo complacida,
aunque en sí no valga nada.

El ramo que aquí traemos
es prueba de un gran cariño,
que alegrará a San José
y regocijará al Niño.

Recibe, Virgen María,
esta ofrenda que traemos,
demostración de cariño,
porque mucho te queremos.

Con permiso, señor Cura,
entraremos en la iglesia,
con este ramo florido,
en este día de fiesta.

Entran las mozas en la iglesia llevando el ramo al Nacimiento mientras cantan:

Venimos a visitarte
las mocitas de Velilla;
te traemos como ofrenda
un ramo con sus rosquillas.

Recíbelo, Virgen Santa,
no rechaces nuestra ofrenda
formada de corazones,
para ti la mejor prenda.

Todas te felicitamos,
Virgen pura de Belén;
bendice a todo este pueblo
y a sus mocitas también.

Este ramo que traemos
lindo y bonito ha quedado,
haz, Señora que florezca
una vez puesto a tu lado.

Este ramo es muy sencillo,
aunque no tenga valores,
pero en él van incluídos
todos nuestros corazones.

Aquí dejamos el ramo,
recíbele, Virgen Santa,
y bendice tóo este coro
que con entusiasmo canta.

Puede comenzar la misa,
la Misa de Navidad,
porque el pueblo está esperando
lleno de felicidad.

Depositamos el ramo
ante Ti, Virgen querida,
para que nunca te olvides
de las mozas de Velilla.

A continuación se dice la Misa, acompañada de villancicos y zambombas, y el ramo quedaba allí hasta el día de las Candelas, 2 de febrero, en que se rifaba.

CANTICOS DE REYES

Antes de entrar en las casas los mozos, en busca de aguinaldos, pedían permiso cantando lo siguiente:

Si la quieren dar,
si la quieren dar,
licencia pedimos
pa poder entrar.

Pascuas de Nacimiento
venimos a dar,
los tres Reyes Magos
le iban a ver
a la recién parida
y al Niño también.

Ya parió la Virgen,
y ha sido en Belén,
y los Santos Reyes
le han venido a ver.

Al salir la dueña de la casa con los aguinaldos, cantan:

Alégrate, corazón,
que ya la vemos venir,
con el chorizo en la mano
y el torrezno en el mandil.

Y al recibir el aguinaldo cantaban como despedida:

En esta casa honrada,
limosna han dado;
la Virgen se lo pague
y su Hijo sagrado.

El resto del tiempo que la autoridad moceril emplea en felicitar a los de la casa, lo emplean los de fuera cantando las siguientes coplas en las que uno lleva la voz cantante y el coro responde, a cada verso, con un estribillo siempre igual:

De Oriente salió una estrella,
Los Reyes son.
Reluciente, clara y bella.
Etc., etc.
En el Cielo hay un castillo,
cargado de maravilla,
no le labró carpintero
ni hecho de carpintería.
Que lo labró San José,
para la Virgen María.
Los tres Reyes se juntaron,
para Belén caminaron,

en el medio del camino
con Herodes se encontraron.
Les pregunta adónde van.
Vamos a buscar un Niño
que la Virgen ha parido.
Unos dicen que es muy bello
que tiene por casa el cielo;
otros dicen que es muy lindo,
que es el Rey de los judíos.
Les va guiando una estrella,
ellos se guían por ella.

—

Cuando por aquí volváis,
la noticia me traigáis.
Ya llegaron al portal;
la estrella vieron parar,
traigan para acá ese Niño,
le queremos adorar,
y a su Madre visitar.

Los tres dones le ofrecieron:
el uno le ofreció incienso,
porque era el Rey inmenso;
el otro le ofreció el oro,
porque era el Rey de todo;
otro le ofreció la mirra,
porque era hombre y expira.
Toman por otro camino,
cogen por otra vereda,
porque Herodes busca al Niño
para quitarle la vida.

—

Ahora pedimos bagaje,
para proseguir el viaje.
También pedimos torreznos,
y huevos para envolverlos.
También pedimos dinero
para arreglar el pandero.

A la puerta del señor Cura y del señor Alcalde cantaban coplas distintas. Hélas aquí:

Aquí en esta casa
canto con fervor,
y los dueños de ella
presten atención,
que cantan los Reyes
al Hijo de Dios.

Escuchen, señores,
un caso excelente,
los tres Reyes Magos
que vienen de Oriente,
y dejan sus tierras,
sus ricos rincones;
caminan por otras
extrañas naciones,
y por ellas llegan
al santo lugar,
y llevan sus dones
para presentar.

Preguntó el Herodes
con soberbia a ellos:
—¿Qué venís buscando
por estos mis reinos?
Y ellos le responden
con puntualidad:
—Habéis de saber,
Rey muy poderoso,
venimos en busca
de ese Niño hermoso,
el Rey de los Reyes,
que está en un portal.
Confuso el Herodes,
lleno de recelo,
llama a los sayones
y forma su pueblo.
Y jura severa
venganza tomar.
Los tres dromedarios,

de estrellas guiados,
llegan a Belén.
Los tres Reyes Magos
encuentran al Niño
en un pobre establo.
Melchor, el primero,
de capa arrastrando,
carroza de acero,
que va cabalgando.
Gaspar, el segundo,
a pie con su palo,
al Dueño del mundo
le lleva un regalo.
Baltasar seguía,
de negro pellejo,
en su cara lleva
de estrella un reflejo;
un collar de perlas
le cuelga al pecho,
que da gusto verle
por lo muy bien hecho.
Y el incienso y mirra
que ofrecen al Niño,
para más grandeza
el oro más fino.
La estrella el camino
les volvió a mostrar,
contentos y alegres
de a Belén llegar.

Esta es la cuadrilla
de los mozos bellos,
que esperan chorizos,
magras y torreznos.
Y si dan pesetas
no hay que reparar,
y el Niño de Belén
se lo pagará.

Y también daban serenata especial en todas las casas cuyos dueños llevaran el nombre de alguno de los tres Reyes Magos.

Los chiquillos piden también el aguinaldo ese dia cantando de puerta en puerta:

Aguinaldo, aguinaldo,
y que Dios la dé salud
para llegar a otro año.

Y una vez recibido, cantan lo siguiente con una musiquilla monótona y triste:

A los de esta casa
Dios les dé victoria,
en la tierra gracia
y en el cielo gloria.

Y cuando no les dan aguinaldo ó éste es escaso y de mala calidad gritan desde la puerta, al tiempo de echar a correr:

Esta mujer tan roñosa,
que no nos quiso dar nada,
nadie favores la haga
porque es algo descastada.

A los de esta casa
sólo les deseo
que sarna perruna
les cubra los huesos.

También los pobres sacan en este día su buen aguinaldo recorriendo el pueblo, sin contar la ración abundantísima que los mozos apartan para ellos de lo mucho que les dieron.

Velilla de Guardo (Palencia), recogido por José de la Fuente Caminals.

Los cenojiles

Desaparecido hace tiempo el uso de ese adminículo de la indumentaria femenina, en los tiempos actuales suena raro este nombre, sobre todo en las ciudades en donde las nuevas generaciones, ni han visto el objeto designado por la palabra *cenojil*, ni siquiera han oído hablar de aquellas ligas luengas y artísticas que nuestras abuelas usaban. Recuerdo perfectamente esta prenda complementaria, de verla usar a las señoras de edad (en los pueblos de la provincia de Cuenca, sobre todo en Pedroñeras, en donde se fabricaban).

En casa se conservaron durante mucho tiempo algunos ejemplares de cenojiles, como muestra y recuerdo de aquella industria agonizante, mejor dicho, muerta, que ya no tenía razón de existir, puesto que sus productos habían sido sustituídos por otros más prácticos y en armonía con las necesidades de la época.

Estos cenojiles, mejor dicho, «senojiles», como vulgarmente se les llama, en vez de «henojiles», como es su propio nombre, de hinojos, rodillas, eran verdaderas obras del arte local, probablemente heredado de pueblos invasores, como los árabes quizá, y judíos, y aun los griegos (1), refugiados en estos rincones por donde no ha llegado el ferrocarril, aunque sí la carretera general de primer orden, de Madrid a Cartagena y a Valencia, más antigua que la vía férrea, por donde en tiempo inmemorial pasaban las diligen-

(1) Se puede demostrar este aserto satisfactoriamente.

cias, y que hace decir a Vital Aza en una de sus comedias: «Estamos en Pedroñeras, en el lugar de las ligas».

Efectivamente, Pedroñeras es «el lugar de las ligas», en el *Diccionario Madoz*, en un artículo amplio y detallado sobre Pedroñeras, que dice: «Industria: La agrícola; fabricación de *ligas*, bolsillos, atacolas y fajeros de seda, algodón y estambre por las mujeres, pasando de 380 el número de telares que hay para esta labor. Comercio: La venta de granos y corderos sobrantes, *ligas*, ajos, patatas, azafrán y habas.»

Aprovechando mi estancia en tiempo de guerra, y en vista de que no se encontraba ni un par siquiera de aquella típica industria, como afortunadamente existía todavía por los desvanes de casa algún telarillo que perteneció a mis bisabuelas y vivía aún una tía mía que había fabricado muchos pares de estas ligas, con su madre y abuelas, cuando en su juventud eran todavía usuales, pedí a Salvadora Carrión, que así se llamaba la que acababa de fallecer en el año de 1947, artista consumada en toda clase de puntos de aguja, cordones, madroños, trenzas, ribetes y similares, de memoria privilegiada para toda clase de tradiciones, que fabricase para mí y para la Historia una tirada entera de senojiles (salieron unos 13 pares) para poderlos mostrar yo a los amantes de nuestro folklore en la capital de España.

En el susodicho telarillo, primero hizo muchos metros de trama, a lo largo de la pared de la calle, 25 ó 30 metros lo menos, poniéndola muy tirante y cuidando de hacer distintas franjas con los hilos. Después, enrollaba toda esa trama en un cilindro de que va provisto el telarillo, y dejando la suficiente para el trabajo, la tejía luego con una lanzadera, levantando manojos y franjas de hilos, según convenía a los dibujos que tenían que resultar en la cinta así tejida, tupiendo el trabajo con una especie de pala, cuyo nombre no recuerdo.

Estas ligas miden cada una alrededor de una vara de largas y lucen característicos adornos, tales como *el pez, la lla-*

ve, la sierra, el hueso, el peine, el florero, estrellas, canastillos, y leyendas como éstas: «Eres hermosa como una rosa»; «Me hallo enamorado de tu corazón amado»; «¡Viva mi dueño y señor!», y el clásico: «Si estas ligas se perdiesen, como puede suceder, son de Fulanita de Tal (el nombre y apellidos de la usuaria), por si las quieren volver»; y a veces, el nombre y apellidos de la ejecutante, casi siempre con una ortografía característica, pues aunque no sepa escribir la artesana, va copiando de un papel «los letreros» que ha de poner.

En los tiempos de esplendor de tan singular industria, se fabricaban para todos los gustos y posibilidades económicas: simplemente de hilos corrientes, pero vistosos y alegres, o también de fina seda.

En cuanto a los precios, referían las viejas que los senojiles corrientes solían venderlos, allá por la época de Isabel II, a ocho cuartos o nueve, un real, poco más o menos, pues el real equivale a ocho cuartos y medio, y los de seda, a unos 20 cuartos, o sea unos 60 céntimos actuales.

Los que fabricamos nosotras en guerra, de los restos que aún existían de algodón corriente, resultaron, si no tan lujosos como los de seda primitivos que yo recuerdo remotamente haber visto, sí muy vistosos y dignos de figurar en vitrinas y museos, como muestra de una industria y de una prenda artísticas que desaparecieron, pero que reclaman su recuerdo en el folklore y artesanía.

JULIANA IZQUIERDO

NOTAS DE LIBROS

ACUÑA (Luis Alberto): *Refranero Colombiano*. «Biblioteca del folklore Colombiano». Bogotá, 1947.

«... viene el refrán por vez primera a América, a bordo de las tres carabelas. También él viaja para enriquecerse y renovarse en un mundo nuevo, donde nuevas circunstancias han de crear nuevos refranes, pues es de razón que se acomode a estas latitudes y a las más variadas y extrañas exigencias...» Así dice el autor en su brillante exordio, en el que estudia los refranes colombianos relacionándolos con los de la Madre España.

Un millar de refranes recoge de la más auténtica fuente popular, ordénalos según riguroso orden alfabético, y sólo glosa en un capítulo aparte, aquellos que merecen una aclaración o un comentario.

En tres grupos podemos dividir estos refranes: unos —que son los más— no han sufrido modificación alguna, y, en los dos extremos de esta colección, encontramos el ejemplo: *A buen obrar, buen pagar. Zapatero a tus zapatos.*

En otros refranes se emplean colombianismos o términos alusivos a los usos y costumbres del país, la esencia del refrán es la misma que la castellana, ya que con los refranes pasa como con las monedas, que se desgastan y pulen por el uso, pero no pierden por ello su valor adquisitivo; véase por estos ejemplos, cuya concordancia castellana no es difícil de comprender: *No te creas ni de indio barbudo ni de blanco barbilampiño. Ya que se espichó, comamos. Cuando el enfermo se hincha, la sepultura relincha. Hijo de tigres sale pintado. Hijo de chincha, rabipelado. A un bagazo, poco caso.* Y por último —y son los menos— los auténticamente colombianos, basados en razones geográficas: *Antioqueño, ni grande ni pequeño.* Políticas: *Los godos no van al Cielo porque Dios es liberal*, etc.

Completa el autor este trabajo —el primero de este género editado en Colombia— con un vocabulario sumamente práctico.

Bien venido sea a la literatura folklórica este trabajo del

ex Presidente de la Comisión Nacional de Folklore Colombiano don Luis Alberto Acuña, y esperamos de su gran cultura como pintor, escultor e investigador de asuntos indígenas, nuevos trabajos que reflejen la sabiduría popular en todas sus manifestaciones de ese fraternal país.—*Castillo de Lucas.*

CARRINGTON (NOEL): *Popular art in Britian.*—Illustrated by Blarke Hutton. London and New York, Penguin Books, 1945, 32 págs. + 32 láms., en octava.

Asegura el autor que hay en Inglaterra pocas publicaciones sobre este tema, y que posiblemente esto es consecuencia de que no han tenido un floreciente arte popular; pero él se decide a publicar este tomito para ver si algún estudioso lo hace más ampliamente. Hace unas definiciones del arte popular de tipo negativo, diciendo, por ejemplo, que es el incompatible con academias y escuelas, y trata de encontrar fronteras entre el gran arte y el popular. Asegura que ha habido momentos en que las grandes creaciones tienen algo de arte popular, como el teatro de Shakespeare, a pesar de estar inspirado en la Corte. Aunque el arte popular no ha tenido un largo florecimiento, señala el interés de ciertos motivos que han survivido a pesar de cambios totales de estilo en el gran arte, y nos atrevemos a señalar que éste es el interés del arte popular desde el punto de vista etnológico.

Completan el breve estudio una serie de 32 láminas, de las cuales hay varias en color, como las de los caballitos del tíovivo, algún tipo de cerámica, el carro de repartir de una tienda de ultramarinos, que nos recuerda en su dibujo y hasta tipo de letras el de ciertas latas de té inglés; un dechado y otras. Hay también láminas en negro; todas van acompañadas de una amplia explicación.—*N. de Hoyos Sancho.*

BALEZTENA (DOLORES) y ASTIZ (MIGUEL): *Romerías navarras.*—Pamplona, R. Bescansa. 267 págs. ilus. 25 ptas.

Trátase, como indica el nombre, del relato de una serie de romerías navarras dedicadas a advocaciones y santos comarcales, y donde se invita al lector a ver estas fiestas, en que el pueblo pone de manifiesto sus sentimientos más espontá-

neos. Antes de empezar con la descripción de la romería, narran la leyenda que generalmente existe de la aparición de la Virgen o el Santo, y describen el santuario o ermita donde se venera, haciendo una descripción histórica de su importancia y vicisitudes porque ha atravesado, así como de su valor artístico.

De indudable interés es Nuestra Señora de Roncesvalles, por estar relacionada y ser la entrada en España del famoso camino de Santiago. Delicada es la historia de Santa Felicia, la joven princesa francesa, que abandonó la Corte para dedicarse al servicio de Dios. Se destaca en este libro el sentido manifiestamente religioso de las romerías en Navarra, con promesas que cada año se renuevan. Y así, sigue la de Nuestra Señora de Ujué, San Miguel de Izagaondoa, de este valle, y de su vecino el de Lónguida, donde los romeros van cargados con pesadas cruces de madera, como vemos es frecuente en Navarra. La Romería de Montejurra, perpetuando el recuerdo de los valerosos navarros allí caídos, celebrándose una el 3 de mayo, día de la Invención de la Santa Cruz, y otra el 14 de septiembre, día de la Exaltación de la Cruz. La de San Urbano de Gascue, la de San Gregorio Ostiense, cuya basílica ostenta una magnífica y rica portada; la de San Pedro de Alsásua; el Cristo del Amparo, en Eibar; Nuestra Señora de Codés; Nuestra Señora de Musbilda; San Adrián de Echarri Aranaz, y San Miguel le Aralar. Todo el libro está ilustrado con dibujos y fotografías, y tiene unas cuantas canciones de los romeros navarros con transcripciones musicales.—*N. de Hoyos Sancho.*

LLATAS (VICENTE): *Folklore villarense.*—«Anales del Centro de Cultura Valenciana», t. VII, núms. 14, pág. 51 y 15, pág. 118 (1946); t. VIII, núm. 17, pág. 101 (1947).

Es interesante para los folkloristas ver las revistas regionales, pues aunque dedicadas de modo especial a temas de historia, arte y literatura, suelen insertar algún trabajo de interés folklórico. Los «Anales del Centro de Cultura Valenciana» se proponen dar el folklore en muy pequeñas dosis, ya que el trabajo del señor Llatas, que sólo ocupa cinco páginas, hemos de buscarle en tres cuadernos diferentes, correspondientes a dos tomos y años. Se trata de una colección de coplas de uso corriente en los niños de Villar del Arzobispo, pueblo casi lindante con Aragón, y tienen el interés de mos-

trarnos cómo los niños de diferentes regiones se unen en sus juegos, ya que muchas de las coplas que aquí vemos son variantes de las que los niños cantan en otros lugares de España. Tomemos sencillamente la primera:

Cuando llueve y hace sol
se ríe Nuestro Señor;
cuando llueve y hace luna
se ríe la Virgen Pura

todos hemos cantado variantes, la mayoría relacionados con el arco iris o el verso que se dice cuando quieren hacer devolver algo que se ha dado de: «Santa Rita, Santa Rita...» Completa el ameno recordatorio de folklore infantil con rimas diversas y juegos y actos de su vida.—*N. de Hoyos Sancho.*

Ibáñez Espinosa (Vicente): *De folklore. Por la huerta de Ruzafa.*—«Anales del Centro de Cultura Valenciana», 1946; tomo VII, págs. 109-117.

El párroco de Horno de Alcedo da a conocer tres palabras de uso corriente en la Ruzafa, a las puertas de Valencia, que no se consignan en los diccionarios valencianos. Es la primera de origen árabe: *barrani*, con el significado de solo, único; otra *farero* o *farera*, un adjetivo que se emplea para testarudo o tozudo, y la tercera, *faró*, casi en desuso, es áspero o huraño, lo mismo para personas que para animales.

Trata después de la calle y carrera de Melilla, que en su origen era de Malilla, designando una alquería, como consta en el *Libre del Repartiment*, y sitúa razonándolo el lugar donde debía estar dicha alquería, cuya comprobación podría hacerse mediante unas excavaciones.—*N. de Hoyos Sancho.*

Gayano Lluch (Rafael): *Aucología valenciana*. Estudio folklórico, 189 págs., grabados.

Es este el tema que sirvió para el discurso de recepción como presidente de la Sección de Folklore del Centro de Es-

tudios de Cultura Valenciana al señor Gayano Lluch, y aunque un poco tardía no queremos dejar de hacer la reseña del trabajo, por el interés del tema y por dar a conocer a nuestros lectores al más asiduo e ilustre de los folkloristas valencianos.

Comienza el estudio diferenciando el auca de la aleluya; son ambas hojas impresas con viñetas de temas religiosos para arrojar al paso de las procesiones, que se glosaba el Sábado de Gloria en forma de aleluya, y para recordar una acción humana, ensalzándola más o menos irónicamente. Es el auca eminentemente valenciana, mientras que las aleluyas son catalanas y castellanas. La primera auca que se conoce es la de «Los oficis», del siglo XVI, totalmente valenciana, igual que «Los Jochs d'Infanteça», publicada a fines del siglo XVI. Señala varias modalidades de juegos de azar, que presentan formas parecidas al auca. Tiene el auca un carácter mordaz, muy del gusto de los valencianos; son de carácter didáctico, ya que la imagen y el verso se graban fácilmente en la mente del pueblo y del niño. Dedica una parte al «Juego de la Oca», con gran acopio de datos. Hace a través de las aucas un interesante estudio de los dibujantes y los grabadores valencianos. Reproduce 73 aucas, que hacen muy inteligible y ameno el texto.—*N. de Hoyos Sancho.*

VILLAFAÑÉ CASAL (MARÍA TERESA): *Elementos para una geografía folklórica argentina.*—La Plata, 1945; 149 págs.

Indudablemente dedicada a la enseñanza la autora de este libro, lo hace con objeto de prestar una amenidad al aprendizaje de la geografía que ayude a una mayor atención, y el auxiliar de que se vale es el folklore, contando sobre los diversos hechos geográficos leyendas y cuentos.

Divide el estudio en cinco partes: la orografía, la hidrografía, el clima, la fauna y la flora, y señala los númenes tutelares que corresponden a cada una de estas partes. Va analizando después la Quebrada de Humahuaca, y cuenta cómo Coquena para proteger la fauna nuneña separó las rocas, que dieron paso a los glaciares, y así surgen las cascadas y los arroyos que van a engrosar el río Grande. De gran belleza es la leyenda del Volcán Domuyo, la lucha entre antú-malghen, la mujer morena, y zomo, la blanca, por la posesión del amor

del sol, hasta que la primera acaba viviendo cautiva y a veces exterioriza su llanto y lanza «reuquecurá», que significa piedra que hace olas, o seá la lava. Así siguen las leyendas sobre el Puente del Inca, los «cerros bravos» de las sierras -pampeanas, el cerro del Morro y otros. Análogo estudio va haciendo con algunos ríos, lagos y fuentes termales. De la lluvia son múltiples los orígenes en las leyendas, pero siempre causada por el llanto. El viento, destacado elemento de la mitología de todos los pueblos, juega un papel importante en las leyendas americanas, ya que en Patagonia el viento, alcanzando velocidades de 80 kilómetros por hora, es natural que ocupe el pensamiento de los indios. No decrece el interés en la fauna y la flora, sobre cuyos árboles gigantescos son múltiples las leyendas.—*N. de Hoyos Sancho.*

URABAYEN (LEONCIO): *Un pueblo pirenaico de Navarra. Espinal.* «Estudios Geográficos», 1946; t. VII, núm. 25, páginas 585-629.

Maestro en los estudios de geografía humana, nos presenta el profesor Urabayen un modelo de monografía de un pueblo en un estudio completo de Espinal, situado en el Valle de Erro, a unos 40 kilómetros al norte de Pamplona, muy próximo a Roncesvalles y, por tanto, a la frontera francesa; es un pueblo montañés a 890 metros de altitud.

Inicia el autor su trabajo haciendo un estudio geográfico, absolutamente necesario para comprender y valorar la vida de un pueblo. Los mapas necesarios para ver la situación del pueblo, un mapa geológico, otro de relieve y uno general en papel transparente superponiéndose dan idea exacta del relieve. Entra luego en la parte que más directamente a nosotros interesa, o sea el estudio del hombre, su organización social base de la familia y los hechos más destacados de ésta, como son el bautizo, la boda y la muerte, de lo que desearíamos más detalles. Estudia las fiestas, elemento primordial de la vida social, dando algunos detalles de la de San Bartolomé, el 28 de agosto, como fiesta mayor, y señalando curiosidades de algunas otras.

La principal fuente de ingreso de Espinal es el bosque y sus productos desde la madera, la fresa silvestre y las setas, muy cotizadas y bien pagadas en Pamplona, y la caza, prin-

cipalmente de zorros. La agricultura, de escaso desarrollo, sólo proporciona algunos productos para el consumo del pueblo.

Cada vecino posee casa propia, separadas unas de otras aun en el centro del pueblo, y una pequeña tierra, que les da independencia. Las casas, de tipo de montaña, ya habían sido estudiadas por el autor en *Geografía humana de Navarra: la vivienda*, caracterizadas por la cubierta a cuatro vertientes muy pendientes para que escurra la nieve; eran antes de tablilla, pero por el peligro de los incendios se han sustituído por muy diversas materias.

Termina el trabajo con un pequeño estudio histórico de Espinal, su desarrollo y variaciones, lo que el pueblo es en la actualidad y sus posibilidades de mejora sencillas a base de una explotación más racional de los bosques y de aumento de la ganadería.

La parte gráfica, muy completa, con fotografías aéreas, que dan idea exacta de la distribución del pueblo, sus caminos, y la distribución de su propiedad y los grandes bosques que le rodean.—*N. de Hoyos Sancho.*

Martínez Martínez (Bernardo): *Breve estudio del dialecto enguerino.*—«Anales del Centro de Cultura Valenciana», 1947; t. XV, págs. 83-87.

Hasta principios del siglo xviii se habló en Enguera el valenciano; desde entonces, y por la constante comunicación de enguerinos con castellanos y andaluces, debida al desarrollo de la industria de los paños, empezó a sustituirse el valenciano por el castellano, pero quedaron y siguen empleándose ciertas voces, unas puramente valencianas y otras adulteradas. Hay además ciertas particularidades gramaticales, como son la formación del plural, de los diminutivos y el uso de ciertos tiempos en los verbos. El autor inserta a continuación un vocabulario enguerino, poniendo las palabras valenciana y castellana correspondientes, llegando en este número de los «Anales» hasta campanar = campanar = campanario.—*N. de Hoyos Sancho.*

Leão (Armando): *«O linho» em Cambreses (Cabeceiras de Basto).*—«Douro- Litoral», Boletín da Comissão Provincial de Etnografia e História, 1947; t. VIII, págs. 25-41.

Como siempre, esta interesante revista trae algún artícu-

lo puramene etnográfico: trátase esta vez del lino desde su cultivo en estas tierras altas y frías, que contrasta con el modo de hacerlo en su vecina región más baja de Póvoa de Lanhoso, ya que la preparación del lino se adapta al medio geográfico. El estudio es minucioso; iníciase por el escogido del terreno y su preparación para la sementera, que es doble: la de verano, que sembrado en febrero se recoge en julio, y la de invierno, que se recoge en mayo. La faena de arrancar el lino es exclusiva de mujeres, y mientras trabajan entonan cánticos especiales; el rastrillado es tarea de los hombres. Hácenlo en un banco que tiene en el centro el rastrillo de púas de hierro; una vez cardado lo mojan durante nueve o más días: tarea pesada es la del secado. Para el mazado tienen aparatos especiales, así como para el espadado y cardado. Tras todas estas operaciones ya tienen el lino presto para el hilado, operación que tiene un ritual de instrumentos y de usos, así como el blanqueo. Todas las faenas hasta obtener el lino para tejerlo son de un indudable interés folklórico-etnográfico.—*N. de Hoyos Sancho.*

Nolasco (Flérida de): *Intimas relaciones del folklore universal.* — «Cuadernos Dominicanos de Cultura», 1947; año IV, vol. IV.

Estudia un tema concreto del folklore literario muy frecuente en la República Dominicana: el amante que espera tras la puerta cerrada. Se encuentran antecedentes en el libro III de las *Odas* de Horacio. De Grecia pasa a Roma y después es fácil localizarle en todas las literaturas. En *La Celestina* tenemos la queja en Calixto. No falta en la rica literatura gallega. Naturalmente, el tema pasa de los romances españoles a los romances y corridos americanos, encontrándolo en Argentina, Chile, Nicaragua, Méjico, y deteniéndose la autora en los múltiples ejemplos de la República Dominicana, demostrando la relación del folklore de todos los países.—*N. de Hoyos Sancho.*

Marcos de Sande (Moisés): *Del folklore garrovillano.*— «Revista de Estudios Extremeños». 1947: III, I-II, páginas 76-115.

Con igual título hemos reseñado otro trabajo del señor Marcos de Sande. Presenta ahora una serie de leyendas o

más bien tradiciones principalmente de tipo religioso, como la de San Bartolomé, los milagros de San Pedro de Alcántara, la de la Virgen de Altagracia, patrona de los garrovillanos; el Cristo del Humilladero, el de la Expiación; otras caballerescas, entre las que basta citar como más destacada la del Puente de Mantible y del Castillo de Alconetar. Sigue después la narración de anécdotas de algunos tipos de interés puramente local. En el cajón de sastre de las supersticiones hay datos referentes a varias secciones del folklore; muchas son generales a toda España y de las que a veces se repiten sin creerse, como que las manchas blancas de las uñas son mentiras, que de cada cana que se arranca salen siete, etcétera. Quizá las más importantes sean las referentes a medicina popular, que con unas notas sobre saludadores y curanderos forman una sección interesante. Unas notas sobre el idioma y las variaciones que adopta de pronunciación, cambios de letras y formación de frases se completan con una serie de refranes escritos según los pronuncian los garrovillanos, y un vocabulario de unas 280 palabras. Son de gran interés estas aportaciones locales para formar el mapa del folklore español.—*N. de Hoyos Sancho.*

Gallardo de Alvarez (Isabel): *Medicina popular y supersticiosa.*—«Rev. de Estudios Extremeños», 1947; III, páginas 179-198.

La autora amplía los datos dados en los dos años anteriores de esta misma revista. Trata de la muy extendida creencia en el mal de ojo o aojamiento y la forma de producirlo y de curarlo, pero en este artículo no se limita a Extremadura, sino que amplía el trabajo a toda España y aun hace algunas citas del extranjero, completándolo con el aojamiento en los animales. La segunda parte la dedica a los reptiles. Cita algunas supersticiones relativas a las culebras, así como su poder curativo para varias enfermedades. Lo que llaman la culebrilla o el culebrón, que es una erupción en la piel, y varias formas de curarla en Extremadura y Portugal. Copia del libro de San Cipriano lo referente al poder benéfico y maléfico de la víbora. Termina el trabajo con unas palabras sobre el veneno de la culebra y el diamante de la víbora, ofreciendo seguir tratando el tema de la medicina popular.—*N. de Hoyos Sancho.*

México. Leyendas y costumbres. Trajes y danzas. Prólogo de N. García Naranjo. Comentarios L. Alvarez y Alvarez de la Cadena. Viñetas J. Nieto Hernández. Cuadros en color. México, Layac, 1945, 458 págs. folio.

Pensamos que todo el que lea este libro quedará impregnado del espíritu de México, tendrá de la interesante nación una idea bastante aproximada, habrá visto desfilar lo más saliente de su historia, de su sentido del arte, de su espíritu heroico y fuerte, de su imaginación exaltada que a veces le lleva a la realización de prácticas absurdas.

Trátase de una serie de trabajos sueltos, de artículos que no constituyen una antología, sino más bien una miscelánea mejicana. Sus autores, unos famosos, desconocidos otros, pertenecen a todos los tiempos; no hay, pues, unidad ni de temas ni de época. No puede tomarse como un libro de estudio ni de consulta que necesita una materia y un sistema, sino como una amena lectura ciertamente enseñadora, y de muy especial interés para nosotros, ya que la vida del pueblo mejicano es sin duda la que mejor conserva el espíritu español, y tanto en lo bueno como en lo malo, podemos ver en Méjico muchas de nuestras costumbres. No se trata de una apología o libro laudatorio; al lado de las virtudes de los héroes señala las miserias y defectos, ya que conocerlos es un camino de corregirlos.

Divídese el libro en dos partes: se inicia la primera con relatos históricos de hechos precortesianos y coloniales, narrados por los más consagrados maestros. Sigue después la crónica del siglo XIX y la exaltación de la Independencia mejicana. La segunda parte del libro es para nosotros de más interés por ser una serie de cuadros costumbristas, entre los que destacan los de Manuel Payno como «La feria de San Juan de los Lagos», y con él sobresale Altamirano, que se ocupa de la indumentaria y las danzas mexicanas, y que el editor del volumen, Luis Alvarez y Alvarez de la Cadena, completa con una serie de usos, ritos y costumbres, haciendo el estudio por lo que llama familias, en las que incluye una serie de subgrupos. Señálanse igualmente las danzas y los bailes mejicanos, no acabando el volumen sin añadir algo de los toros que, como en España, constituye en Méjico la fiesta nacional.

El libro, bien impreso, está avalorado por dibujos que ilustran la mayoría de los trabajos, numerosos cuadros en color debidos a diferentes artistas que nos muestran tipos, trajes, danzas y juegos con gran sentido colorista.—*N. de Hoyos Sancho.*